

A golden monstrance with a crucifix in the background. The monstrance is highly ornate, featuring a central oval window surrounded by a ring of gold and a halo of numerous thin, radiating golden spikes. The background is a blurred image of a crucifix.

*Devocionario
para las Madres
de las 40 Horas*



Familia Religiosa del
Verbo Encarnado



DEVOCIONARIO
PARA LAS MADRES DE LAS
40 HORAS POR LAS VOCACIONES



Dedicatoria

Querida Madre de las 40 horas: tienes en tus manos un librito que ha sido pensado y elaborado especialmente para ti, para ayudarte a hacer esa o esas horas de oración mensual por las vocaciones, con todo el fervor de tu corazón materno.

Las vocaciones a la vida consagrada, los sacerdotes y los religiosos, son un don precioso de Dios a su Iglesia y a la humanidad, son la niña de los ojos de Jesucristo, y son los hijos predilectos de la Santísima Virgen, pues ellos continúan la obra redentora y evangelizadora de su Hijo, tal como Él mismo lo mandó: "Id y haced discípulos míos a todas las naciones".

Y es lo que ellos, con sus limitaciones y debilidades, quieren hacer al decir "sí" al llamado del Señor, y abrazar una vida que imita muy de cerca la vida de Jesucristo.

Por eso, al comprometerte a rezar y ofrecer tus sacrificios por cada uno de ellos, tú misma te unes de un modo misterioso a la obra redentora y evangelizadora de cada misionero, de cada sacerdote, de cada religioso, sea en medio de la selva, o en plena ciudad, en una parroquia o en un hospital, en una escuela o en un hogar para discapacitados o ancianos, en los medios de comunicación o en la soledad del claustro. Y ayudas eficazmente a que aquellos jóvenes -y no tan jóvenes-, a quienes Jesucristo llama, sean generosos en su respuesta a la invitación de un Capitán extraordinariamente magnánimo, que les dice: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir Conmigo ha de trabajar Conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria".



Lu Monferrato, un pequeño pueblo donde sucedió algo grande...



Lu Monferrato

El pequeño pueblo Lu Monferrato (Italia) es una prueba maravillosa del poder extraordinario que tiene la oración constante y confiada de las madres de familia: dio como fruto 323 vocaciones!!

Al norte de Italia, a unos 90 kilómetros al

este de Turín, enclavada en una región francamente rural, se encuentra un pueblo llamado **Lu Monferrato**. La localidad está conformada por unos cuantos miles de habitantes. Para el mundo entero este lugar no pasa de ser un pintoresco pueblo italiano; sin embargo, en él ha acontecido "algo grande".

"A partir de 1881 en Lu se desencadenó una discreta acción promovida por las madres de familia. Como en muchas regiones del planeta, habitadas por buenas mujeres cristianas, las señoras de esta comunidad mantenían en su corazón un hondo anhelo: querían ver a algunos de sus hijos ordenados sacerdotes o a unas de sus hijas comprometerse totalmente al servicio del Señor.

Con ese deseo en el interior se dirigían, al principio cada una por separado, a la iglesia del lugar para comunicarse con el Señor y manifestarle el anhelo que alimentaban. Pronto, este hondo deseo pasó del corazón a la palabra. Se hicieron confidencias y, al poco tiempo, descubrieron con alegría que era grande el número de madres que coincidían en esa esperanza".

Así, bajo la dirección del cura párroco del lugar, el P. Alessandro Canora, las mujeres comenzaron a reunirse todos los martes para la adoración

del Santísimo Sacramento y para seguir rezando por las vocaciones. Todos los primeros domingos de mes recibían la **Comunión con esta intención**. Después de la Misa las madres rezaban juntas para pedir vocaciones sacerdotales.

Gracias a la oración llena de confianza de estas madres y a la apertura de corazón de los respectivos padres, las familias vivían en un clima de paz, serenidad y devoción alegre, virtudes que permitieron a sus hijos discernir con mayor facilidad el llamado del Señor.

Amor hecho oración..

Quando el Señor dijo: "*Muchos son llamados, pero pocos son elegidos*" (Mt 22,14) hay que comprenderlo de este modo: muchos serán llamados, pero poco responderán. Nadie hubiera pensado que el Señor hubiera atendido tan abundantemente la oración de estas madres.

De este pequeño pueblo surgieron 323 vocaciones a la vida consagrada (itrescientas veintitrés!): 152 presbíteros (y religiosos) y 171 religiosas miembros de 41 congregaciones.

Beato Filippo Rinaldi

En algunas familias había hasta tres o cuatro vocaciones. El ejemplo más conocido es la familia Rinaldi. El Señor llamó a **tres hijos de esta familia!!**

El más conocido de los tres hermanos, **Filippo Rinaldi**, fue el tercer sucesor de don Bosco, beatificado por Juan Pablo II el 29 de abril de 1990. De hecho, muchos jóvenes entraron con los salesianos.

No es una casualidad, porque Don Bosco en su vida fue cuatro veces a Lu. El santo participó en la primera Misa de Filippo Rinaldi, su hijo espiritual, en su pueblo nativo. A Filippo le gustaba mucho recordar la fe de las familias de Lu: «Una fe que hacía decir a nuestros padres: "El Señor nos donó hijos y, si Él los llama, nosotros no podemos ciertamente decir que no"».

Un sobrino del Beato Rinaldi, tuvo 13 hijos, de los cuales 7 fueron religiosos (2 monjas, 4 sacerdotes y 1 seminarista, todos salesianos). Las dos religiosas eran la Hermana María Luisa Rinaldi, que fue misionera durante 41 años en Santo Domingo y en América Central, y la Hermana Filomena Rinaldi, que fue una intrépida y valiente educadora en Piamonte. Los sacerdotes eran Mons. César Rinaldi, el P. Luigi Rinaldi (apodado el Don Bosco de Boston), el P. Pedro Rinaldi, el P. Pablo Rinaldi (seminarista fallecido

a los 18 años) y el P. José Rinaldi.

Luigi Borghina y Pietro Rota vivieron la espiritualidad de don Bosco de modo tan fiel que fueron llamados uno "el don Bosco de Brasil" y el otro "el don Bosco de la Valtellina".

También Mons. Evasio Colli, Arzobispo de Parma, provenía de Lu (Alessandria). De él dijo Juan XXIII: "Él tendría que haber sido Papa, y no yo. Poseía todo para llegar a ser un gran Papa".

"Cada 10 años, todos los sacerdotes y las religiosas que todavía están vivos se reúnen en su pueblo de origen llegando desde todo el mundo. El P. Mario Meda, que fue por muchos años párroco de Lu, dice cómo este encuentro es en realidad una verdadera fiesta, una fiesta de agradecimiento a Dios por haber hecho grandes cosas en Lu".

La oración que las madres de familia recitaban en Lu era breve, simple y profunda:

"¡Señor, haz que uno de mis hijos llegue a ser sacerdote! Yo misma quiero vivir como buena cristiana y quiero conducir a mis hijos hacia el bien para obtener la gracia de poder ofrecerte, Señor, un sacerdote santo. Amén".



Fotografía tomada durante uno de estos encuentros que hacen cada 10 años los sacerdotes y religiosos que han nacido en Lu.

Las Madres de las 40 horas por las vocaciones... ¿quiénes somos?

Somos un grupo de mujeres que nos unimos para rezar todos los meses pidiendo por la santidad y perseverancia de los sacerdotes y religiosos y el aumento de las vocaciones. Nos unimos durante 40 horas continuas los días 14, 15 y 16 de cada mes, ofreciendo una hora de oración. Cada una puede inscribirse -previa registración-, a través de la página <https://40horas.org>, en el horario que desee, según el huso horario de su país de residencia. Y cada mes, hay que volver a elegir el horario que le viene bien ese mes, según las propias actividades.

Preferentemente, pedimos que esta hora de oración se haga frente al Santísimo Sacramento. Sin embargo, si no hay posibilidad de trasladarse a la iglesia, se puede hacer desde el hogar, o se puede ofrecer -en caso de no poder contar con una hora libre a causa de las propias responsabilidades- una hora de trabajo como oración.

Nuestro deseo es que todas las madres, hermanas y familiares de los consagrados -e incluso aquellas que deseen tener vocaciones en su familia - puedan unirse y ofrecer su oración. Pero de modo especial, quisiéramos que todas las mujeres se unan a este proyecto, para pedir por esta intención tan cara al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Esta idea nació por el ejemplo de las madres de Lu Monferrato, un pequeño pueblo de Italia. Ellas, deseando tener hijos religiosos, se unieron en una oración que fue muy bendecida por Dios...

Pedimos a las madres de Lu Monferrato que desde el Cielo intercedan por todas nosotras, y protejan y hagan fructificar estas 40 horas mensuales para gloria de Dios, aumento de la Iglesia Católica y salvación de innumerables almas.



Señor Jesús, Tú nos enseñaste cuál es la clave de las vocaciones cuando dijiste: "Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies", por eso te pedimos: Darnos vocaciones santas, numerosas y perseverantes. La Virgen nos lo conceda! Amén.



*¿Cómo ayudar a
las vocaciones y a
los consagrados con
mi oración?*

**Las 40 horas de cada mes
comienzan el día 14 a las 15:00 horas
terminan el día 16 a las 7:00 horas
(el último turno es de 6:00 a 7:00 de la
mañana)**

“¡Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros!”

“¡Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros!”. Eso significa: la mies existe, pero Dios quiere servirse de los hombres, para que la lleven a los graneros. Dios necesita hombres. Necesita personas que digan: “Sí,



estoy dispuesto a ser tu obrero en esta mies, estoy dispuesto a ayudar para que esta mies que está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y transformarse en perenne comunión divina de alegría y de amor.

“¡Rogad, pues, al Dueño de la mies!” quiere decir también: no podemos ‘producir’ vocaciones; deben venir de Dios. No podemos reclutar personas, como sucede tal vez en otras profesiones, por medio de una propaganda bien pensada -por decirlo así-, o estrategias adecuadas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre. Con todo, precisamente para que llegue al corazón de los hombres, también hace falta nuestra colaboración.

Ciertamente, pedir eso al Dueño de la mies significa, ante todo, orar por ello, sacudir su Corazón, diciéndole: “Hazlo, por favor. Despierta a los hombres. Enciende en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Haz que comprendan que este es el tesoro más valioso que cualquier otro, y que quien lo descubre debe trans-



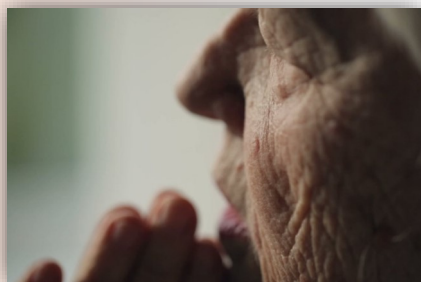
mitirlo!”.

Nosotros sacudimos el Corazón de Dios. Pero no sólo se ora a Dios mediante las palabras de la oración; también es preciso que las palabras se transformen en acción, a fin de que de nuestro corazón orante brote luego la chispa de la alegría en Dios, de la alegría por el Evangelio, y suscite en otros corazones la disponibilidad a dar su “sí”. Como personas de oración, llenas de su luz, llegamos a los demás e, implicándolos en nuestra oración, los hacemos entrar en el radio de la presencia de Dios, el cual hará después su parte. En este sentido queremos seguir orando siempre al Dueño de la mies, sacudir su corazón y, con Dios, tocar mediante nuestra oración también el corazón de los hombres, para que Él, según su voluntad, suscite en ellos el “sí”, la disponibilidad; la constancia, a través de todas las confusiones del tiempo, a través del calor de la jornada y también a través de la oscuridad de la noche, de perseverar fielmente en el servicio, precisamente sacando sin cesar de este la conciencia de que este esfuerzo, aunque sea costoso, es hermoso, es útil, porque lleva a lo esencial, es decir, a lograr que los hombres reciban lo que esperan: la luz de Dios y el amor de Dios.



A las “madres dolientes” de las 40 Horas

Interceder por las vocaciones compartiendo los sufrimientos de Jesús



Tú, que por la enfermedad u otro motivo no puedes participar de la Adoración al Santísimo, la Santa Misa o recogerte en una Iglesia, de modo especialísimo puedes ser madre espiritual de las vocaciones!

- En tu corazón ponte en presencia de Dios y únete espiritualmente a todas las madres del mundo que están rezando las 40 Horas para pedir por vocaciones.

- Recuerda los sufrimientos de Jesús, cuanto nos demostró su amor y murió por nuestra salvación.

- Ofrece tus sufrimientos por los jóvenes a quienes Jesús está llamando para que sean Sus sacerdotes, Sus esposas, rogando que ellos escuchen y respondan.

- Reza el Rosario u otras oraciones uniéndote a Jesús. Tus oraciones, especialmente cuando están unidas al sufrimiento de Cristo, tienen un poderoso impacto en la Iglesia en todo el mundo.

Oración por las vocaciones sacerdotales

Señor Jesús, Tu sufriste voluntariamente una muerte dolorosa por causa de mi salvación. Hoy uno mi dolor al Tuyo, mi enfermedad, mi soledad, mi dolor de corazón, por las almas del Purgatorio, y por un incremento de vocaciones al sacerdocio. Ten piedad de mí, Señor, ya que elevo mi alma a Ti. Amén.



“Llevando a efecto la redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consecuentemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo”.

(San Juan Pablo II, *Salvifici Doloris*, 19)

Un homenaje a las madres de los sacerdotes y religiosos

"Tú, madre de sacerdote, madre de religioso, eres predestinada desde la eternidad para vivir el privilegio de tener un hijo consagrado y custodiarlo, consciente de la responsabilidad que lleva consigo el título de "guardianas del ser humano".

A ti, madre que siempre te mantuviste en la sombra-, queremos expresar nuestra gratitud por sembrar y custodiar en los corazones de vuestros hijos, como María Santísima, Madre de Jesucristo, Sumo y Eterno sacerdote y primer consagrado, la grandeza, la belleza, la bondad y la verdad de Dios.



Vosotras cultivasteis de modo exquisito la semilla de la fe en los tiernos corazones de vuestros hijos y abonasteis la tierra de vuestros hogares con amor maternal, cariño, cuidados, piedad, ejemplaridad, alegría, paciencia, entrega, gratitud, servicio, perdón, compañía, protección... en definitiva, vuestra humanidad; por eso,

habéis sido capaces de crear el ambiente humano y sobrenatural adecuado para favorecer la fidelidad de estos jóvenes dispuestos a ser sal de la tierra y luz del mundo, para despertar en los hombres la nostalgia de la belleza de Dios.

Muchas de vosotras habéis pasado desapercibidas a lo largo de la historia, pero vuestra piedad, valentía, compromiso y generosidad se han puesto al servicio de toda la humanidad y sois un ejemplo para las mujeres del siglo XXI. Madres ejemplares y heroicas, buenas y piadosas, sufridas y dispuestas, que no solo habéis tenido la valentía de dar la vida con generosidad y alegría, sino que, conscientes de ser colaboradoras de Dios, habéis instruido a vuestros hijos en la amistad con Jesús y les habéis ayudado a "crecer en edad, sabiduría y gracia" para ser una huella concreta que la Trinidad deja en la historia.

A vosotras... Gracias!



Cómo podemos rezar?



En esta sección podrás encontrar algunas explicaciones que seguramente te serán útiles para poder ofrecer a Dios tu hora de oración con mucho fruto. Son cosas que tal vez ya sepas, pero siempre ayuda mucho repasar lo que sabemos acerca de la oración. En las cosas de la vida interior, somos siempre pobres principiantes!

¿Qué es la oración?

La oración es un momento privilegiado. En el silencio y en soledad, venimos a pasar tiempo con Dios que nos espera, venimos a amarle y a dejarnos amar por Él.

Para Santa Teresita del Niño Jesús, *"la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el Cielo, un grito de reconocimiento y de amor, desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría"* (Ms C 25).

Santa Teresa de Jesús dice que la oración es **"tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama"** (Vida 8,5).

El P. María Eugenio del Niño Jesús dice que *"la oración es una conversación. Podríamos decir, simplemente: es un contacto con Dios, un intercambio afectuoso con Dios. El encuentro entre dos amores, ieso es la oración!"*

¡La oración no es algo complicado que sólo una élite pueda realizar! Es simplemente un contacto cercano, periódico y solitario con Dios, un tiempo de dedicación a Dios, presente en la Eucaristía, y en el alma de cada cristiano en gracia. La oración no consiste en "quedarse en blanco", sino en encontrar al Señor verdaderamente presente ante nosotros y en nosotros.

Qué hay que hacer para rezar?

No hacen falta grandes discursos: basta con mostrarse niño ante Dios, con hablarle sencillamente. «Las palabras en la oración no son discursos, sino ramillas que alimentan el fuego del amor... La oración es una mirada de amor hacia Jesús, una mirada de fe fijada en Jesús, una escucha de la Palabra de Dios, que no es, ni siquiera leída ni tampoco meditada, sino "asimilada" en el corazón, un amor silencioso» (Catecismo de la Iglesia Católica, 2717 y 2724).

«Debemos desear esta intimidad con Dios, cualesquiera que sean las dificultades y el vacío, con una "determinación muy determinada". (Santa Teresa de Jesús). Estemos seguros de que el Señor nos la concederá, a nosotros que "estamos atentos y rezamos" con Él, incluso durante la no-

che de la fe, como en Getsemaní (Mt 26, 40)» (Catecismo... 2719).

"Mirad que convida el Señor a todos...no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos... no diría: Yo os daré de beber.... Pero, repito, no pone restricciones... Sí, nos llama a todos" (Santa Teresa de Ávila. Camino de perfección, 19, 15).

¿Cómo orar?

El Señor nos llama a orar...Pero, ¿cómo hacer? ¿Por dónde empezar?

La vida de oración es un camino de amistad con el Señor, íntimo y personal...que no responde a un itinerario indicado: es más bien un impulso del corazón hacia Dios. He aquí, sin embargo, algunos consejos para entrar en ella.

1. La preparación

"Tú, en cambio cuando reces, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará" (Mt 6, 6).

Hay un pequeño ritual que cada uno tiene hacer para seguirlo como una regla; esto ayuda mucho.

-**Buscar un lugar apropiado para rezar**

Lo mejor, obviamente, es rezar en la iglesia, y delante del Santísimo Sacramento. Pero si no puedo desplazarme hasta la iglesia (porque tengo niños, o un enfermo a mi cargo, o lo que sea), es muy importante tener en mi casa un "rincón de oración". Si se dispone de poco espacio, basta con un objeto de devoción: una cruz, un cuadro o imagen de la Virgen o del Señor... Es una manera de marcar el lugar de mi encuentro y diálogo con Dios. Lo importante es encontrar un lugar silencioso al que me pueda "retirar", apartando todo lo que pueda ser distractivo: TV, radio, teléfono, etc.

-**Determinar la hora y cuánto tiempo voy a rezar**

Tengo que preguntarme: ¿En qué momento del día me será posible según mis deberes de estado? Y segunda pregunta...¿qué momento sería el más propicio? Si elijo un momento del día en el que estoy muy cansada,

seguramente me quedaré dormida...

Es importante fijarme el tiempo según mis posibilidades. ¡Pero lo más importante es mantenerlo! Si no tengo el hábito de rezar, puedo empezar con media hora, y luego ir aumentando hasta una hora, pero nunca disminuir...!

2. Ponerme en presencia de Dios

Se trata de apartar mi pensamiento de todas las cosas que me rodean o preocupan, y volver mi mirada interior hacia Dios: pensar ante quién estoy y cuánto le debo, mirarlo a Él, presente en el Santísimo Sacramento, o presente en mi alma por la gracia: "Estoy delante de Dios, del Creador, del que me ha dado la vida. ¿Quién es para mí? ¿Quién soy yo que estoy ante Él?"

La postura corporal es también importante, pues somos cuerpo y alma: no tan cómoda que me quede dormida, ni tan incómoda que me ponga tensa. Una postura recogida, orante, ayuda a que el alma también se recoja. Puede ayudar a esto el hacer un gesto corporal: por ejemplo, la señal de la Cruz, ponerme de rodillas, cerrar los ojos, y rezar una oración o una breve invocación: "Señor, vengo aquí por Ti", "Heme aquí, ante Ti"... "Jesús, yo creo que me miras y me amas..."

Entrar en el silencio y en la comunión con Dios es algo muy personal y evoluciona con el tiempo. "Lo que cuenta", dice Teresa de Jesús, "es encender el amor".



No está de más aclarar que las técnicas del yoga u otras teorías orientales por el estilo, aquí no cuadran. La oración cristiana es algo sobrenatural, que depende, en definitiva, de Dios que quiere comunicarse con nosotros, darnos Sus dones. Y por eso, yo puedo sólo disponerme mediante una voluntad recta y un alma limpia por la gracia.

3. Mi diálogo con Dios

Después de los "pasos preparatorios", que también son oración, comienzo a hablar con Dios, y sobre todo a escucharle. Para evitar las divagaciones de la mente (de la imaginación), es muy útil "programar" mi oración. Nunca vamos a una cita con una persona importante sin tener pensado el tema que hablaremos con ella. Incluso cuando vamos a hablar con nuestro padre o madre, o con un amigo, tenemos en mente las cosas que queremos contarle o consultarle. ¿Por qué improvisar con Dios?

✠ Para hablar con Dios, pueden servirnos algunas oraciones vocales, acompañadas con la meditación. Por ejemplo, el rezo del Santo Rosario, o simplemente el Padrenuestro, el Avemaría, o un Salmo... Recitando lentamente las palabras, pensando en el sentido y significado que tienen...

✠ Otro modo de oración muy recomendable y de muchísimo fruto es la lectura meditada de la Sagrada Escritura, también llamada "lectio divina", especialmente del Evangelio.

✠ La "contemplación" de algún pasaje de la vida de Nuestro Señor o de la Virgen Santísima, es un modo muy hermoso de oración, que también puede ayudarnos mucho a crecer en la unión con Dios.

En los siguientes puntos explicaremos un poco acerca de estos tres modos de oración.



1. La oración vocal

Enseña el Papa Francisco: "Es la oración de los sencillos, la que nos ha enseñado Jesús: *Padre nuestro, que está en los cielos...* Las palabras que pronunciamos nos toman de la

mano; en algunos momentos devuelven el sabor, despiertan hasta el corazón más adormecido; despiertan sentimientos de los que habíamos perdido la memoria, y nos llevan de la mano hacia la experiencia de Dios. Y sobre todo son las únicas, de forma segura, que dirigen a Dios las preguntas que Él quiere escuchar. Jesús no nos ha dejado en la niebla. Nos ha dicho: "¡Vosotros, cuando recéis, decid así!". Y ha enseñado la oración del Padre

Nuestro (cfr. Mt 6,9)."

2. La "lectio divina"

Aquí tienes un esquema posible de la *lectio divina*:

Preparación: silencio exterior e interior: Me pongo en la presencia del Señor: miro a Jesús que me ama, me acoge, me escucha, me habla.

Petición: *Humildemente te pido, Señor, Tú que eres la luz verdadera y la fuente misma de toda luz, que meditando fielmente tu Palabra, viva siempre en tu claridad. Por Jesucristo, tu hijo, nuestro Señor.*

Lectura de la Palabra de Dios: Leo tranquilamente el texto bíblico, en comunión con toda la Iglesia (puedo usar el Evangelio, o la primera o la segunda lectura de la Misa del día; o bien cualquier texto bíblico elegido por mí). Me fijo bien en todos los detalles.



Reflexiones sobre el texto leído.
Me pregunto: ¿Qué dice este texto? (personas, circunstancias, actitudes...)

¿Qué me dice a mí, personalmente?
¿Qué me quieres decir Tú, Señor, con estas palabras? (Meditación)

¿Qué te digo yo ahora, Señor? ¿Cómo podría poner lo que he leído en forma de oración? ¿Qué me enseña a pedir lo que he leído? (Oración)

¡Quiero identificarme contigo, Señor! ¿Qué hacer? (Contemplación, iluminación de mi vida concreta)

Terminar con una oración; por ejemplo: *Gracias, Señor, por tu presencia y tu cercanía en este rato de oración; y por la luz y la fuerza que me has dado. Ayúdame a vivir según tu voluntad y sirviendo siempre a mis hermanos. Por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor.*

3. La Contemplación

Este modo de rezar es uno de los preferidos de San Ignacio de Loyola. Consiste en poner delante de mis ojos -con la imaginación- una escena del Evangelio, y entrar en ella como si yo fuera un niño o un humilde siervo que está allí presente, y mirar a las personas que intervienen en la escena, escuchar lo que dicen, ver lo que hacen, hablando con ellas, ayudándo-

les... Aquí, más que discursos de la mente, hay que gustar internamente, abrir los ojos del corazón para que yo pueda ver también el corazón de los personajes, mirar con el corazón a Jesús, a la Virgen, a los demás que están allí presentes. Y de ahí, moverme a actuar.

Por ejemplo: puedo representar ante mis ojos la Agonía de Jesús en el Huerto, ver su Corazón angustiado a la vista de nuestros pecados, y de los dolores terribles que se avecinan... Ver el amor infinito con que se ofrece al Padre para sufrir por nosotros, por mí... Ver su tristeza por mi indiferencia... Y entonces, tratar de consolarlo, pensar qué cosas puedo hacer para aliviar su Corazón, o dejar de hacer para no agregarle más tristeza...

La parte principal de toda oración es mi coloquio con Dios. Aquí está la médula, en esto consiste la oración: en hablar con Dios como se habla con un amigo, o con un Padre, o con un Esposo. La representación que yo me hago con la imaginación es sólo un medio para entrar en conversación con Dios.



Las características de la oración que Dios escucha

En su enseñanza, Jesús instruye a sus discípulos para que oren con un corazón purificado, una fe viva y perseverante, una audacia filial. Les anima a la vigilancia y les invita a presentar sus peticiones a Dios en su Nombre. Él mismo escucha las plegarias que se le dirigen. Estas enseñanzas las transmitió por medio de su ejemplo, y también con algunas parábolas, que podemos leer, por ejemplo, en San Lucas:

La primera, "el amigo importuno" (cf Lc 11, 5-13), invita a una oración **insistente**: "Llamad y se os abrirá". Al que ora así, el Padre del cielo "le dará todo lo que necesite", y sobre todo el Espíritu Santo que contiene todos los dones.

La segunda, "la viuda importuna" (cf Lc 18, 1-8), está centrada en una de las cualidades de la oración: es necesario orar siempre, sin cansarse, con la **paciencia** de la fe. "Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?".

La tercera, "el fariseo y el publicano" (cf Lc 18, 9-14), se refiere a la **humildad** del corazón que ora. "Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador". La Iglesia no cesa de hacer suya esta oración: ¡Kyrie eleison!

También debemos pedir "según su Voluntad", es decir, no sólo cosas buenas sino cosas que sabemos que Él quiere darnos, y si no estamos seguros de que quiera darnos eso, debemos agregar: "...si es Tu voluntad", es decir, si es para gloria Tuya y salvación de las almas.



"Orad siempre sin desfallecer"

Cuando pedimos por las vocaciones y por la santidad de los consagrados, estamos seguros de que esta es Su voluntad, pues Él mismo nos dijo que lo pidiéramos: "Orad al Dueño de la mies que envíe trabajadores...". Por eso, debemos esforzarnos por pedir con insistencia, sin cansarnos y con gran humildad.

Algunos puntos de meditación...



En esta sección te ofrecemos algunos escritos espirituales que pueden ayudarte a meditar.

La toma de mi Cruz

(De San Manuel González)

Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz... (Mt 16,24)

Madre Inmaculada: persuadida mi alma de la necesidad imprescindible de negarse a sí misma, no sólo para ir en pos de tu Hijo, sino para recibirlo y llevarlo dentro de ella, a gusto de Él y con fruto suyo, quiere aprender la segunda condición por Él impuesta: *tomar mi cruz*.

¿Y quién como Tú podrá enseñarle esa penosa y difícil operación?

Me autoriza a creerlo así aquel tu generoso "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", que es la rendida aceptación no sólo del honroso oficio de Madre de Dios, sino de todas sus consecuencias, y entre ellas la parte que, como Corredentora, te tocaba de la Cruz de tu Hijo.

¿Quieres, Madre querida de los dolores, enseñar a mis labios, y a mis ojos, y a mi sensibilidad, y a mi cabeza, y a mi corazón, a pronunciar, cada uno con su lenguaje, el *He aquí* de la aceptación valiente de la cruz que tu Hijo cada día le impone y, por qué no decirlo, me regala para unirme a Él?

Yo creo que ese valor me vendría si yo acabara de enterarme de que mi cruz de cada día es el recuerdo que me deja cada mañana el Jesús de mi Comunión para que no me separe y olvide de Él hasta la Comunión de la siguiente mañana.

Voy a recibirlo ahora: ¿quieres descubrirme la cruz que me trae, lo suya que es y lo mía que quiere que sea?...

Ya estás aquí, Jesús mío; déjame mirarte bien, que me ha dicho tu Madre que, escondido en los pliegues de tu manto, me traes un regalo... Enséñame tus pies, Bien mío... ¡sangre! ¡Derraman sangre!... ¡Ya lo sé! ¡Las espinas y las piedras del camino que, buscándome a mí, has tenido que andar, te los han herido! ¡Tus manos! ¡sangre también! ¡Mordiscos de lobos recibidos por Ti defendiendo a tus ovejas!... ¡Tu cara! ¡Está triste! ¡Cara de desairado! ¡La corona que ciñe tus sienes le da una sombra fatídica! ¡Es una corona de espinas! Agito suavemente tu manto y descubro la sangre que colorea tu túnica, ¡sangre del hombro llagado!... ¿El hombro? ¡Ah, sí! ¡Es el hombro de la cruz!... ¡De la cruz de mis pecados mortales y veniales, de mis ingratitudes e infidelidades, de mis abandonos de tu Sagrario y

mis rapiñas de la gloria de tu Padre, de mis egoísmos y de mis sensualidades!... ¡Sí, sí, la cruz mía es la cruz de la llaga del hombro!... ¡Le duele tanto el pecado y lo que al pecado puede llevar! ¡Es lo que le duele! ¡Lo único!

¡Jesús de mi Comunión: al pensar que Tú eres el Jesús a quien mis hermanos y yo tanto hemos perseguido, herido, despreciado y hecho correr en pos de nosotros, ya sé tu nombre mientras vivas en la tierra y cuál es el regalo que Tú puedes y quieres darme y a mí me conviene tomar!

¡El Jesús de mi Comunión es Jesús de la Cruz, de la cruz mía y de todos los pecadores!...

¡La cruz mía! Ahora comprendo por qué Tú decías que para ir en pos de Ti tengo que tomar la cruz, no la tuya, que es la redentora, sino la mía, la que labró y colocó sobre tu hombro bendito el pecado mío; ésa es la que me corresponde a mí en rigurosa justicia, como que lo único seguramente mío y solamente mío en el mundo es mi pecado... Pero ¡oh asombro de misericordia!, ¿de qué manos he de tomar esa mi cruz?

"¡Tome su cruz...!", y como yo mi cruz la puse en tu hombro... ¡qué bueno, qué ingenioso e incansablemente bueno eres, Jesús mío! Eres Tú, lastimado Dueño mío, el que me va a devolver la cruz que en mala hora te puse...



¡Es de Ti, de tu hombro mismo llagado, de quien me invitas a tomar mi cruz, y como en tu hombro hay sangre, mi cruz, que era negra y hedionda como mi pecado, volverá a mí roja y perfumada... Ya no será la cruz de mi pecado, sino la cruz de tu misericordia; no la cruz que un hijo malo hizo para afligir a su Padre, sino la que un Padre bueno hace para redimir a su hijo; la cruz, en suma, que Tú me das en un trueque que tu amor inventa; yo te la di como instrumento de suplicio, Tú me la truecas en instrumento

de desagravio para Ti, rehabilitación de mi pasado, seguridad de mi presente, esperanza de mi porvenir...

Sí, apresúrate, Jesús bueno, apresúrate a bajar tu hombro...; el mío aquí lo tienes...; echa la cruz, con el peso, con el dolor, con la fatiga que Tú quieras ponerle... ¡No tengo miedo! La vista y el olor de tu sangre me lo quitan. Lo que yo quiero, lo que ansío es que Tú descanses de la cruz mía, que te olvides de ella y que me perdones los días que te la he hecho llevar... ¡Ah, qué contento voy a estar con mi cruz!...

FLORECILLA DE MI COMUNIÓN.- *Madre Inmaculada, que yo tome mi cruz como la acción de gracias de mi Comunión de cada día y la preparación de la del día siguiente.*

La cruz que no debe ser mía...

(De San Manuel González)

Si alguno quiere venir en pos de Mí... Niéguese a sí mismo... (Mt 16,24)



Madre Inmaculada, ¡qué trabajo cuesta a mi flaca naturaleza tomar mi cruz! Le digo muchas veces que la cruz es un regalo y un recuerdo del Jesús de mi Comunión, que es el pago de mi deuda con Dios ofendido, que es el instrumento de mi redención y justificación ahora y después el trono de mi glorificación... y parece que mi naturaleza no se entera o no me cree y sigue acobardada o huida ante la Cruz. ¡Se siente tan feliz cuando se figura que se ha descargado de ella!

Un rayito de luz, un soplo de aliento, Madre querida, a mi cabeza y a mi corazón, para que aprendan y se decidan a mirar y a querer como amiga la cruz. Sobre todo yo quisiera saber cómo, siendo regalo de tu Hijo, la cruz me turba, me desasosiega y pone en peligro de apartarme de Él no pocas veces.

Ésta es la lección que te pido para mi Comunión de hoy.

Dile a tu Jesús que, aunque muy cobarde por mi condición, yo quiero

tomar la cruz que Él me dé, con el peso que Él me la mande, y sacar de ella todo lo que Él quiera que saque.

Jesús ha entrado con una cruz en mi alma y me parece oírle decir ofreciéndomela: "Toma"... es un dolor, una enfermedad, un desprecio humillante, una postergación, una calumnia, una ausencia, una mala interpretación de mis intenciones, una ingratitud...; mi naturaleza se estremece, pero la presencia de Él en mí y la seguridad de que no me pesará más de lo que Él le ha mandado, me dan valor para responderle en paz: yo la recibí...

Después, en las horas de ese día alargadas por la cruz, cuando vayan a abrirse mis labios para dejar salir una queja o una protesta, me acordaré de la boca que me dijo: "Toma", y de las manos que me la ofrecieron, y la paz y a veces el gozo seguirán siendo los compañeros de mi cruz.

¿Por qué no siempre mi cruz lleva esa apacible compañía?

A la luz de la palabra evangélica "tome su cruz", intensificada por la presencia de quien la pronunció, descubro la respuesta. Es que muchas veces me empeño en tomar una cruz que *no es mía*...

Con el auxilio de esa luz, veo dentro de mí dos fabricantes de cruces falsas: mi *imaginación* y mi *amor propio*. Los dos dedican todos los ratos que mi razón les deja libres a ese torpe y desdichado oficio.

Y ¡qué cruces salen de sus manos!

La imaginación, que libre de la razón es una loca, y el amor propio, que es un tirano, ¡qué cruces fabrican!

Por lo pronto, no son cruces redentoras, ni santificadoras, porque eso sólo lo hacen las de Dios.

Después, dado su origen, son cruces que pesan sin alivio, que afligen sin fruto, que abruman sin contar con el hombro que ha de llevarlas, unas veces chicas para los grandes y otras grandes para los chicos, y como consecuencia, injustas hasta lo irritante y desconsoladoras hasta la desesperación.

¡Ah! ¡qué bien veo ahora que la causa principal y más frecuente de mi odio y repugnancia de la cruz está en esa sustitución de la verdadera por la falsa, de la que prepara para mi redención la misericordia del Corazón de Jesús por la que labran para mi ruina y desesperación la loca y el tirano de mis pasiones!

¡Ah! icómo me confirma mi experiencia que más que la cruz verdadera, incomparablemente más, me han hecho y hacen sufrir los desmanes y ansias de mi fantasía soñando mundos de cariño, honores, riquezas y placeres, que nunca podré poseer, y las rabias, venganzas, despechos y ambiciones insaciables de ese gran ladrón de mi paz y gran tirano de mi existencia que se llama amor propio!

¡Qué claramente veo el orden de las condiciones para seguirle!; primero, *negarme a mí mismo*, o sea *amarrar mi loca* y *mi tirano*, ya que no me sea dado matarlos, y después *tomar en paz mi cruz*.

FLORECILLA DE MI COMUNIÓN.- Madre Inmaculada, maestra de la cruz, enséñame a tomar la *mía* sin miedo y con paz.



El poder de la intercesión

(De San Manuel González)

Uno de los puntos de vista más interesantes para penetrar y contemplar las intimidades del Corazón de Jesús y recrearse ante un mundo de maravillas y encantos es lo fácil que Él se muestra en el Evangelio a la intercesión.

El Evangelio enseña que no eran siempre los necesitados de milagros los que pedían y obtenían, sino que unas veces no eran pedidos, aparentemente al menos, y otras veces, quizá las más, aquellos milagros y aquellas grandes curaciones eran solicitados y alcanzados por un mediador, pariente, amigo o simplemente un compadecido del doliente.

Asimismo consta que no eran siempre santos, ni aun leales de Jesús, los que se acercaban a abogar por otros.

Tratando de descubrir el porqué de ese proceder de Jesús, ¡qué misterios de misericordia, qué milagros de condescendencia, qué delicadezas tan divinamente humanas y tan humanamente divinas se encuentran!

Yo invito a las almas sedientas de secretos y de intimidades del Corazón de Jesús en su vida de Sagrario a que repasen y saboreen esos milagros de la intercesión y les aseguro una cosecha óptima de sorpresas y aspectos y saboreos de su amor insospechados, sobre todo si en esas in-

tercesiones tan eficaces reparan en la desproporción tan enorme entre el ruego, la advertencia o el simple aviso del intercesor y la respuesta de poder, de amor, de docilidad, de todo un Dios-Hombre.

No se lee que jamás rechazara la intercesión de amigos; en cambio llegaba hasta obedecerlos con la fidelidad de un criado que va detrás de su señor a lo que mande.

¡Cuántas veces expone el evangelista la respuesta de Jesús a alguna petición que se le hacía en favor de otro, con estas palabras: "Jesús se ponía a seguirlo" (Mt 9,18-19; Mc 5,22-24; Lc 7,2-6).

Y cuando la intercesión era desordenada, en vez de rechazarla, la rectificaba y rectificaba la concedía. ¡Que lo diga la mujer del Zebedeo! (Mt 20, 20-28).

Entremos, almas de Sagrario, en esas intimidades de Jesús y en esos secretos para obtener de su Corazón cuantos favores queramos y necesitemos.

Continuemos desentrañando el secreto de la eficacia de la oración que se hace a Jesús por intercesión y por medio de otro.

¿Por qué hacía tanto caso de esas peticiones?

La intercesión con fe, olvido de uno mismo y humildad

"Y habiendo entrado Jesús en Cafarnaúm, se llegó a él un Centurión, rogándole y diciendo: 'Señor, mi siervo paralítico está postrado en cama y es reciamente atormentado'. Y le dijo Jesús: 'Yo iré y le sanaré'. Y respondiendo el Centurión, dijo: 'Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo. Pues también yo soy



hombre sujeto a otro que tengo soldados a mis órdenes y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto y lo hace.' Cuando esto oyó Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían:

'Verdaderamente os digo que no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes'. Y dijo Jesús al Centurión: 'Ve, y como creíste, así te sea hecho'. Y fue sano el siervo en aquella hora" (Mt 8,5-13).

Lo que prepara la oración de la fe

Tres buenas preparaciones, y mejor diría intercesiones:

1.º La intercesión de la generosidad para con el culto del verdadero Dios. Aquel pagano, llevado de su rectitud natural y seguramente por gracias actuales de Dios, ha comprendido la superioridad de la religión judía sobre la vana suya de los falsos ídolos y levanta una sinagoga para la religión verdadera.

2.º La intercesión de los más próximos a Jesús, por razón de su oficio y carácter en la religión judaica, y

3.º La intercesión de los buenos sentimientos y buen corazón con que miraba y cuidaba a su siervo, iseres tan despreciables para los ídólatras!

¡Cómo la fe preparaba a aquella alma y la iniciaba en el conocimiento del gran misterio de la piedad generosa para con Dios que se ayuda con la intercesión de sus santos, que son sus grandes amigos del Cielo, y con la práctica de la caridad para con los pobres, que son sus grandes amigos de la tierra!

Lo que acompaña a la oración de la fe

Este hombre se acerca a pedir a Jesús un milagro, acompañado de estos excelsos acompañantes:

1.º Una seguridad incommovible de que Jesús puede y quiere curar a su criado sólo con su palabra. Así lo expresa él mismo; con la misma seguridad que el capitán tiene de ser obedecido de su puñado de soldados, está él cierto que Jesús será obedecido, cuando los mande salir, por los dolores y males que atormentan a su criado, y

2.º Una humildad enternecedora que dice: "No vengas, porque no soy digno", en dulce lucha con el amor humilde de Jesús, que dice: "Voy a tu casa".

Lo que sigue a la oración de la fe

Para Jesús: La admiración que dice el santo Evangelio que Él manifestó ante aquella fe del Centurión, es, a mi ver, la expresión del gran consuelo que debió sentir su Corazón ante aquella espléndida compensación de tanta infidelidad o fe a medias que constantemente le rodeaba. "Verdaderamente -exclama en el gozo de su desagravio-, no encontré tanta fe en Israel" (Mt 8,10). ¡Debía oprimir tanto a su Corazón no sentirse creído ni aun de los suyos!

Para el pueblo infiel: La triste y terrible profecía de su condenación: "Os digo, pues, que vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes" .

¡Terrible paga, en verdad, para la infidelidad con Jesús!

Para el Centurión: Mientras Jesús ha hablado con voz amenazadora y con la amargura que el contraste entre la fe humilde y la soberbia incredulidad de los fariseos y escribas le ha puesto en el Corazón y en la boca, no ha mirado al Centurión; pero, cambiando de voz y volviéndose a él, le dice: "Ve, y como creíste sea hecho" . Y sanó el siervo en aquella hora. Como si le dijera: "Tu fe humilde y segura se lleva mi poder, mi cariño y hasta mi Persona a donde y para lo que quieras. Lo que tu fe me pide, mi poder lo hace".

¡Si la oración de la fe del Centurión fuese siempre nuestra oración ante el Sagrario!

¿Y no ha sido y es ésa la voluntad de la Iglesia al consagrar como fórmula de invitación diaria a Jesús Sacramentado el "Señor, no soy digno..." del Centurión?

Nos quejamos muchas veces, y más que nosotros se quejan los que nos rodean, de lo poco o nada que sacamos de estar con Jesús, de recibir a Jesús. Si preparáramos y acompañáramos nuestros ratos de Sagrario al modo del Centurión, iqué contento y compensado dejaríamos a Jesús, y qué transformados nos volveríamos nosotros!

Madre Inmaculada: Tú, a quien la Iglesia aclama bienaventurada porque creíste, enseña a los que andamos junto al Sagrario de tu Hijo a tratarlo y a hablarle creyendo en Él, pero creyendo sin titubeos, con seguridad y con humildad... ¡Con oración de fe!

Cómo oraban las madres en el Evangelio

(De San Manuel González, "Oremos en el sagrario")

Si la oración es el quejido que ante Dios exhala la necesidad, las madres, que más que sus necesidades y penas sienten las de sus hijos, tienen que ser almas de mucha oración.

Varias veces se las ve aparecer en el santo Evangelio, siempre pidiendo y nunca para ellas, sino en favor de sus hijos.

Ahí están las madres que ponían sobre las rodillas de Jesús a sus hijos para que se los bendijera y orara sobre ellos: la porfiada madre cananea, la ambiciosa madre de los Zebedeos, la desolada madre viuda de Naím, y por encima de todas, y ungiendo de majestad y eficacia la oración maternal, la oración de la Madre Inmaculada de Jesús.

¡Qué bien enseñan a orar con fe, con humildad, con perseverancia y con fruto esas madres del Evangelio.

Vedlo.

La oración de las madres de los pequeñuelos

El santo Evangelio no las nombra; pero ¿quién sino ellas, con esa finura de instinto y valentía de ingenio que da el cariño maternal, iban a llegar al piadoso atrevimiento de avasallar las incontables y apiñadas muchedumbres que rodeaban al Maestro, interrumpir la predicación que hacía, saltando por encima de las increpaciones y reproches de los apóstoles para con los menudos alborotadores de la predicación de Jesús?

Preparación remota

En todos los casos aquí presentados de oración en el Evangelio, observad que la preparación remota para todas esas oraciones es siempre la misma, aunque con distintos nombres: el cumplimiento habitual del propio deber, que en los pastores se llama vigilancia y guarda de sus ganados, aun a las altas horas de la noche; en los magos se llama estudio y observación de los astros, y en los niños se llama vivir y portarse a lo niño.

Pues bien; la preparación remota de la oración de estas madres del Evangelio era sentir, obrar, pensar y proceder a lo madre. Con esto se dice todo el deber habitual de ella. Seguramente a sus oídos habrían llegado las noticias que corrían por las bocas de todos sobre la virtud que exhalaba del divino Nazareno y el ansia con que las muchedumbres espe-



raban su paso por los pueblos y por los caminos para tocar siquiera sus vestiduras y obtener curaciones de incurables enfermedades del cuerpo y del alma, y sin duda en el corazón de las madres que eran verdaderamente tales, antes de ningún otro deseo surgiría avasallador y obsesionante éste: ¡Si mi niño tocara a Jesús! ¡Si Jesús tocara a mi niño!

Preparación próxima

Y ese deseo tan legítimo y tan propio de una buena madre se trocaba muy presto en esta decisión: "Yo he de llevar mi niño a Jesús".

Deseo y decisión tan vehementes como eficaces dan por resultado ese cuadro, siempre tierno para la piedad como para el arte, de madres arrodilladas, poniendo sobre los brazos y las rodillas de Jesús a sus pequeños.

La oración

¿Qué piden, qué exponen, qué esperan esas mujeres arrodilladas?

Más que con palabras estudiadas, aquellas mujeres oran con sus caras anhelantes y sudorosas, con sus lágrimas de emoción corriendo por sus mejillas, con sus manos levantadas en alto sosteniendo y presentando pequeños, con sus gritos y sollozos condensados en estas dos exclamaciones: ¡Jesús! ¡mi niño! Y en medio de madres y de hijos el Maestro bueno, el dulce Jesús, sentado sobre una piedra del camino o sobre el tronco cortado de un árbol, extiende sus manos para abrazarlos y bendecirlos, y abre su boca para orar al Padre por ellos y estampar sobre sus frentes un beso.

¿Y sería aventurado afirmar que en aquella, para el Corazón de Jesús, tan dulce y grata tarea, como para sus apóstoles pesada e ingrata, la Madre dulcísima de Jesús, la única que entendía todo el misterio de aquellas escenas, se ofreciera de intermediaria, entre las madres y Jesús, y con sus propios brazos tomara, levantara y acercara a los chiquillos más distantes y de modo singular a los que venían sin madre?

Sí, era Ella entonces la única que podía entender el misterio, inaccesible para la orgullosa sabiduría humana, del reino de los cielos abierto sólo a los niños y a los que, como niños, se hicieran.

El santo Evangelio nada dice de la historia de estos venturosos niños; la tradición piadosa asegura de algunos de los primeros discípulos de los apóstoles y mártires de la Iglesia, como san Ignacio mártir entre otros, que pertenecieron a aquel privilegiado grupo; pero aunque la historia no lo diga, la piedad está cierta de que la oración de aquellas felices madres en favor de sus hijuelos fue oración de una fecundidad inapreciable.

Besos y abrazos, sonrisas y bendiciones de Jesús y de María en la tierra virginal del alma inocente: ¿Qué cosecha de dulces frutos no daríais?

Madres cristianas, ¡van quedando tan pocas, Dios mío, en esta hora de irrupción de inmoralidad y paganismo en el hogar! Madres de verdad cristianas, cuyo amor y solicitud por vuestros hijos os hacen temblar siempre ante el mañana tan incierto como oscuro, ¿habéis olvidado que el divino Nazareno, el Jesús de los niños, todavía vive? ¿Por qué no le lleváis vuestros hijos? Con menor dificultad que las madres del Evangelio podéis llegar hasta Él. ¡Llevalde muchas veces a su casa del Sagrario a vuestros niños por muy pequeños que sean!

Invisiblemente, sí; pero tan de verdad como entonces, sobre sus frentes, sin arrugas de remordimientos, caerán sus besos, sobre sus hombros sus abrazos, sobre sus almas sus sonrisas y bendiciones...

Marías, Madres cristianas, imitad a vuestra Madre Inmaculada llevan- do muchas veces al Sagrario de Jesús los pequeñuelos que encontréis y podáis, singularmente los que están más lejos de Él o no tienen madres que los lleven.

La madre viuda de Naím

La composición de lugar

En pocas líneas la da hecha el mismo Evangelio:

"Sucedió, pues, que iba Jesús camino de la ciudad llamada Naím y con Él iban sus discípulos y mucho gentío. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad..." (Lc 7, 11-12).

Preparación

En las oraciones fructuosas del Evangelio siempre encontraréis la misma preparación; el cumplimiento del deber del propio estado.

Ved aquí cómo esta madre prepara su oración y su fruto copiosísimo con esto sólo: con cumplir su deber de madre; estar al lado de su hijo, primero enfermo para cuidarlo y después muerto para llorarlo y no dejarlo hasta el sepulcro.

Por cumplir con este deber de madre y no desentenderse de él ni confiárselo a sustitutos o criados, esto es, por orar como buena madre llorando junto a su hijo muerto, ¡qué milagro obtiene como fruto de su oración!

Los dos caminos

En esta descripción evangélica se señalan dos caminos: uno por el que camina la Vida, Jesús, y otro por el que camina la muerte, el hijo de la viuda.

Por uno y otro camino andan muchedumbres, la de discípulos y admiradores que van con Jesús, y la del acompañamiento del duelo de la afligida viuda.

Por el camino de la vida se oyen gritos de alegría, bendición, gratitud y se ven caras radiantes de paz y de esperanza.

Por el camino de la muerte se oyen sollozos, quejidos y murmullos de ayes y se ven ojos llorosos, rostros pálidos y fatigados...

Cómo la oración es puente entre el camino de la muerte y el de la vida

Padre celestial, gracias te doy porque has querido y ordenado hacer de los dos caminos de la Vida y de la muerte, no dos líneas paralelas, que jamás se encuentran, sino que se unen en un punto.

Por el primero de esos caminos va avanzando la Misericordia tuya y por el otro se arrastra fatigosamente la miseria nuestra y una y otra van avanzando hasta encontrarse en un puente que se llama oración.

¡Tu Misericordia!

¡Ése es el secreto de todos tus viajes, Jesús peregrino de la tierra, ésa es la fuerza que te impulsaba a escalar montañas y a bajar a valles y

playas y a navegar por el mar y a andar sobre sus ondas y a entrar en cañas de pescadores y en palacios de potentados y a tomar parte en festines de bodas y en duelos de muertos! ¡Tu Misericordia! ¡Ése es tu secreto y éste es el único porqué de todos tus pasos sobre la tierra como es el secreto y el porqué de tu vida de perpetuo inmolado del Altar y del Sagrario!

Ella, tu Misericordia inextinguible e incansable, era la que ponía entonces, y sigue poniendo ahora, las palabras de luz y de paz en tu boca, y las bendiciones de salud y vida en cuanto tocaban tus manos o miraban tus ojos... Ella era la que dirigía tus pasos hacia la ciudad de Naím a la precisa hora en que había de salir por sus puertas la gran miseria de la muerte de un hijo único y del dolor sin medida de una madre sola!

Bendita puerta de Naím, que más que puerta es puente de unión del camino de la Vida con el camino de la muerte, puente de la oración en que la miseria ora con lágrimas de mucha pena y con miradas a Jesús de mucha confianza y en que la Misericordia responde con palabras de infinita dulzura y con obras de infinito poder.



"Así que la vio el Señor, movido de misericordia, le dijo: *No llores*, y acercándose tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon, y dijo entonces: *Joven, yo te lo mando, levántate*. Y luego se incorporó el difunto y comenzó a hablar. Y Jesús lo entregó a su madre" (Lc 7, 13-15).

Madres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, amigos o amigas y todos los que vivís junto a muertos del alma que os son muy queridos, ¡aprended! cumplid vuestro deber y... llevad llorando vuestros muertos a la presencia de Jesús.

El Señor que dijo por la boca de Isaías (30, 19): "No llorarás jamás de verdad sin que Yo me compadezca de ti; al punto que Yo oyera la voz de tu clamor, te responderé", ese mismo Señor es el Jesús que manda a la muerte que devuelva al hijo a su madre para que no llore más, es el Jesús del Sagrario que, según san Agustín, "oye más pronto el sollozo del corazón que la voz de la boca".

¿Que dejaron de ser inocentes vuestros hijos y seres queridos? ¿Que están muertos, corrompidos?...

¿Tenéis miedo de que Jesús sienta asco? Llevadlos así, empujadlos con las instancias y las lágrimas de vuestro cariño herido..., que vayan, por muy manchados que estén... que para todos tiene y exhala virtud el divino Médico del Sagrario... Precisamente virtud suya es preparar con lágrimas de madres y misericordia de su corazón medicinas que no sólo curan, sino resucitan.

La oración de la madre cananea

La página en que el santo Evangelio describe esta oración y el milagro que por ella se obra, casi no necesita explicación, ya que basta su simple lectura. Hagamos, sin embargo, algunas ligerísimas observaciones.

Dice así el texto evangélico:

"Partido de aquí Jesús, se retiró hacia el país de Tiro y de Sidón. Cuando he aquí que una mujer cananea, venida de aquel territorio, empezó a dar voces diciendo: *Señor, Hijo de David, ten lástima de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio.*

Jesús no le respondió palabra. Y sus discípulos, acercándose, intercedían diciéndole: *Concédele lo que pide, a fin de que se vaya; porque viene gritando tras nosotros.* A lo que Jesús respondiendo, dijo: *Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.* No obstante, ella se llegó y le adoró diciendo: *Señor, socórreme.* El cual le dio por respuesta: *No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Mas ella dijo: Es verdad, Señor; pero los perritos comen, a lo menos, de las migajas que caen de la mesa de sus amos.* Entonces Jesús, respondiendo, le dice: ¡Oh

mujer! grande es tu fe; hágase conforme tú lo deseas. Y en la hora misma su hija quedó curada" (Mt 15, 21-28).

Quien ora

Es una madre con una gran pena: su hija poseída y horribilmente atormentada por el demonio. Una mujer lo más extraña a Jesús, diré más, enemiga de raza y de religión de Jesús, a fuer de cananea y de gentil.

Cómo ora

1.º **Con decisión.** Pisoteando sus odios y prejuicios de raza y de religión.

2.º **Con fidelidad.** En adivinar y aprovechar el paso como escondido de Jesús por su tierra y en hacer caso del Espíritu Santo que por dentro,

sin duda, la empujaba a Jesús, a quien quizás ni conocería si no era por los rumores de la fama.

3.º **Con humildad y perseverancia heroicas.** Le llama una y muchas veces y a gritos: *Señor, Hijo de David*. Jesús no la atiende ni tampoco la intercesión de los apóstoles en su favor, y ella, no obstante, se llega a Él, lo adora y le dice: "*Señor, socórreme...*" Nueva repulsa de Jesús:

"*No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros*". Diríase que por un momento y por misterios de Sabiduría de Dios, Jesús se olvida de su ternura inagotable para hablar como sus compatriotas los judíos, que llamaban perros a los gentiles. ¡Él, tan paciente con los pérfidos judíos, ahora tan seco con la humilde y desolada madre!

La mujer, más humilde y más perseverante, mientras más rechazada,



insiste, da la razón a Jesús y... sigue pidiendo y esperando.

4.º Con persuasión inquebrantable de dos cosas: de la irremediable miseria de su hija y de la misericordia infinitamente remediadora del Corazón de Jesús. Y esta persuasión, que es amor finísimo de madre y fe viva de hija de Dios, hace y gana el milagro.

Pero ¿quién ha encendido en el alma de aquella gentil la luz de la fe y fe tan viva y tan ilustrada que llega hasta argüir, humildemente es verdad, con la misma sabiduría de Dios?

¡Qué bien razona esta mujer! -comenta san Juan Crisóstomo...

La filosofía de aquella oración

En la cabeza de aquella pobre madre no había más que dos ideas: lo desesperado de la situación de su hija y la certeza del remedio de Jesús que pasaba; y en su corazón no bullían más que estos dos afectos, de honda compasión por su hija y de larga y segura confianza en el poder misericordioso del Nazareno.

Es decir, toda la vida de aquella pobre mujer estaba concentrada en estos dos puntos: la gran miseria de su hija y la infinitamente mayor Misericordia de Jesús. ¿Quién pondrá en contacto una y otra? ¿Quién traerá la miseria al camino de la Misericordia y quién detendrá a ésta ante aquélla?

Ésa, esa es la obra grande del Espíritu Santo por medio de la oración. Doblar las rodillas, extender los brazos y abrir la boca de la miseria y mover los pies y abrir las manos y el Corazón de la Misericordia en dirección y provecho de la miseria de rodillas y con los brazos y la boca abiertos...

¡Almas que navegáis por mares de miserias propias y ajenas, pero que os duelen como propias!, la Misericordia, que lo cura todo y de todo se compadece, está escondida y como disfrazada en el Sagrario... Y como tiene mucho empeño en guardar su anónimo, la mayor parte de sus vecinos no se han dado cuenta de que está allí...

Es Palabra de Dios y está callada; es Fuente de Vida, de la Vida, y parece que no corre; es Medicina, ¡la Medicina!, y parece que no cura...

Vosotras, almas con miserias y lástimas, ide rodillas ante la Misericordia, extendedle vuestros brazos, abridle vuestras bocas!... y si os parece que se calla, que se pasa o que os deja ir sin deciros ni daros nada..., más

aún, si vuestra miseria aumenta, seguid de rodillas, insistid, discutid..., a más silencio suyo más clamores vuestros, y estad seguras de que, ante la Misericordia de Jesús, el triunfo es siempre de la miseria de rodillas...

La oración de la madre de Santiago y Juan

¿Quién no conoce la historia de esta oración tan llena de defectos como de virtudes, tan digna en unas cosas de repulsa como de admiración e imitación en otras?

La madre de los dos apóstoles preferidos, Santiago y Juan, la fiel y leal María Salomé, incitada por sus hijos o por la ambición materna a buscar lo mejor para ellos, llama aparte a Jesús, se postra adorándolo y le hace esta rara petición:

“Di que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a tu siniestra.

-No sabéis lo que pedís- responde Jesús mirando no a la madre suplicante, sino a los hijos instigadores de la súplica. ¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber?

-Podemos -responden generosamente los interrogados.

-Beberéis, en efecto, mi cáliz- replica Jesús-, pero sentarse a mi diestra y a mi siniestra no es a Mí, sino a mi Padre a quien toca darlo a los que se lo ganen” (Mt 20, 20-23).

Lo defectuoso de esta oración

Con san Juan Crisóstomo comenzaré diciendo: “Que no se escandalice nadie si ve aún imperfectos a los apóstoles; todavía no se les había dado la gracia del Espíritu santo”.



El motivo: Ambición de honores: ser los primeros en el reino material del Mesías.

El procedimiento: Se pide a Jesús a modo de complot: se ve venir y se teme la primacía de Pedro, y para que éste no se de cuenta de que se conspira contra él, se llama aparte a Jesús, y se le buscan las fibras más delicadas, poniéndole de intercesora a una madre, y a su vez íntima amiga de la Madre de Jesús.

El tiempo: El más inoportuno: acaba el Maestro de predecir, subiendo a Jerusalén, una vez más su ignominiosa pasión y muerte y en lugar del grito de la compasión dolida o de la protesta airada se oye la voz de la pretensión y el orgullo.

¡Qué contraste entre estas dos palabras pronunciadas a continuación la una de la otra: "El Hijo del Hombre será escupido... y condenado a muerte" (Lc 18, 32-33) y los "primeros puestos del reino para estos dos!" (Mt 20, 21).

¡Qué compasivamente los santos Padres quieren que, antes de juzgar a Salomé, recordemos lo que era! "Si comete un error, dice san Ambrosio, es error de piedad; las entrañas maternas entienden poco de paciencia... Considerad a la madre, pensad en la madre".

Lo bueno de esta oración

Hay mucho que aprender y que imitar en esta oración. Entre otros méritos apreciamos:

La fe viva con que ve en aquel Hijo del Hombre escupido, azotado, condenado y muerto, a un Rey. ¿No era una hermosa y valiente confesión de fe en la realeza de Jesús, entendida como quiera que fuese, aquella prisa en pedir puestos para cuando llegara a poseerla?

La confianza intrépida en la misericordia del Corazón de Jesús: no se ocultaría ni a los hijos ni a la madre, antes de acercarse a Jesús, que aquella petición iba a sentar mal en el colegio de los doce, y por esto se ocultan de ellos para hacerla; podrían pensar que, abrigar y fomentar esas ambiciones no era, por lo menos, del estilo de lo que gustaba a Jesús y de lo que Él predicaba con sus ejemplos y con sus palabras; por otra parte halagaría tanto a aquella mujer, que por seguir a Jesús había consentido en que sus hijos dejaran sus barcas y ella su propia casa; y halagaría tanto a aquella madre tan amante de sus hijos como fidelísima a Jesús, verlos muy unidos para siempre, tan unidos, que entre ellos tres no

hubiera ni cupiera nadie que, saltando por encima de todos los miramientos y sin alegar razones ni merecimientos, se va derecha a Jesús, y con la familiaridad más confiada le abre su corazón, le expone su deseo, su ambición, su locura, le pide y, diría, le manda: "Di que estos dos hijos míos se sienten contigo en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda".

¡Qué bien está retratada la madre en esas palabras! La vehemencia de la confianza en el Corazón de Jesús y del amor de sus hijos pone en sus labios esa intrépida manera de pedir mandando: Di... ¿A título de qué o por qué razones? ¿Porque son sabios, más generosos, más buenos?... No se alega más razón que está: mis hijos. ¡Qué buena oración de madre!

La sumisión rendida: Jesús ha mirado y oído a Salomé, ha recogido su deseo, pero ¡ide qué modo más raro!, no le responde ni una palabra; se vuelve a Juan y Santiago y con ellos habla dejando a un lado a su madre. A éstos da una respuesta que más parece un reproche: "No sabéis lo que pedís", y en lugar de tronos y reinos y honores les habla del cáliz de su pasión, y los convida a beber de él.

Los Zebedeos responden generosos, y la madre entre tanto, oye, calla, y... agradece. Sabe que la respuesta de Jesús, aun envuelta en un reproche, es la mejor respuesta a su oración porque es de Jesús.

Los frutos

Los frutos, en efecto, lo confirman. Los venturosos hijos de Salomé han obtenido la promesa de participación del cáliz mismo de su Maestro, y por medio de ella la de su gloria y exaltación eternas; los apóstoles todos y con ellos la Iglesia universal, han obtenido, con ocasión de la oración de la madre de los Zebedeos, una de las más preciadas y trascendentales lecciones del Maestro inmortal, lección soberana de humildad que puede llamarse la carta magna de la autoridad y del apostolado en los pueblos cristianos.

"Mas Jesús los convocó a Sí, y les dijo: "No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspirase a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado. Y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo. Al modo que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para redención de muchos" (Mt 20, 25-28).

Hay una clase de almas que, a las muchas angustias que las afligen, añaden ésta: ¿Y quién va con estas cosas a Jesús? ¡Son cosas tan chicas,

tan raras, tan feás, tan inexplicables, tan, tan...!

A ese vuestro reparo, que más huele a desconfianza de Jesús que a humildad vuestra, el Corazón que palpita en el Sagrario os dice como a los Zebedeos: *¿Qué queréis que os conceda?* (Mc 10, 36).

Decídselo todo; todo, aun los desatinos, y estad ciertos que su respuesta, de reproche o de aprobación, será la respuesta de la Misericordia que preserva, cura, alegría, ilumina, levanta y transforma, icomo de Jesús!

La gran intercesora

Para honra del más eficaz intercesor de Jesús, quiero cerrar estas consideraciones sobre la intercesión, poniendo como broche de oro de ellas el nombre augusto, santo y amable entre los nombres grandes, el de María Inmaculada.

iLa gran Intercesora ayer, en el Evangelio, hoy en el Sagrario y siempre en la eternidad!

A pesar de lo poco que la nombra el Evangelio y de las pocas escenas que de su vida narra, dice lo bastante para que conozcamos de cierto el lugar que ocupaba, ocupa y ocupará cerca del trono de la Misericordia omnipotente del Corazón de su Hijo.

En el Evangelio no se cuenta más que un milagro, y por cierto el primero, obrado por Jesús a ruegos, y casi diría por mandato, de María; que es la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, con el que Jesús inauguró su vida de taumaturgo; pero la presencia de Ella, notada por el Evangelio, en los grandes momentos de la vida de su Hijo en la tierra, da a entender muy a las claras que en la economía redentora entraba que María fuera siempre Madre de Jesús y que



Jesús fuera siempre Hijo de María y que, como Él es el Intercesor y el Mediador supremo entre Dios y los hombres, Ella fuera la Intercesora y la Mediadora universal entre su Hijo Dios y sus hijos los hombres.

Para proceder con la claridad y brevedad posibles empezaré por sentar las que pudieran llamarse

Leyes fundamentales de la intercesión

y que a la par son leyes de toda distribución de gracia y beneficios de Dios.

La más fundamental de todas es ésta:

Dios no concede más favores ni gracias que los pedidos por medio de su Hijo.

Ésa es la gran ley de la distribución de los favores divinos y de la intercesión universal.

Nada se concede ni se obtiene sino por la única mediación todopoderosa de nuestro único Mediador, Jesucristo: "Porque uno es Dios, uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (1Tim 2,5; Hebr 12,24). Toda la liturgia romana está presidida por aquella ley que el Sínodo de Hipona, en presencia de san Agustín, formuló el año 393 en el canon 21: "La oración litúrgica ha de dirigirse siempre al Padre". Por eso la Iglesia ora siempre *por nuestro Señor Jesucristo*.

Pero como esa ley de intercesión universal, absolutamente eficaz y suprema, según vemos en la historia de Jesús en el santo Evangelio y en la santa Eucaristía, no excluye otras intercesiones cerca del mismo Jesús, he tratado de averiguar el secreto del proceder del Padre y del Hijo al admitir y aprobar y gustosamente aceptar otras intercesiones. En los porqués de ese secreto me he encontrado a cada paso con mi Madre Inmaculada y me he sentido obligado a exclamar: ¡Ahí está Ella!

Los secretos de la intercesión

En toda intercesión cerca del Corazón de Jesús, tanto en su vida mortal como en su vida eucarística, encuentro:

1.º Un testimonio del Corazón de Jesús en favor de todos los buenos amores del corazón humano. ¿Qué corazón después del de Jesús ha abrigado amores más buenos, puros, generosos, magnánimos que el Corazón de su Madre? ¡Con qué derretimiento de complacencia admitirá el Hijo y

presentará al Padre los gustos del Corazón de su Madre!

2.º Un modo fino de agradecer el Corazón de Jesús a sus leales pagádoles en los parientes, amigos y patrocinados de éstos. Y itiene tanto que agradecer a su Hija, Madre y Esposa, María, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Ser devoto, ser amante hijo de María equivale a tener a la Santísima Trinidad por deudora.

3.º Un modo de probar la benevolencia con que atendía a los que se la habían ganado con su fidelidad. ¿Y quién más fiel que la Virgen fiel? ¿Quién ha podido ganarse más y mejor la benevolencia de Jesús?

4.º Un modo de aumentar el número de testigos, no sólo de su doctrina, sino de los milagros que hacía en su confirmación. Madre buena, ¿quién podrá contar el número sin número de testigos de las misericordias del Corazón de tu Hijo que con tus intercesiones has creado y conservas y multiplicas?

5.º Un modo de extender su acción de Redentor y procedimientos de Dios gobernador y conservador, multiplicando el número de causas segundas y comunicándoles la dignidad de cooperadores. ¡Qué grandiosa aparece bajo este aspecto la acción mediadora de María! Dios, tan generoso y tan señor en dignificar aun los seres más menudos e insignificantes, haciéndolos causas de otros seres y elevándolos a la cooperación con Él, como causa primera de todas las causas, ¡cómo se complacería y se complacerá eternamente en constituir causa segunda suprema sobre todas las causas secundarias creadas de todos los órdenes angélicos, sobrenatural y natural, a la que, como Madre suya, quiso que fuera la causa material de su ser humano! ¿Cómo me ha de extrañar ya, que en la letanía que comienza llamando a María "santa Madre de Dios", prosiga llamándola "Virgen de vírgenes", "Madre de la divina gracia", "Refugio de pecadores", "Auxilio de los cristianos", "Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de los santos todos"?

Todos estos títulos, ¿qué otra cosa son sino nombres distintos de su gran oficio en la economía de Dios en el mundo entero de los cielos y de la tierra, a saber, Causa segunda, la más inmediata y más participante de la Causa primera y a la par y por eso mismo, Causa primera entre todas las segundas de quien y por quien les viene toda su virtud y eficacia?

6.º El resumen de todos los secretos de la intercesión lo formuló el mismo autor y causa de todas las dádivas y distribuciones de Dios, cuando dijo: "Dad y se os dará" (Lc 6,38).

Partiendo, desde luego, de que toda merced del Señor viene de su generosidad, puesto que Él es quien siempre da primero, es cierto que a más generosidad nuestra corresponde más generosidad de Él. De ese mismo principio vienen el "bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia" (Mt 5,7) y el "perdónanos, como nosotros perdonamos" (Mt 6,12).

Iluminado con esta luz evangélica puedo decir, sin miedo de error: quien da más a Dios, recibe más de Dios para sí y para los demás.

Entre otras comprobaciones, ¿no habéis visto en las escenas de intercesiones que os he venido presentando, cómo han ido recibiendo de la generosidad del Padre celestial pagas espléndidas y sobreabundantes las generosidades humanas intercediendo ante Jesús por compatriotas, parientes y amigos?

El Evangelio, el Sagrario y el Cielo, ¿qué otra cosa son que la cosecha llena preparada por la generosidad del Padre celestial como Agricultor divino, a las siembras de los corazones generosos, venciéndose a sí mismos y dándose a los demás sin medida ni cansancio?

¡Oh! ¡Lo que descubren nuestros ojos puestos a mirar esas lejanías tan halagüeñas!

Si Jesús se llamó a sí mismo semilla y sembrador de la vida de Dios en la tierra, y seguirá siéndolo hasta la consumación de los siglos, ¿quién con más títulos que su Madre Inmaculada para llamarse la sembradora, la gran sembradora, no sólo de la vida de Dios, sino del Dios de la vida?

El consentimiento consciente dado por María a la Encarnación y a todas sus consecuencias gloriosas y dolorosas; la fidelidad exquisita a Dios, que le ha merecido ser escogida para dar aquel "hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38) como representante de toda la naturaleza humana; la generosidad ante las pobrezas de Belén; las persecuciones de Herodes y las necesidades y humillaciones de la vida oculta; las renunciaciones supremas de la vida pública, del Calvario, del sepulcro, de la ausencia después de la Ascensión; las amarguras de la solicitud por las Iglesias nacientes..., ¿no hacen de María la gran sembradora de la vida de Dios y del Dios de la Vida?

La Humanidad de Jesús, el sacerdocio eterno que tiene y ejerce Jesús por ser Hombre, y, por tanto, todo sacerdocio y todos sus frutos, su Redención por el Sacrificio de su Carne, su Eucaristía por la consagración y oblación de su Carne inmolada, sus Sacramentos por la virtud de su san-

gre y la gloria excelsa y máxima que todo eso da a Dios y el bien sin número ni medida que al género humano otorga, ¿a quien después de Dios se debe y por medio de quién se produce y se reparte sino de María y por María?

De verdad que si las cosechas del Sembrador divino son infinitas, eternas e inefables; para ver, contar, admirar y agradecer las cosechas de la gran sembradora, faltan ojos y bocas y corazones en todo el género humano nacido y por nacer en la tierra y aun en todas las legiones de ángeles de los cielos.

¿Queréis una medida aproximada del valimiento de la intercesión de María? Dejad al Hijo que termine la fórmula. "Dad y se os dará", dijo.

¿Qué daréis Señor, a la que os ha dado una cosa que vale más que los cielos y la tierra, que era Ella misma, y después dio lo que infinitamente valía más que Ella, que sois Vos?

¡Cómo se me llenan el corazón de placer y los ojos de lágrimas de gratitud cuando os miro sentado en la montaña de las Bienaventuranzas, tendiendo vuestra vista por todos los espacios y tiempos, y os oigo anunciar la paga que reservabais para vuestros amigos y vuestros leales, para los que, a imitación vuestra, habrían de darse a Dios y por Dios a sus prójimos, y, como reina de todos ellos, para la más amiga, leal y unida a Vos, para la más generosa en dar y darse por Vos, vuestra Madre Inmaculada!

"Dad y se os dará... Dad abundantemente y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame".

¡Ésa, ésa es María, vuestra Madre y nuestra Madre! ¡La llena de la gracia de Dios, la rebotante de todas las gracias y bendiciones del cielo! ¡La que se sienta en el cielo y pasa por la tierra derramando caricias y dones de Dios!

¡La gran Abogada!
 ¡La gran Intercesora!
 ¡La gran Mediadora!



La oración con nuestras obras y trabajo

(De San Manuel González, "Oremos en el sagrario")

Obrar por dar gusto a Jesús, es orar.

Lo mismo llega a Jesús la certeza de mi amor a El diciéndoselo con palabra sincera de mi boca, que demostrándoselo con mis obras hechas porque Él me las pide y porque a Él le gustan.

La oración más augusta y más grata para Dios es el Sacrificio de su Hijo en la Cena, en la Cruz o en la Misa, y esa oración de Sacrificio es más que oración de la mente o de la boca, *oración de obra...*

El olor que exhala esa divina Sangre derramada es el poderoso clamor de Cristo, que habla mejor que la de Abel y que todos los patriarcas, profetas y santos de la antigua y de la nueva Ley: "Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor" (Hb 5,7).

Un alma pasa su día cumpliendo su deber alto o bajo, grande o menudo, a la vista de muchos o de nadie y cumpliéndolo con gusto porque procura darse cuenta de que está dando gusto a Jesús, esa alma pasa su día en oración y en oración muy valiosa y acepta.

Si cuantas veces podamos y nos permita nuestra flaca memoria, no sólo en nuestras obras buenas, sino en las indiferentes, como el comer, pasear, reír, y dormir, decimos: "por Ti, para Ti, Corazón de mi Jesús..., porque a Ti te gusta", estemos ciertos de que cumplimos el repetido encargo de nuestro divino Maestro: *Es necesario orar siempre y no desfallecer...* (Lc 18,1).

Y si aun las obras indiferentes, por virtud de nuestro ofrecimiento de ellas a Jesús, se convierten en oración de obra, ¿qué diré si esas obras son positivamente buenas y las más excelentes de todas, como son las obras de caridad?

Practicar obras de caridad y misericordia con rectitud de intención, o sea, mirando más al gusto de Jesús que a la misma necesidad socorrida, es excelentísimo modo de orar.

Y de ese modo terminó la oración de los discípulos, a saber: ejerciendo la caridad de admirable manera.

“En esto llegaron -dice el evangelista- cerca de la aldea a donde iban, y Él hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: “Quédate con nosotros, porque ya es tarde, y ya va el día de caída”. Entró, pues, con ellos...” (Lc 24,28-29).

¡Qué gradación!

El orar *echando de menos* a Jesús lo invita a acercarse.

El orar *hablando afanosamente y cariñosamente de Él y con Él* lo invita a hablar y a acompañar, pero veladamente.

El orar *obrando el gran mandamiento de Jesús, el amarse los unos a los otros, y con la delicada insistencia del “Quédate con nosotros, que ya es tarde”, lo obliga a entrar y a quedarse y a comer con ellos y a darse a conocer...*

Bendita y mil veces bendita virtud de la oración, que has trocado las negruras de la incredulidad y las amarguras de la desilusión en las claridades y dulzuras de la vista, posesión e intimidad de Jesús resucitado!

Madre Inmaculada, por la oración con que acompañaste a tu Hijo muerto y resucitado, enséñanos el secreto de morir a nosotros orando y vivir para sólo Jesús orando también.



Modelos evangélicos para nuestras peticiones

(De San Manuel González, "Oremos en el sagrario")

¡Qué hermosas fórmulas de peticiones de toda clase de necesitados y afligidos presenta el Evangelio! ¡Qué buenas todas ellas para que las repitamos, cuando pasemos por las mismas o parecidas penas, delante del Sagrario!

1.º "Con que pueda tocar la orla de su vestido quedaré curada", decía entre sí la hemorroísa . ¡Si tocáramos con esa fe nuestra Eucaristía!

2.º "Jesús, hijo de David, ten piedad de mí", gritaba cada vez más fuerte el ciego Bartimeo . ¡Si perseveráramos en nuestros gritos de angustia ante el Sagrario!

3.º "Jesús, Maestro, ten lástima de nosotros", decían dando voces desde lejos, los diez leprosos . ¡Con qué complacencia oye Jesús: "Una limosnita de lástima tuya para mí"!

4.º Y el leproso que le adora diciendo: "Señor, si quieres puedes limpiarme". ¡Si oprimidos por el remordimiento dijéramos eso muchas veces ante el Sagrario!

5.º "Maestro, que perecemos!", le gritan a Jesús, dormido en la barca, sus discípulos, alarmados por la tempestad . ¡Jesús, dormido en la barca como callado en el Sagrario, siempre oye el clamor de sus hijos!

6.º En medio de la turba que rodea a Jesús se oye el clamor de un padre que pide a Jesús libre a su hijo del demonio que lo tenía poseído: "Maestro, mira; te ruego me conserves a mi hijo, que es el único que tengo" . ¡Padres, madres, hermanos, hermanas y amigos buenos, cuando lloréis los extravíos que acusan la presencia del demonio en el alma de vuestros seres queridos, sabed que el Jesús callado del Sagrario tiene poder sobre todos los demonios y espera vuestra oración.

7.º El Centurión de Cafarnaúm le ruega diciendo: "Señor, tengo en cama y a la muerte un criado" . La intercesión de la caridad ¡cuánto obtiene de Jesús!

8.º Marta y María piden la salud de su hermano, mandando a decir a Jesús: "Señor, el que amas está enfermo" . ¡Qué sublime concisión! Y luego que muere Lázaro le dicen: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto". . ¡Qué agradable son para el corazón de Jesús

las osadías del amor de sus amigos!

9.º La Samaritana, a quien Jesús habla del agua que Él tiene, le dice: "Señor, dame de esa agua para que no tenga yo más sed" . ¡Almas sedientas de paz y de bien, ésa es vuestra petición!

Pero ¿quién podrá contar y repetir las fórmulas y los gritos de tantos dolores y males que fueron en busca del remedio de aquel divino Médico, Jesús?

¡Oh, Farmacia misteriosa del Evangelio y del Sagrario, que tenéis fórmulas para la curación de todos los males del alma y del cuerpo; fórmulas eficaces que como se repitan con fe viva y confianza ciega en el poder y en la misericordia del Médico divino producen ciertamente la curación!



Los espías del Corazón de Jesús

(De San Manuel González, "Oremos en el sagrario")

Tomaron consejo... (Mt 22,15)

Madre querida, aunque el Evangelio no lo dice expresamente, insinúa bastante que tú, acompañada de las Marías, seguías a tu Jesús en sus excursiones por Palestina y, por consiguiente, que no sólo lo veías realizar sus milagros y lo oías predicar su doctrina, sino que veías y oías lo que en torno de Él se hacía y se decía, lo mismo por los agradecidos a sus favores que por los recelosos y envidiosos de su poder, por los amigos y por los enemigos.

Y pensando en esto me he dicho: ¡cómo afligirían y contristarían el corazón de mi Madre las caras afiladas de los envidiosos fariseos cercando y espionando a tu Jesús, a ver si lo sorprendían en alguna palabra, acción o gesto que contradijera la divina misión con que se presentaba a los hombres!

Aflicción y tristeza sólo comparables en intensidad al gozo que te producirían las caras sencillas, ansiosas, anhelantes con que la muchedumbre recibía y seguía a tu Hijo.

¡Sorprender a Jesús! ¡Coger a Jesús! ¡Como a seductor e hipócrita!

Tú, la más enterada, entre todas las puras criaturas, de la verdad y sinceridad de sus palabras, de sus procederes y de sus intenciones, ¡cómo sufrirías de ver tan cerca de Él, tan en contacto con su persona, casi recibiendo su aliento, a los perseguidores de su honra, a sus espías!

Pero me halaga pensar que, cuando tus Marías te vieran triste por este motivo, se esforzarían por desagraciar a tu Hijo y consolarte a ti.

¿Me permites, Madre ofendida, que le ofrezca a Él por ti el desagracio de mi fe viva y de mi amor rendido a cuanto Él me enseñe?

Sí, yo creo en Jesús Hijo de Dios y tuyo.

Sé que está vivo en el cielo y en el Sagrario.

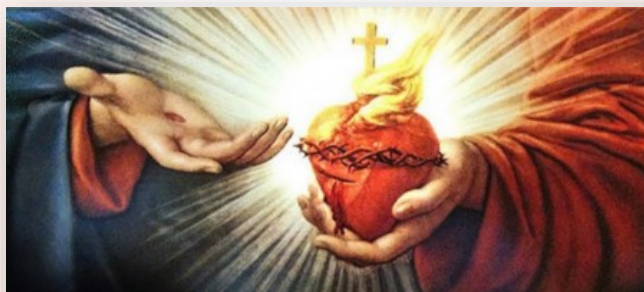
Me fío de su palabra, de su poder y de su amor.

Yo no quiero más que a Él y lo que debo querer queriéndolo a Él.

Voy ahora a recibirlo en mi Comunión, ¡qué buena ocasión para ofrecer-

le desagravios por todas esas ofensas de persecuciones y asechanzas de su honra, dudas de la verdad de sus palabras, desconfianzas de su poder e ingratitudes para con su amor!

¿Me ayudas, Madre de Jesús y mía?



...

Los fariseos celebraron consejo sobre el modo de sorprenderle. (Mt 22,15)

El desagravio debe ser semejante y contrario al agravio.

Jesús de mi Comunión, ¿te agraviaron en el Evangelio y te siguen agraviando en tu Sagrario y en tu Iglesia tus enemigos, poniéndose y hasta viviendo muy cerca de Ti para espiarte...?

Yo quiero vivir para sorprenderte.

Pues yo también quiero ponerme y vivir a la verita de tu Sagrario para, como ellos, no perder ni una mirada de tus ojos, ni un gesto de tu cara, ni un acento de tus labios, ni un quejido de tu Corazón...

¿En dónde tratan de sorprenderte?

En el Sagrario

¡Yo también! ¡Cómo me gustaría sorprender la mirada seria y compasiva con que recibes al sacrílego que, osado, se te acerca o te entrega, la palabra alentadora con que premias a los que te buscan y esperan, la sonrisa con que agasajas a los parvulillos y a los limpios de corazón y... el suspiro de angustia y de agradecimiento con que respondes al saludo de tus Marías...!

¡Vivir para sorprenderte! ¡Qué triste, qué seco, qué funesto vivir para

tus perseguidores, y qué útil, jugoso, dulcemente misterioso e inefablemente feliz para tus amadores!

En las almas

Y no es solamente en el Sagrario en donde me gustaría *sorprenderte*: Tú andas y obras en las almas; en las de los buenos, mirando y dirigiendo y agasajando; en las de los malos, llamando y mendigando y ablandando... ¡Ah!, y ¡cómo me gustaría sorprender tus confidencias con tus amigos, tus aprobaciones a sus vencimientos, tus agradecimientos a sus generosidades, tus alientos en sus luchas!... Y en tus relaciones con los malos, ¡qué edificación, qué honda compasión entraría en mi alma si lograra sorprender tus quejidos de indigente, tus reproches de desairado, tus lágrimas derramadas en las noches sin fin ante las puertas cerradas...!

En los acontecimientos

Y también andas en los acontecimientos, dirigiéndolos en favor de los que te aman, hablando y atrayendo y suavemente castigando por medio de ellos.

¡Qué útil y dulce ocupación para mi vida buscarte, seguirte, adivinarte, sorprender tu misteriosa, delicada y paternal acción en los acontecimientos públicos y privados, grandes y menudos, en todos los que de alguna manera conmigo se relacionan!

En mi alma

Por muy útil y edificante y gustoso que sea seguirte en las almas de los demás y en los acontecimientos, sobrepasa en consolaciones y frutos el dedicarme a *sorprenderte* en mí mismo: ¡en mi alma! "Dios escondido" has querido ser llamado en la Escritura santa, y ¡cómo te complaces y me ejercitas en serlo dentro de mi alma!

¿Qué hace, qué dice, qué prepara, qué siente, qué pide, cómo está Jesús en mi alma ahora?

¡Qué buenas preguntas para hacerlas con frecuencia, no sólo después de mi Comunión, cuando acabas de entrar, sino entre día, en medio de mis quehaceres, en la agitación de mi vida!

¡Cuánto aprovecharía a mi alma *pedirse respuesta*, muchas veces al día, de aquellas preguntas! ¡Cómo fomentaría sus buenas relaciones con Jesús el tomar con empeño *sorprenderlo* dentro de ella! ¡Qué llamadas tan fuertes y tan emocionantes al amor tierno, a la correspondencia delicada, a la

fidelidad minuciosa, serían aquellas respuestas!...

FLORECILLA DE MI COMUNION.- Madre de Jesús afligida por los espías de la envidia, ¿me concedes desagraviarlo a Él y consolarte a Ti con el oficio de *espía por amor*?



En el Nuevo Testamento el modelo perfecto de oración se encuentra en la oración filial de Jesús. Hecha con frecuencia en la soledad, en lo secreto, la oración de Jesús entraña una adhesión amorosa a la voluntad del Padre hasta la cruz y una absoluta confianza en ser escuchada.

El sagrario abandonado

(San Manuel González, *Aunque todos, yo no*)



Y me ordené de sacerdote y me mandaron los superiores a dar una misión a un pueblecito.

Hice mis provisiones de escapularios, medallas, estampas y demás géneros de propaganda de los misioneros y icon qué alegría tomé asiento en el vaporcito que había de dejarme en la ribera próxima al pueblo de mi apostolado! ¡Y con qué presteza monté después en el burro que el sacristán me tenía preparado para recorrer la hora de camino que separaba al pueblo del río! ¡Qué planes tan risueños los que iba formando por el camino! ¡Cómo me lisonjeaba de ver ya en mi apresurada imaginación el templo

rebosando fieles oyendo mis sermones; el rosario de la aurora cantado por las calles; la Comunión general, muy general, de todo el pueblo; y el gozo de mi Prelado cuando, al terminar la misión, fuese a administrar la santa confirmación y viese tan abundante cosecha...!

Vamos a ver, amigo sacristán, ¿está muy entusiasmada la gente con la misión? ¿es muy grande la iglesia? ¿cabrá mucha gente?... Y tras de esas, un chaparrón de preguntas encaminadas a enterarme bien de las condiciones y puntos flacos del pueblo de mis presuntos triunfos apostólicos.

-La iglesia, empezó a responderme con frialdad y lentitud mi acompañante, la iglesia, si le he de decir verdad, no es iglesia, o por mejor decir, ya sí es iglesia; gracias al señor Antonio el vaquero que se empeñó con tós los ricos de Sevilla y con el señor Arzobispo y hasta con la reina de Madrid y ha buscado dinero para echarle un techo nuevo en lugar del que se cayó hace unos nueve o diez años; y el suelo; y el altar mayor; y la torre; y...

-Pero, oiga usted, a la iglesia antigua ¿qué le quedaba? -le interrumpí yo extrañado.

-Pues nada, como el otro que dijo. Aquello era una grillera. Por todas

partes entraba el viento y el agua. Yo ya no cerraba la puerta ni de día ni de noche, ¿para qué? si todo eran puertas y agujeros. Pero, en fin, ya hoy es iglesia. Ahora lo que pasa es que la gente se ha acostumbrado a no ir y me parece que poca va a ir a la misión. ¡como no fuera la misión en el casino o en las tabernas!

Y a ese tenor fue el hombre aquel echando sobre el fuego de mis entusiasmos más agua fría, que yo acababa de cruzar en el vaporcillo...

Sin embargo, hay que dar la misión. Dios lo quiere y Él me ayudará...

Dimos vista al pueblo y, contra lo que yo esperaba, sin el indispensable grupo de chiquillos que recibieran al Padre Misionero. Nos apeamos de nuestros jumentos y dejándolos ir por delante de nosotros, seguí mi interrogatorio con mi acompañante.

-Diga usted ¿en este pueblo no hay chiquillos?

-Sí, pero ahora están en el campo... Y mire usted, aunque estén, no les da por la iglesia, porque el señor cura, por sus años, sus achaques y por lo que aquí pasa y como no viene del otro pueblo que tiene a su cargo, más que los domingos, la verdad ino quiere ver a un chiquillo ni pintado! ¡alborotan tanto!... Y ¡como los padres tampoco vienen!...

-Entonces ¿quién viene a Misa en este pueblo?

-Mire usted, como venir no vienen, digo, vienen los que tienen que casarse o para bautizar algún niño, y señó Antonio y yo cuando no tengo que ir al campo...

-¿Y comulgan?

-Comulgar, también comulgan algunas veces los que vienen a casarse...

-¿Nadie más?

-Que yo me acuerde, nadie más.

-Bueno, pero los enfermos por lo menos recibirán los santos sacramentos ¿no es eso?

-No, no, ¡iqué van a recibir! Si dicen que esas son cosas de mal agüero y de susto. Todo lo más que reciben es el santolio cuando ya han perdido el sentido.

-Y el señor cura ¿no tiene amigos aquí? Porque por lo menos los amigos deberían venir al templo.

-¿Amigos? ¡Cualquier día puede visitar aquí el cura a nadie! ¡Buena está la política del pueblo para que el cura visite!...

-Y ¿qué tiene que ver la política con que el cura tenga amigos?

-Pues muy sencillo; como aquí hay tantos partidos, basta que el cura visite o hable con uno, para que los enemigos políticos de éste lo miren ya como de aquel partido. Así es que hay política en todo, hasta en la Misa y en los sermones. En la Misa porque le sacan la punta hasta al color de la casulla. Si es blanca porque el cura es del partido de los blanquillos. Y si es encarnada, porque es de los republicanos. Y en los sermones, porque los pocos que los oyen se pelean después, por si lo que dijo fue en favor de éste o en contra del otro. Total, que el cura está aquí como emparedado ¿sabe usted? Así es que viene por aquí lo menos posible y cuando viene, habla con el menor número deseando acabar para volverse pronto. Tiene dejada a la gente por imposible. Y la iglesia se ha compuesto porque señó Antonio es señó Antonio y juró no parar hasta que la viera compuesta. Pero ni por el cura, que está acobardado, ni por la gente que le importa un comino que haya o no haya iglesia, se hubiera puesto un ladrillo.

¡Usted no sabe cómo están los pueblos!..., terminó enfáticamente el sacristán al tiempo que llegábamos a las puertas del templo parroquial, sin haber conseguido atraer un solo vecino, grande, ni chico.

¡Verdad que no sabía cómo estaban los pueblos!...



Me fui derecho al Sagrario de la restaurada iglesia en busca de alas a mis casi caídos entusiasmos, y... ¡qué Sagrario!

Un ventanuco como de un palmo cuadrado, con más telarañas que cristales, dejaba entrar trabajosamente la luz de la calle, con cuyo auxilio pude distinguir un azul tétrico de añil, que cubría las paredes; dos velas que lo mismo podían ser de sebo que de tierra o de las dos cosas juntas; unos manteles con encajes de jirones y quemaduras y adornos de goterones negros; una lámpara mugrienta goteando aceite sobre unas baldosas pringosas; algunas más colgaduras de telarañas, ¡qué Sagrario, Dios mío! ¡Y qué esfuerzos

tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no volver a tomar el burro del sacristán, que aun estaba amarrado a los aldabones de la puerta de la iglesia, y salir corriendo para mi casa!

Pero no huí. Allí me quedé un rato largo y allí encontré mi plan de misión y alientos para llevarlo al cabo. Pero sobre todo encontré...

Allí, de rodillas ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía a través de aquella puertecilla apolillada, a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba... Sí, parecíame que después de recorrer con su vista aquel desierto de almas, posaba su mirada entre triste y suplicante, que me decía mucho y me pedía más. Que me hacía llorar y guardar al mismo tiempo las lágrimas para no afligirlo más. Una mirada en la que se reflejaban unas ganas infinitas de querer, y una angustia, infinita también, por no encontrar quien quisiera ser querido... Una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio: lo triste del "no había para ellos posada en Belén". Lo triste de aquellas palabras del Maestro: "Y vosotros ¿también queréis dejarme?" Lo triste del mendigo Lázaro pidiendo las migajas sobrantes de la mesa del Epulón. Lo triste de la traición de Judas, de la negación de Pedro, de la bofetada del soldado, de los salivazos del pretorio, del abandono de todos...

Sí, sí, aquellas tristezas estaban allí en aquel Sagrario oprimiendo, estrujando al Corazón dulce de Jesús y haciendo salir por sus ojos un jugo amargo, ilágrimas benditas las de aquellos ojos!...



Yo no sé que nuestra religión tenga un estímulo más poderoso de gratitud, un principio más eficaz de amor, un móvil más fuerte de acción, que un rato de oración ante un Sagrario abandonado.

Quizá una fe superficial saque escándalo y tibieza de ese abandono. Pero una fe que medite, y sobre todo un corazón que ahonde un poco debajo de la corteza de las cosas, descubrirá en ese Jesús abandonado que se deja acompañar de telarañas y sabandijas; que pasa los días y las noches solo durante años y años; y a pesar de todo eso, no se va de aquel Sagrario; ni deja de mandar sol desde la mañana a la noche y agua para la sed y pan para el hambre y salud y descanso y fuerzas beneficiosas en cada segundo y a cada uno de los que le maltratan; ese corazón,

repito, no tiene más remedio que ver en ese modo de abandonar de los hombres y en esa manera de corresponder de Jesucristo, el Evangelio vivo, pero con una vida tan brillante, tan fecunda, tan activa, tan en ebullición de amor de cielo, que no hay más remedio que entregarse a discreción y sin reserva, diciendo con san Pedro: "Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré"... ¡Este amor no se parece a ningún otro amor!

De mí sé decir que aquella tarde en aquel rato de Sagrario, entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había ni soñado, y para mis entusiasmos otra poesía que antes me era desconocida.

Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo y por todo el pueblo. Emplear mi sacerdocio en cuidar a Jesucristo en las necesidades que su vida de Sagrario le ha creado. Alimentarlo con mi amor. Calentarlo con mi presencia. Entretenerlo con mi conversación. Defenderlo contra el abandono y la ingratitud. Proporcionar desahogos a su Corazón con mis celebraciones del Santo Sacrificio. Servirle de pies para llevarlo a donde lo desean. De manos para dar limosna en su nombre aun a los que no lo quieren. De boca para hablar de Él y consolar por Él y gritar a favor de Él cuando se empeñen en no oírlo... hasta que lo oigan y lo sigan... ¡Qué hermoso sacerdocio!

Y ¿si se obstinan en no quererlo? Y ¿si no quieren ni mi amistad, porque los lleva a Él, ni mi dinero porque en su nombre lo doy, y me cierran todas las puertas?

¡No importa! Siempre a Jesús y a mí nos quedará el consuelo de tener una por lo menos abierta: Él, la de mi corazón y yo la del suyo...

¡La sangre que al Corazón más bueno de todos los buenos corazones de padres, le está haciendo brotar la herida del abandono más cruel y brutal de todos los malos hijos! ¡Ay! abandono del Sagrario, ¡cómo te quedaste pegado a mi alma!

¡Ay!, ¡qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!

¡Ay! ¡qué bien me diste a entender la definición de mi sacerdocio, haciéndome ver que un sacerdote no es ni más ni menos que un hombre elegido y consagrado por Dios para pelear contra el abandono del Sagrario!...



Ofreciendo el Via Crucis por los sacerdotes y las vocaciones



En esta sección te ofrecemos algunos
Via Crucis meditados.



VIA CRUCIS SACERDOTAL (I)

ORACIÓN PREPARATORIA

Dios Padre todopoderoso, con la gracia del Espíritu Santo, quiero acompañar a tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote y Víctima, en el camino de la cruz y contemplar su ofrecimiento y entrega, su sacrificio y consagración para la santificación de los sacerdotes. Escucha mi oración por ellos y por cuantos se preparan para la ordenación sacerdotal, para que se ofrezcan y se entreguen, se sacrifiquen y se santifiquen y sean consagrados como "otros cristos", y para que tu Iglesia reciba por medio de ellos vida y santidad. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

I Estación - Jesús, condenado a muerte

Señor, hoy eres condenado en aquellos sacerdotes que son llevados al desprecio y algunos hasta la muerte. Concédeme que pueda reparar los ultrajes que recibes en ellos mostrando respeto, obediencia y amor al sacerdocio que les has confiado. Padre nuestro.

II Estación - Jesús carga con la cruz

Al abrazar la cruz asumiste la carga que habrían de llevar tus sacerdotes. Señor, que su cruz le resulte soportable, gracias a ti y a la tuya, puesto que la cruz es y será siempre marca y garantía del sacerdocio que fue consumado en tu cruz y que se cumplirá en ellos. Padre nuestro.

III Estación - La primera caída

Bajo el peso del madero y oprimido contra el suelo, te levantas, Señor. No dejes caer a tus sacerdotes, cargados también con nuestras miserias. Alienta sus desfallecimientos y protege a cuantos se disponen a recibir el sacerdocio para que lleguen contigo hasta el altar. Padre Nuestro.

IV Estación - Jesús encuentra a su Madre

Madre, tu mirada alivió el sufrimiento de Cristo Sacerdote que subía hasta el Calvario. Haz que nuestra vida santa estimule a los sacerdotes en su fidelidad y que los seminaristas se mantengan en su vocación bajo tus ojos misericordiosos. Padre Nuestro.

V Estación - El Cireneo ayuda a Jesús

Buscaron a uno que te ayudara a llevar la cruz hasta el final. Señor, que cuando el peso de su cruz oprima a tus sacerdotes hasta sentir que no pueden llegar hasta el final, concédenos cargar también nosotros con la cruz y llegar todos hasta tu altar. Padre Nuestro.

VI Estación - La Verónica enjuga el rostro de Jesús

La mujer que enjugó tu rostro se quedó con tu "verdadero icono" entre sus manos. Como tú eres figura del Padre, los sacerdotes son imagen tuya en la Iglesia. Jesús, que nuestra oración les ayude a configurarse contigo, y marca tu imagen también en nuestro corazón. Padre Nuestro.

VII Estación - La segunda caída

Señor, de nuevo caes bajo el peso de la cruz y de nuestros pe-

cados. Pero con amor te levantas con la presteza del buen pastor. Que tu fortaleza, y la confianza que ellos han puesto en ti, levante siempre a tus sacerdotes ya que tú te has fiado de ellos. Padre Nuestro.

VIII Estación - Jesús consuela a las mujeres

A pesar del sufrimiento y de la aflicción, te olvidas de ti mismo para confortar a aquellas madres y mujeres que sentían compasión por ti. Señor, único Maestro, que tus sacerdotes alcancen el olvido propio a favor de la porción de la Iglesia que se les ha encomendado. Padre Nuestro.

IX Estación - La tercera caída

Una vez más caes por tierra. Oh Jesús, cuando tus sacerdotes, fatigados y cansados por el esfuerzo apostólico, no puedan más, acuérdate de ellos para que, otra vez de pie, te sigan cada vez más de cerca. Recibe mi vida por ellos para que lleguen contigo hasta el Calvario. Padre Nuestro.

X Estación - Jesús es despojado de sus vestidos

Te despojaron de tus vestidos, lo último que tenías. Señor, que los sacerdotes, como verdaderos discípulos tuyos, desprendidos y generosos en su vida, con tu palabra, en el culto y la santificación y con el cuidado pastoral santifiquen a sus hermanos. Padre Nuestro.

XI Estación - La crucifixión

Has extendido dócilmente tus brazos sobre la cruz, que es expresión de tu amor y nuestro signo de salvación. Concede, Señor, a tu Iglesia, santos y sabios sacerdotes que nos estimulen de palabra y obra a apreciar y agradecer la cruz para la redención del mundo. Padre Nuestro.

XII Estación - Muerte de nuestro Salvador

Cristo, Sumo Sacerdote, en el altar de la cruz, has consumado tu ofrenda y has dado tu vida para que tengamos vida. Que tus sacerdotes transmitan tu vida al mundo, al participar de tu único sa-

cerdocio. Dale la gracia para que sepan y quieran inmolarsse cada día contigo. Padre Nuestro.

XIII Estación - Descendimiento

En tus manos virginales, Madre de Cristo Sacerdote, es depositada la Víctima inmolada, nuestro Señor, pastor y cordero. Guarda, Madre, a tus hijos sacerdotes, hasta que, consumado el sacrificio de sus vidas, puedas acogerlos y presentarlos, con Cristo, ante el Padre. Padre Nuestro.

XIV Estación - Sepultura

Señor, tu Cuerpo queda en el sepulcro en la espera de la resurrección que llena de Vida y Santidad, la Pascua de la nueva creación. Que tus sacerdotes dejen con su vida una estela de gracia y de santidad para que podamos llegar hasta ti en la gloria. Padre Nuestro.

Rezamos por las intenciones del Santo Padre para ganar las indulgencias de este Via Crucis (Padrenuestro, Avemaría, Gloria...).

ORACIÓN FINAL

Oh Jesús, Sacerdote eterno que te ofreciste en la cruz al Padre como Víctima propiciatoria para nuestra redención y continúas ofreciéndote en el altar por medio de tus sacerdotes, santifícalos en la verdad para que, unidos a ti, Sacerdote y Víctima, en su servicio a la Iglesia nos santifiquen para gloria de Dios. Amén.



VIA CRUCIS SACERDOTAL (II)

Para pedir la fidelidad de los Sacerdotes a su vocación y la vuelta de los que se han alejado del ejercicio de su ministerio.

ORACIÓN PREPARATORIA

Señor Sacramentado: mientras con mi espíritu y corazón me dispongo a seguir los pasos de tu vía dolorosa, quiero ir pensando y sufriendo el camino doloroso de tus sacerdotes. Haz que piense en todo el sufrimiento que tus fieles sacerdotes han apurado en la vida de la Iglesia para y por serte fieles.

Te pedimos por esta fidelidad de los buenos, y te suplicamos doloridamente por todos aquellos que Te han abandonado por no resistir las humillaciones, o los sacrificios del trabajo, o las embestidas terribles de la carne.

Que vuelvan al Pastor de sus almas y que vuelvan a ser pastores de almas. Así sea.

I ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El sacerdote tiene en su alma el signo de la identidad con Cristo grabado con el fuego del Espíritu Santo. Es sacerdote siempre, en todas partes, en todos los momentos, y para toda la eternidad. La identidad del ser lleva a la identidad del vivir. Ser "otro Cristo" impone al sacerdote enfrentar, tarde o temprano, en pequeño o en grande, jugando pequeños bienes o jugándose la vida, el juicio del mundo, del pecado que maneja el demonio.

Fariseos de su pueblo, autoridades protectoras del pecado que el sacerdote fustiga; autoridad que escucha a los que pueden imponer y exigir juicio: todos éstos, algún día, alguna vez, condenarán al sacerdote. ¡Qué hermoso es decir: vivir de fe! ¡El justo vive de fe!

El sacerdote debe ver todo esto con ojos de fe. Pero cuántos sacerdotes, frente a la ingratitud de su pueblo, de su parroquia, con gesto que es algo más que sacudir el polvo de sus pies sobre la ciudad ingrata, sucumben en el espíritu entregándose a una vida de derrota, o pasándose a la vida del siglo.

Oración: Señor, te pedimos por tus sacerdotes que tengan que enfrentar, como Tú, el interrogatorio de Pilatos, la grita de su pueblo, la perfidia del fariseísmo; que sepan callar, que sepan bajar los ojos con dignidad y humildad, que sepan confiar en Dios, que crean que es el momento glorioso de ser lo que Tú fuiste, de estar como Tú estuviste frente a un tribunal inicuo, y aceptaste la condena injusta.

Señor, concédeles vivir, en el dolor de su alma y de su corazón, lo que predicaron tantas veces hablando de tu dolor, predicando tu pasión.

Gloria al Padre...

II ESTACIÓN

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El Orden sagrado confirió al sacerdote la dignidad de Jesús, Hijo de Dios. El día que fue ungido por el óleo y el Espíritu Santo, el Obispo le dijo: "Ofrece el sacrificio tanto por los vivos como por los difuntos"; y ese mismo día de su consagración sacerdotal, el Obispo le dijo: "Imita con tu vida lo que tratas en tu ministerio". Consagrar, convertir en Víctima a Jesús en el Sacramento, crucificar a Cristo de nuevo en el Pan sacramental.

Imita, sacerdote, lo que haces en el altar. Tienes el poder de sacrificar; tienes el deber de sacrificarte. Tienes el poder de hacer la Víctima, tienes el deber de hacerte víctima. Ahí estás, como Cristo, condenado por el juicio del mundo, por los ojos del mundo. Con tu sacerdocio, cruzando calles y vida, vas con la cruz. ¡Qué dolor para Cristo fue la cruz sobre sus hombros! ¡Qué humillación! Y sin embargo, ¡qué amor por esa cruz! ¡Qué honor ser cargado con la cruz de Jesús! El cargo sacerdotal: cargo de consagrar a Cristo para las almas, cargo de consagrar las almas para Cristo.

Carga de dolor, de humillaciones, sí; pero honor insigne que trueca la humillación de la carga por el honor del cargo.

Oración: Señor, ayuda a tus sacerdotes a llevar tu cruz. Dales fuerza, amor, alegría: que no sean tristes condenados bajo el signo de la cruz. Que sean otros "Cristos", con la casulla de su honor a cuestas. Que lleven la cruz de la lucha contra la concupiscencia; que lleven la cruz de tus exigencias; que lleven la cruz de las almas que les has encomendado; la cruz de predicarte en la palabra y en la vida; la cruz de darte en los sacramentos, la cruz de atender a los enfermos y a los pobres, la cruz de todas las impertinencias y desconsideraciones, la cruz de estar solos, a veces, en medio del furor de tus enemigos. Así sea.

Gloria al Padre...

III ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús es hombre con la misma realidad y propiedad con que es Dios. La divinidad no lo galvaniza para impedir la debilidad de su humanidad: por eso cae bajo el peso de la cruz.

El sacerdote, consagrado con el poder divino de Cristo el día de su ordenación, el día que cargó con la cruz, no fue hecho impecable.

Puede caer bajo el peso de la cruz de su vida de hombre, y de hecho cae. Cede a la triple concupiscencia, cede a la pereza, cede al cansancio, cede ante la ingratitud, cede ante la incompreensión de sus superiores. Cae, ipuede caer de tantos modos!

Es tan fácil caer. Es tan fácil escarnecer al caído. Es tan difícil tener compasión de los caídos. Es tan arduo emprender el camino después de haber caído, sobre todo cuando los que rodean al caído son todos enemigos, o cuando los amigos están ausentes.

Señor, si caíste bajo el peso de la cruz por las caídas de las almas en el pecado, icuánto más habrás sufrido esa debilidad de tu cuerpo por tus sacerdotes caídos!

Oración: Señor, postrados en tierra, mirándote en la humillación de tu caída, te pedimos por nuestros sacerdotes que han claudicado. Por los que desfallecen en su fe, por los que se enfrían en su caridad, por los que se apagan en su celo sacerdotal, por los que se manchan con el dinero, por los que se inficionan con el lodo de la carne, por los que se prostituyen buscando la gloria humana.

Señor, te pedimos sobre todo por los que al caer han quedado caídos; porque, si malo es caer, mucho peor es quedar en el suelo. Caer es humano, quedar caído es el peligro del mal en su forma definitiva. Te pedimos por los apóstatas. Esos también, por la humillación de tu caída, pueden levantarse.

IV ESTACIÓN

JESÚS SE ENCUENTRA CON SU SANTÍSIMA MADRE

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

De todos permitió Jesús ser abandonado, menos de su Madre y de dos almas: una pecadora perdonada y un alma pura.

Meditemos en esta cuarta estación sobre el encuentro de Jesús con su Madre.

No entró el Hijo de Dios en la vida humana sino por la puerta del cuerpo y del alma de María. No entrará en el santuario de su Pasión para ofrecer su sacrificio sino por María y con María.

El encuentro de Jesús con María en el camino del Calvario, es una necesidad, una necesidad de comprensión. No se debe consumir la redención sin María, como no debió comenzar sin María. El encuentro no es sólo un consuelo, aunque es también un consuelo, porque el consuelo es una comprensión necesaria en la obra de la Redención por el dolor. No es bueno que el hombre esté solo. Necesita de la "ayuda" de la mujer. Cristo tuvo por Madre a esta mujer inefable, y la tuvo por "ayuda" necesaria en su obra.

El sacerdote, en su sacerdocio, en su ministerio tiene una necesidad irremplazable de María. Ella suple a su madre terrenal, suple a la mujer, suple a los hijos. María es todo lo femenino en la misión sublime del sacerdote.

Oración: Señor, concede al sacerdote un amor apasionado por María. Ella será la garantía de su triunfo. Ella será la alegría de su corazón, la luz de su alma, el bálsamo de sus heridas, el aliento en su cansancio, la ternura en sus abandonos.

¡María! Madre de nuestros sacerdotes, acompáñalos en su pasión. Sal al encuentro en su *vía crucis*, marcha a su lado hasta su Calvario, para que sean fieles a su vocación como tu divino Hijo.

Gloria al Padre...

V ESTACIÓN

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

La vida del sacerdote no tiene, no puede tener descanso. La cruz de su sacerdocio sobre sus hombros pesa, más que por su peso, por la continuidad de llevarla. Jesús nos lo dio a entender: necesita de Cireneos, de almas "que viven de su trabajo". Los Cireneos no son holgazanes curiosos, no son jubilados burgueses; son almas que hacen su jornada humana de trabajo para ganarse el pan. Jesús necesita de ellas, y el sacerdote y ellas necesitan, como un descanso paradójico, del trabajo apostólico. El apostolado de los "Cireneos" del sacerdote lo impone la debilidad del sacerdote, lo largo del camino al Calvario y el peso de la cruz apostólica.

Oración: Señor, concede a tus sacerdotes un grupo de almas con corazón y hombros de Cireneo. No para trabajar menos, sino para trabajar mejor. Para santificarse con la caridad del trabajo y con el trabajo de la caridad. Dad a las almas (de la Parroquia) esa caridad apostólica que compense el odio de los enemigos.

El dolor de Cristo y del sacerdote apóstol santificará a los Cireneos, y la caridad de los Cireneos enardecerá a tus 'Cristos'.

Gloria al Padre...

VI ESTACIÓN

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¿Cuál fue la intención de Cristo al disponer que una mujer le saliera al paso y le limpiara su rostro cubierto de sangre, sudor y polvo?

¿Dejarnos ese ejemplo de valentía y de amor?

¿Dejarnos el milagro de su divino rostro retratado en el santo lienzo como la prueba de su amor por las almas que lo aman con ardor, valentía y ternura?

No todo es insulto para Cristo. No todo es injuria. Pesa más esta alma compasiva para Jesús que todo el odio de sus enemigos y la indiferencia de sus medios amigos.

Oración: Señor, Tú que quisiste tener ese consuelo, Tú que nos quisiste dejar esa estación tierna de tu Via Crucis, concede que nuestros sacerdotes tengan a su lado esas almas que salen al paso del via crucis sacerdotal sin saberse de dónde vienen, que vienen cuando nadie lo espera, que vienen a destrozar con su gesto valiente y amoroso toda la confabulación de la cobardía y del odio.

Señor, las 'verónicas' son un hecho muy humano y muy divino en tu pasión. En este hecho vemos tu intención y la necesidad de ser nosotros, católicos, el lienzo amoroso que limpie la faz de tus 'Cristos' de la inmundicia de la calumnia y del sudor de su trabajo.

Gloria al Padre...

VII ESTACIÓN JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

La primera caída de Jesús se explica por el peso de la Cruz, en relación con su debilidad.

La segunda caída se explica por lo mismo, sumado a la persistencia de la marcha. Los Cireneos ayudan a llevar la cruz, pero no eximen a Cristo ni al sacerdote del peso de su cruz.

Es muy fácil al novel sacerdote cargar con la cruz. No le es

muy difícil levantarse la primera vez. Pero los años son un enemigo: la debilidad y agotamiento de la marcha son crisis nuevas, son terrenos resbaladizos o pedregosos. Las tentaciones arrecian en la 'media vida'. Se cae más fácilmente en la mitad del camino que al principio. Las segundas caídas son peores.

Oración: Señor, que caíste segunda vez en tu Via crucis, mira a tus ministros, a tus sacerdotes vacilantes o caídos. Ten piedad de ellos. Aliéntalos para que se levanten, que no se desalienten.

Lo bueno que han hecho hasta ese momento no está perdido: si se levantan, todo se recupera. Después serán mejores.

¡María! Tú, que no abandonaste a Jesús en su Via Crucis, extiende tu mano sobre los recaídos ministros del amor. Diles que ellos, que a tantos caídos y recaídos han levantado, que ellos también deben perseverar a pesar de todo, y que su humillación y arrepentimiento sean la experiencia salvadora de nuestras vidas.

Gloria al Padre...

VIII ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Ser seguidores de Cristo no es sólo un honor, es también ser asociados de su pasión en el deshonor y en el dolor. Es sufrir en los bienes humanos, sufrir en su nombre, en su posición social, en el pan de la mesa, en el porvenir de sus hijos.

Llorar con Cristo en su pasión y por su pasión no es sólo un

gesto sentimental: es llorar por Jesús en cuanto su pasión significa la justicia divina que a todos ha de alcanzar. Pero llorar y sufrir con Cristo, oyendo sus palabras de amor y de vida, es dicha. «Estar con Jesús es dulce paraíso, estar sin Jesús es duro infierno», dice el Kempis.

¡Consolar a las almas! Esta es una de las funciones más hermosas del sacerdote!

Oración: Señor, ¡Consolador de las almas! Te pedimos por esta misión de tus sacerdotes. Los queremos sublimes en este ministerio. Los queremos ver inclinados sobre el pecador, llorando con ellos sus pecados, más que increpando sus caídas. Los queremos sobre toda desgracia, consolando la pena que brota como sangre del alma. Los queremos tiernos y fuertes, como Tú: animadores incansables de los desalentados. Los queremos olvidados de sus penas, de sus cruces, no pensando más que en las nuestras, como Tú.

Gloria al Padre...

IX ESTACIÓN

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Es fácil comprender la razón física de la tercera caída de Jesús. Ya estaba agotado, faltaban unos pasos para la cumbre.

Lo que no es tan fácil de explicar es la tercera caída moral. Caer cuando se es joven; caer cuando el 'demonio del medio día' arrecia con el fuego granado de todo el infierno de las pasiones. Pero caer al finalizar la marcha...

Hay tentaciones para el principio, para el medio y para el fin.

¡Jesús! No en vano la piedad de la Iglesia ha puesto tres caídas en tu Via Crucis.

Oración: Señor, por esta tu tercera caída, ten piedad

de los sacerdotes que ceden a la fuerza, al apego de las riquezas, de las 'seguridades humanas' que los hacen desconfiar de tu divina Providencia, y atesoran bienes terrenales, y dejan al morir el escándalo de su riqueza.

Si han superado los combates de la carne, si han vencido el deseo inmoderado de la vanidad, de la gloria y del mundo, que no caigan o que se levanten de su caída bajo el peso de las preocupaciones de atesorar bienes para su vejez. Que vivan y mueran gloriosamente pobres, sin más riqueza que la de tu amor, sin más testamento que el de tu desnuda cruz.

Gloria al Padre...

X ESTACIÓN

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¿Por qué y para qué fue desnudado Jesús antes de ser crucificado?

Nuestros ojos se han acostumbrado tanto a mirar a Jesús castamente desnudo en la cruz, cuanto a no pensar en el tormento moral que ello significa. La crucifixión es el despojo de todo honor, que es el vestido del alma. Un crucificado es un desnudado de todo bien humano.

Jesús, que no quiso tener las tentaciones de la concupiscencia de la carne, y que tampoco quiso ser calumniado de impuro, no quiso dejar esta vida sin el tormento de su alma por la desnudez violenta de su cuerpo. La Iglesia pide a sus sacerdotes el vestido de la virginidad o al menos de la pureza.

El demonio y el mundo, que no pueden despojar al sacerdote de su consagración sacerdotal, se lanzan sobre su castidad con toda su furia.

Lo quieren caído, enlodado de verdad, o de calumnia de impu-

reza.

La impureza sacerdotal es el dolor más intenso de la Iglesia; la calumnia de impureza es el dolor más agudo para un sacerdote íntegro.

El mundo no cree en la castidad sacerdotal. No puede creer en esa condición angelical de tus ministros.

Oración: ¡Señor! Te pedimos por la pureza de tus ministros. Por sus almas puras, por sus cuerpos puros. Para que sus almas y sus manos, que están en contacto con la pureza de tu Cuerpo y de las almas de tu elección, sean puros.

¡Señor! Por la pasión moral de tu desnudez crucificada, da heroica fortaleza a tus sacerdotes, para que sufran las cenagosas calumnias de la impureza.

Gloria al Padre...

XI ESTACIÓN JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús, Sumo Sacerdote de la gloria divina y Redentor de la vida humana, es también la Hostia de su sacrificio. No va a inmolar víctimas, se va a inmolar a Sí mismo. En la Cruz, su Cuerpo ha de morir: victoria sobre el pecado y sobre la muerte. En su muerte está nuestra victoria sobre nuestro pecado y sobre nuestra misma muerte.

El sacerdote sabe cuál es su misión: tres clavos lo deben fijar con Cristo en la cruz: la obediencia, que clava su libertad; la castidad, que crucifica su carne; y la pobreza, que le impide extender sus manos a los bienes de la tierra.

El sacerdote debe ser, con Cristo, oferente y ofrecida hostia de redención. "Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz", le dijeron sus enemigos. "Si eres hombre de verdad, si amas tu li-

bertad, tu dignidad, tu hombría, si tienes sangre llena de vida, deja esa cruz infamante de tu soledad". Así piensa y habla el mundo a nuestros sacerdotes.

Oración: Señor, nosotros que comprendemos la sublime misión de tus sacerdotes, nosotros que sabemos que no es sólo el Sacrificio de tu Misa y nuestra Misa lo que el sacerdote debe ofrecer, concédenos, como una gracia especialísima, amar a nuestros sacerdotes, sacrificarnos por ellos, cooperar en su sacrificio, en su crucifixión.

Gloria al Padre...

XII ESTACIÓN JESÚS MUERE EN LA CRUZ

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Morir de Cristo...! No ha habido espectáculo más grande, más contemplado, con mayor gozo de amor y de odio que el morir de Cristo en la cruz. No ha habido cátedra más sabia, palabras más sublimes que las dichas por Jesús en su agonía.

Cristo, muriendo en la cruz, ha dado muerte al mundo del pecado, y creado el mundo del amor para el martirio y el mundo del martirio para el amor.

La muerte de Cristo en la cruz es el acto creador del perdón inextinguible, es la puerta abierta para todos los arrepentidos, es la fuente para toda sed, es el consuelo para todas las dolorosas separaciones.

Oración: Señor, Te pedimos para tus sacerdotes esta gracia: que mediten, que vivan tu crucifixión tan intensamente que, a través de su vida y de su palabra, tu crucifixión sea nuestra fuerza, nuestra alegría, nuestro triunfo. Que tu muerte en cruz sea la Comunión diaria de tus sacerdotes, como se lo enseña su Misa. Que tu muerte sea la muerte de sus pecados y la energía de su vida apostólica.

Que al vivir tu muerte, nuestros sacerdotes tengan en sus

labios las siete palabras de vida que pronunciaste en la cruz, y que son la sabiduría de nuestra vida y muerte cristiana.

Que perdonen como Tú, que consuelen como Tú, que abran el paraíso como Tú, y que nos sepan entregar el tesoro de tu Madre y nuestra Madre, María.

Gloria al Padre...

XIII ESTACIÓN

JESÚS EN BRAZOS DE SU SANTÍSIMA MADRE

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El regazo de María es el altar de Cristo: en Belén como en el Calvario, María nos lo dio, como Capullo de vida que apunta y como fruto torturado que da el jugo de la vida.

Del seno del Padre al regazo de María: Jesús no puede entrar en el mundo si no es por la pureza de María. De los brazos de la cruz al regazo doliente de María: Jesús no puede pasar como Víctima del Calvario a las almas si no es por los brazos de María. María es el altar insustituible de Cristo.

Esta es la lección que el Espíritu Santo nos da en esta estación del Via Crucis.

No nos olvidemos de los hechos. No finjamos sistemas de cristianismo ateo. 'A Jesús por María'. A Jesús en María. Junto a María lo encontraremos en la ternura y amor de su Belén. Junto a María lo encontraremos en la caridad de Su sacrificio.

Oración: Señor, tus sacerdotes son otros Cristos: son Jesús nacidos de tu Madre, de su amor que les obtuvo su vocación, de su amor que los llevó a su sacerdocio, de su protección que los conserva en la fidelidad. Queremos que nuestros sacerdotes no nos den a un Cristo sin su Madre, sin María; por ellos y por nosotros, porque ni ellos ni nosotros seríamos fieles a nuestra misión, ni seríamos auténticos cristianos, sin María.

Gloria al Padre...

XIV ESTACIÓN

JESÚS ES LLEVADO AL SEPULCRO Y RESUCITA AL TERCER DÍA

- Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos,
- Que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El sepulcro para Cristo fue no sólo el orden de las cosas humanas, fue la lógica de las cosas divinas.

Para nosotros, el sepulcro es la defensa de la vida contra la muerte: contra la corrupción que contamina y contra la presencia del dolor que hay que alejar para olvidar. Para Jesús, estar sepultado es llegar al punto de partida para el triunfo de la resurrección, donde su vida comenzará a ser vida en el mundo de la gracia para las almas.

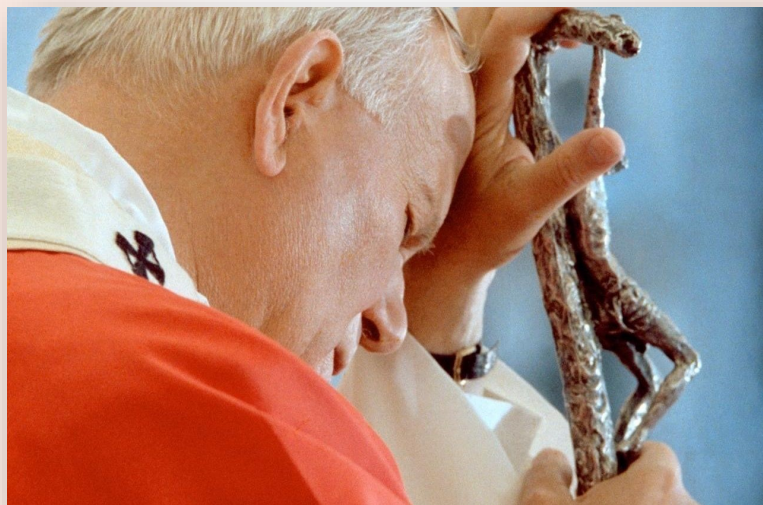
El sacerdocio, en el hombre ungido por su gracia, es una vida, una muerte y una sepultura.

Al sepulcro de esa consagración sacerdotal deben ir el pecado, las ambiciones, los destinos humanos. El sacerdote sepultado con Cristo es el hombre muerto al pecado y a la gloria humana. El sacerdote sepultado con Cristo es el vencido por el amor de Dios y por el odio del mundo. El sacerdote sepultado con Cristo, es la vida de las almas. Es la apología del triunfo de la gracia. "Muertos, pero vivos para Dios en Cristo". Muertos, pero fecundos en la regeneración de las almas.

Oración: Señor, que nuestros sacerdotes sean contigo sepultados. Que amen esa vida de silencio, de humillaciones, de muerte, para vivificar a tu Iglesia.

Señor, que tus sacerdotes sueñen con tu sepulcro y no con monumentos de triunfo. Que de vivir sepultados contigo surja la vida de la resurrección en tu santa Iglesia. Así sea.

Gloria al Padre...



ORACIÓN FINAL

Jesús, Sumo y eterno Sacerdote, que te has dado a nosotros en el poder sacrificador y santificador de nuestros sacerdotes: escucha nuestra oración por esta obra sublime de tu amor.

Hoy no te pedimos nada para nosotros. Sólo te suplicamos por aquellos que más amas después de María: tus sacerdotes.

Nuestros sacerdotes no son por ellos ni para ellos, son por tu amor y para tu gloria, ¡que sean tu imagen viviente y actual!

Nuestros sacerdotes son para tu Iglesia, que la amen con amor apasionado para que otro amor no quepa en sus corazones.

Consévalos unidos a Ti por la fuerza inquebrantable de la fe; consévalos unidos a tu Esposa, la santa Iglesia, con la misma fidelidad con que Tú la amaste y moriste por ella.

Danos sacerdotes libres con tu libertad: desatados de los lazos del mundo y de las ligaduras de su propia voluntad.

Danos sacerdotes que se inmolen contigo diariamente con la Hostia de su Misa.

Danos sacerdotes que sean el esplendor de tu verdad, que nos prediquen tu Evangelio, con tu libertad, con tu amor, con

tus exigencias y con tu misericordia.

Danos sacerdotes que nos conduzcan a Ti con la virtud y la sabiduría con que el Espíritu Santo gobierna a tu Iglesia.

Danos sacerdotes que nos engendren en la vida de tus sacramentos y nos sacien de Eucaristía.

Danos sacerdotes que nos incendien en el amor de tu divino Corazón.

Danos sacerdotes que amen a los niños y a los pobres, como Tú.

Danos sacerdotes, enamorados de María, que la amen entrañablemente y que nos la hagan amar con ternura de hijos. Así sea.

Rezamos por las intenciones del Santo Padre para ganar las indulgencias de este Via Crucis (Padrenuestro, Avemaría, Gloria...).

Ofreciendo el Santo Rosario por las vocaciones



“Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos.” (Mt 18,19)

Santo Rosario por las vocaciones

Misterios gozosos

1° Misterio: Oh Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la generosidad con la cual en la **Anunciación** pronunciaste tu *Fiat*, que te hacía Madre del Sumo y Eterno Sacerdote. Te pedimos concedas la misma generosidad a los padres cristianos cuando Dios se digna llamar a sus hijos a Su divino servicio.

2° Misterio: Oh Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Visitación** y de la santificación realizada por Jesucristo por medio vuestro, operada en su futuro Precursor, y te pedimos conserves la *inocencia* de aquellos afortunados niños a los que Dios llama para ser sus futuros ministros.

3° Misterio: Oh Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la pobreza del **Nacimiento de Jesús**, y te rogamos que *ninguno sea inducido al sacerdocio por el deseo de riquezas*, y que suscites almas generosas, a fin de que ninguno sea disuadido de la vocación por causa de la pobreza que implica.

4° Misterio: Oh Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la heroica fortaleza con la cual en la **Presentación de Jesús** aceptaste el anuncio de la vocación del Hijo y de tu dolorosa participación en la obra redentora, y te pedimos concedas a las madres de los futuros sacerdotes la *comprensión de su sublime misión y la generosidad de ofrecer a su hijo a Dios, y de saber incluso sacrificarse con él por Su gloria y la salvación de las almas*.

5° Misterio: Oh Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la violencia que debió hacerse el tierno corazón de tu Divino Hijo cuando, para seguir la voluntad del Padre, te privó de su presencia durante los tres días de su **Pérdida en Jerusalén**, y te pedimos concedas a todos los llamados al sacerdocio la *fuerza de superar el apego a los padres y vencer todos los obstáculos que podrían interponerse en su vocación*.

Misterios Luminosos

1° Misterio: Oh Virgen Madre de la Gracia, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor del **Bautismo de Jesús**, y te rogamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *la humildad del corazón* para reconocerse necesitado del auxilio divino en su camino al sacerdocio.

2° Misterio: Oh Virgen Madre de la Gracia, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Auto-revelación de Jesús en las bodas de Caná**, y te rogamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *prontitud y confianza filial para recurrir a Ti en sus tentaciones y pruebas*.

3° Misterio: Oh Virgen Madre de la Gracia, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Predicación del Reino invitando a la conversión**, y te rogamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *el amor a las almas, especialmente a las más alejadas de Dios*.

4° Misterio: Oh Virgen Madre de la Gracia, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Transfiguración en el Monte Tabor**, y te rogamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *una fe firme en la Divinidad de tu Hijo, esclarecida por el estudio y la oración*.

5° Misterio: Oh Virgen Madre de la Gracia, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Institución de la Eucaristía**, y te rogamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *un amor entrañable y una fe inamovible en tu presencia real en el Santísimo Sacramento del Altar*.

Misterios Dolorosos

1° Misterio: Oh Virgen Dolorosa, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Oración de Jesús en el Huerto**, y te rogamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *el espíritu de oración y de recogimiento, que es la mejor salvaguardia de la vocación*.

2° Misterio: Oh Virgen Dolorosa, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Flagelación de Jesús**, y te pedimos concedas a todos los llamados al sacerdocio el

espíritu de mortificación, necesaria y más segura custodia de la castidad.

3° Misterio: Oh Virgen Dolorosa, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Coronación de espinas**, y te suplicamos concedas a todos los llamados al sacerdocio *aquel desapego del mundo y la huida de las vanidades*, simbolizada en la sotana y su porte exterior austero.

4° Misterio: Oh Virgen Dolorosa, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Subida al Calvario**, y te rogamos que *acompañes a todos los llamados al sacerdocio en el largo y penoso ascenso al altar*, para confortarlos si están cansados, consolarlos si están desanimados, levantarlos si están caídos.

5° Misterio: Oh Virgen Dolorosa, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Crucifixión de Jesús**, y te pedimos que *multipliques las vocaciones sacerdotales y misioneras*, a fin de que Jesús Crucificado sea predicado a tantos millones de infieles y su Sangre no haya sido derramada inútilmente por tantos cristianos.

Misterios gloriosos

1° Misterio: Oh Gloriosa Reina del Cielo, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Resurrección de Jesús**, y te suplicamos que, como las santas mujeres fueron apóstoles de los apóstoles, sus hijos, así también *las madres de los futuros sacerdotes sepan con sabiduría cultivar la semilla de la vocación en sus hijos*.

2° Misterio: Oh Gloriosa Reina del Cielo, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de la **Ascensión de Jesús**, y te rogamos, por la solicitud que tuviste hacia los Apóstoles que Jesús te había confiado como hijos tuyos, *hagas de Madre y Maestra para todos aquellos que aspiran o ya han llegado al sacerdocio*.

3° Misterio: Oh Gloriosa Reina del Cielo, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de **Pentecostés**, y te pedimos, por aquella maravillosa transformación operada entonces en los apóstoles, que *multipliques los seminarios a Ti consagrados*, en los cuales, como en otros Cenáculos, los seminaristas vivan en una atmósfera mariana, y sean transformados en Jesús, a fin de que conti-

núen dignamente Su divina misión.

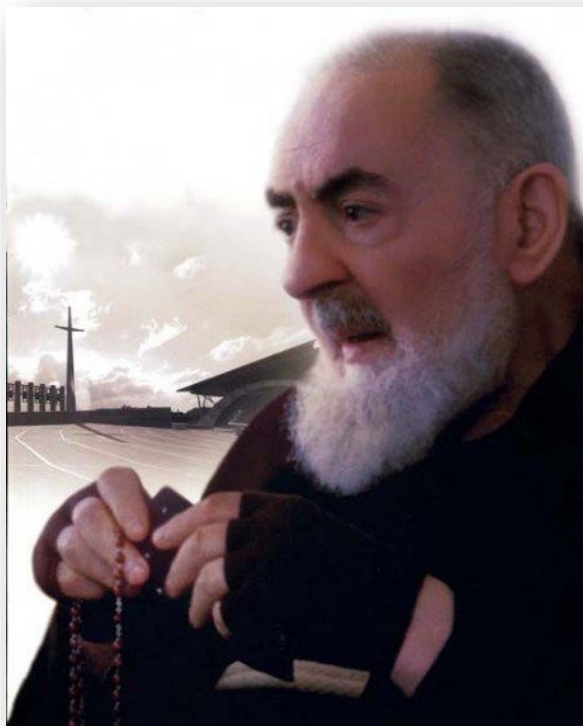
4° Misterio: Oh Gloriosa Reina del Cielo, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de tu **Asunción**, y te rogamos, por el dolor que experimentaste al abandonar a los Apóstoles, concedes a todos los llamados al sacerdocio *una tierna devoción hacia Ti y hacia el Rosario*, para que sea su segura prenda de perseverancia.

5° Misterio: Oh Gloriosa Reina del Cielo, Nuestra Señora de las Vocaciones, te ofrecemos este misterio del Rosario en honor de tu **Coronación**, y te suplicamos *bendigas estas 40 Horas por las vocaciones sacerdotales y religiosas, y bendigas a todas las familias a Ti consagradas*, para que creciendo en ellas la fecundidad y la piedad, se multipliquen las vocaciones sacerdotales, gloria de las familias y gozo de la Iglesia.



Madre nuestra, danos muchos y santos sacerdotes y religiosos!

Ofreciendo el Santo Rosario por los sacerdotes



Quida, Señor, a los sacerdotes cuyas vidas se consumen ante tu altar, ya que son tuyos. Protégelos, porque están en el mundo, aunque no pertenecen al mundo. Virgen Inmaculada, Reina y Madre de los sacerdotes, acógelos en tu Corazón.

Rosario por los Sacerdotes

Misterios Gozosos

1° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Encarnación en el seno de la Virgen María**, y te pido, por intercesión de tu Madre Santísima, que los sacerdotes *comprendan su dignidad sacerdotal y vivan de acuerdo a esa dignidad.*

2° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de **La Visitación**, y te pido, por intercesión de tu Madre Santísima, que los sacerdotes *busquen hacer bien a las almas a ellos encomendadas, con el mismo celo y pureza de intención que animaba tu Corazón y el de tu Madre.*

3° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Nacimiento en Belén**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *el desapego del mundo y de las riquezas, sin el cual sería escaso el fruto de su ministerio.*

4° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Presentación en el Templo**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *la gracia de ofrecerse a Dios en la Misa y a las almas en la Sagrada Comunión con tu misma pureza y fervor.*

5° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Pérdida y hallazgo en el templo de Jerusalén**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *el desapego de los padres y familiares, para que sus intereses y exigencias no sean jamás obstáculo al bien de las almas.*

Misterios Luminosos

1° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Bautismo en el Jordán**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido que tus sacerdotes *acudan con frecuencia y devoción a los sacramentos que ellos mismo administran a los fieles, especialmente a la Confesión.*

2° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **auto-revelación en las bodas de Caná**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *la gracia de obedecer*

a la Virgen: *"Haced lo que Él os diga"*.

3° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de la **Predicación del Reino y el llamado a la conversión**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *que busquen continuamente la propia conversión y la generosa mortificación*.

4° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Transfiguración en el Monte Tabor**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *que se gocen en tu compañía e intimidad, como Pedro: "Señor, qué bueno es estarnos aquí!"*

5° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de la **Institución de la Eucaristía**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *considerar lo que realizan e imitar lo que conmemoran, para conformar su vida con el misterio de tu Cruz*.

Misterios Dolorosos

1° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Agonía en el Huerto de los Olivos**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes *el espíritu de oración, fuente de fecundidad en el apostolado y de consuelo en los fracasos*.

2° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Flagelación**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *morir antes que opacar la candidez de la castidad sacerdotal*.

3° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Coronación de espinas**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *alegrarse sin envidia por los éxitos de sus hermanos en el sacerdocio, y de aceptar con humildad los propios*.

4° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Subida al Calvario llevando la Cruz**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *amar el trabajo y la mortificación, convencidos de que sólo con el sacrificio se salvan las almas*.

5° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Crucifixión y Muerte**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *aceptarla como Madre, al igual que Juan, y de sentirla siempre junto al altar y en los momentos de prueba.*

Misterios Gloriosos

1° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Triunfante Resurrección**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *ser en el tribunal de la penitencia dignos instrumentos para la resurrección y santificación de las almas.*

2° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de tu **Gloriosa Ascensión a los Cielos**, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *ser dignos y celosos ministros de la Palabra de Dios.*

3° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de la **Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles** reunidos en oración, y por intercesión de tu Madre Santísima te pido para tus sacerdotes la gracia de *ser siempre dóciles a este Espíritu, para continuar dignamente tu obra redentora.*

4° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de la **Asunción de tu Madre Santísima**, y por su intercesión te pido para tus sacerdotes la gracia de *pertenecer totalmente a esta Madre bondadosa, y de amarla, honrarla y servirla como Tú lo esperas de tus sacerdotes.*

5° Misterio: Te ofrezco, Señor Jesús, este misterio del Rosario en honor de la **Coronación de tu Madre Santísima como Reina y Señora de todo lo creado**, y por su intercesión te pido para tus sacerdotes la gracia de *hacerla conocer y amar, para que reine en las almas, en las familias, en las parroquias, y así se realice en todos tu Reino de Amor.*

Modelos para las “madres espirituales” de los sacerdotes



A las madres de los seminaristas y sacerdotes, y a las mujeres llamadas a ejercer una maternidad espiritual respecto de las vocaciones por la oración y el sacrificio

Carta del cardenal Mauro Piacenza -cuando era Prefecto de la Congregación para el Clero-, dedicada a las madres de sacerdotes y seminaristas y a todas aquellas que ejercen el don de la maternidad espiritual hacia ellos.

Ciudad del Vaticano, 30 de diciembre de 2012

"Causa nostrae Letitiae! ¡Causa de nuestra Alegría!"

El pueblo cristiano ha venerado siempre, con profunda gratitud, a la Bienaventurada Virgen María, contemplando en Ella la Causa de toda nuestra verdadera Alegría.

En efecto, acogiendo la Palabra Eterna en su seno inmaculado, María Santísima dio a luz al Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo, único Salvador del mundo. En Él, Dios mismo vino al encuentro del hombre, lo levantó del pecado y le donó la Vida eterna, es decir Su misma Vida. Adhiriéndose a la Voluntad de Dios, por tanto, María participó, de modo único e irrepetible, en el misterio de nuestra Redención, convirtiéndose así en Madre de Dios, Puerta del Cielo y Causa de nuestra Alegría.

De modo análogo, la Iglesia toda mira con admiración y profunda gratitud **a todas las madres de los sacerdotes** y de cuantos, recibida esta altísima vocación, han emprendido el camino de formación, y con profunda alegría me dirijo a ellas.

Los hijos, que ellas acogieron y educaron, fueron elegidos por Cristo desde la Eternidad, para convertirse en sus "amigos predilectos" y, así, vivo e indispensable instrumento de su Presencia en el mundo. Por medio del sacramento del Orden, la vida de los sacerdotes es definitivamente asumida por Jesús e inmersa en Él, de modo que en ellos, es Jesús mismo el que pasa y actúa entre los hombres.

Este misterio es tan grande, que el sacerdote es también llamado "*alter Christus*", "otro Cristo". Su pobre humanidad, elevada por la fuerza



del Espíritu Santo a una nueva y más alta unión con la persona de Jesús, es ahora lugar del Encuentro con el Hijo de Dios, encarnado, muerto y resucitado por nosotros. Cuando cada sacerdote enseña la fe de la Iglesia, es Cristo el que habla en él al Pueblo; cuando, prudentemente, guía a los fieles a él confiados, es Cristo el que apacienta a las propias ovejas; cuando celebra los sacramentos, en modo eminente la Santísima Eucaristía, es Cristo mismo el que a

través de sus ministros, obra la salvación del hombre y se hace realmente presente en el mundo.



La vocación sacerdotal, normalmente, tiene en la familia, en el amor de los padres y en la primera educación en la fe, aquel terreno fértil en el cual la disponibilidad a la voluntad de Dios puede radicarse y extraer la indispensable nutrición. Al mismo tiempo, cada vocación es, incluso para la misma familia en la que surge, una irreductible novedad, que huye a los parámetros humanos y llama a todos, siempre, a la conversión.

En esta novedad, Cristo actúa en la vida de aquellos que ha elegido y llamado; todos los familiares y las personas más cercanas están implicadas, pero es ciertamente **única y especial la participación que corresponde a la madre del sacerdote**. Únicos y especiales son los consuelos espirituales que le afluyen por haber llevado en su seno a quien se ha convertido en ministro de Cristo. Toda madre no puede sino alegrarse en ver la vida del propio hijo, no sólo realizada sino investida de una especialísima predilección divina que abraza y transforma para la eternidad.

Si aparentemente, en virtud de la vocación y la ordenación, se produce una inesperada "distancia" respecto a la vida del hijo, misteriosamente más radical que toda otra separación natural, en realidad la bimilenaria experiencia de la Iglesia enseña que la madre "recibe" al hijo sacerdote en un modo totalmente nuevo e inesperado, tanto como para ser llamada a reconocer en el fruto del propio seno, por voluntad de Dios, un "padre", llamado a generar y acompañar la vida eterna en una multitud de hermanos. Cada madre de un sacerdote es misteriosamente "hija de su hijo". Hacia él podrá ejercer también una nueva "maternidad", en la discreta, pero efficacísima e inestimablemente valiosa, cercanía de la oración y en la ofrenda de la propia existencia por el ministerio del hijo.

Esta nueva "paternidad", a la que el seminarista se prepara, que al sa-

cerdote es donada y de la cual el Pueblo Santo de Dios se beneficia, necesita ser **acompañada por la oración asidua y por el personal sacrificio**, para que la libertad de adhesión a la voluntad divina se renueve y robustezca continuamente, para que los sacerdotes no se cansen nunca, en la cotidiana batalla de la fe y unan, cada vez más totalmente, la propia vida al sacrificio de Cristo Señor.

Tal obra de auténtico sostén, siempre necesaria en la vida de la Iglesia, parece hoy más urgente que nunca, sobre todo en nuestro Occidente secularizado, que espera y pide un nuevo y radical anuncio de Cristo, y **las madres de los sacerdotes y de los seminaristas son un verdadero "ejército"**



que, desde la tierra eleva al Cielo oraciones y ofrendas y, todavía más numeroso, desde el Cielo intercede para que cada gracia sea derramada sobre la vida de los sacros pastores.

Por esta razón, deseo con todo el corazón animar y dirigir un particularísimo agradecimiento a todas las madres de los sacerdotes y seminaristas y -junto a ellas- a todas las mujeres, consagradas y laicas, que han acogido, también por la invitación dirigida a ellas durante el Año Sacerdotal, el **don de la maternidad espiritual** hacia los llamados al ministerio sacerdotal, **ofreciendo la propia vida, la oración, los propios sufrimientos** y las fatigas, como también las propias alegrías, por la fidelidad y la santificación de los ministros de Dios, haciéndose así partícipes, a título especial, de la maternidad de la Santa Iglesia, que tiene su modelo y su cumplimiento en la divina maternidad de María Santísima.

Un especial agradecimiento, por último, se eleve hasta el Cielo, a aquellas madres, que, llamadas ya de esta vida, contemplan ahora plenamente el esplendor del Sacerdocio de Cristo, del cual sus hijos se han convertido en partícipes, y por ellos interceden, en modo único y misteriosamente, mucho más eficaz.

Junto a los más sentidos augurios por un Año Nuevo de gracia, de corazón imparto a todas y a cada una la más afectuosa bendición, implorando para vosotras de Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y de los sacerdotes, el don de una cada vez más radical identificación con Ella, discípula perfecta e Hija de su Hijo.

Mauro Card. Piacenza

La maternidad espiritual para los sacerdotes

La vocación a ser madre espiritual de los sacerdotes es demasiado poco conocida, escasamente comprendida y, por tanto, poco vivida a pesar de su vital y fundamental importancia. Esta vocación a menudo está escondida, invisible al ojo humano, pero apunta a transmitir vida espiritual.

Independientemente de la edad y del estado civil, **todas las mujeres pueden convertirse en madre espiritual de un sacerdote** y no solamente las madres de familia. También es posible para una **enferma**, para una **joven soltera** o para una **viuda**. De modo particular esto vale para **las misioneras y las religiosas**, que ofrecen toda su vida a Dios para la santificación de la humanidad. Juan Pablo II agradeció incluso a una niña por su ayuda materna: *"Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento"* (13 de mayo de 2000).

Cada sacerdote está precedido por una madre, que frecuentemente

también es una madre de vida espiritual para sus hijos. Giuseppe Sarto, por ejemplo, el futuro Papa Pío X, apenas consagrado obispo, fue a encontrar a su madre de setenta años. Ella besó con respeto el anillo del hijo y al improviso, haciéndose meditativa, mostró su pobre anillo nupcial de plata: *"Sí, Peppo pero ahora tú no lo usarías, si yo primero no llevara esta alianza nupcial"*. Justamente San Pío X lo confirmaba con su experiencia: *"¡Cada vocación*



sacerdotal proviene del corazón de Dios, pero pasa por el corazón de una madre!".

Nos lo demuestra muy bien la vida de Santa Mónica. San Agustín, su hijo, que a la edad de diecinueve años, estudiante en Cartago, había per-

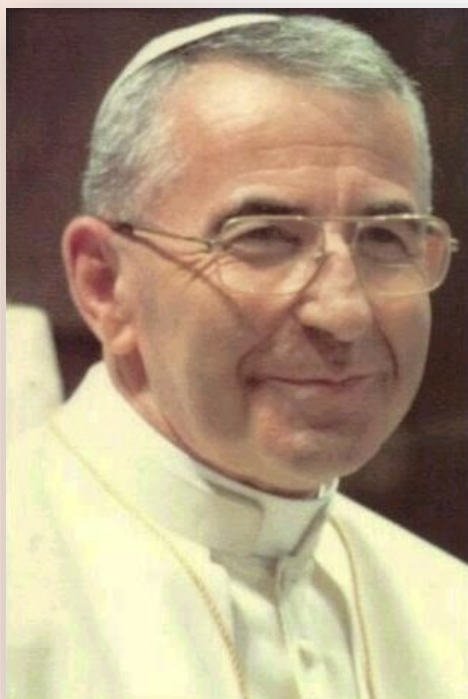
dido la fe, ha escrito en sus 'Confesiones':

"... Tú has tendido tu mano desde lo alto y has sacado mi alma de estas densas tinieblas, ya que mi madre, siéndote fiel, lloraba sobre mí más que cuanto lloran las madres la muerte física de los hijos... Sin embargo, aquella viuda casta, devota, morigerada, de las que tú prefieres, hecha más animosa por la esperanza, pero no por ello menos fácil al llanto, no dejaba de llorar delante de ti, en todas las horas de oración". Después de la conversión, él dijo con gratitud: "Mi santa madre, tu sierva, nunca me abandonó. Ella me dio a luz con la carne a esta vida temporal y con el corazón a la vida eterna. Lo que llegué a ser y cómo, se lo debo a mi Madre!".



“Me lo enseñó mi madre”

Juan Pablo I inició su última Audiencia General en septiembre de 1978 rezando el Acto de caridad:



“Dios mío, te amo con todo el corazón más que a cualquier cosa, porque eres Bien infinito y nuestra eterna felicidad; y por amor hacia Ti amo al prójimo como a mí mismo y perdono las ofensas recibidas. Señor, que yo te ame siempre más’.

Es una famosa oración con las palabras de la Biblia. Me la enseñó mi madre. Continuo rezándola muchas veces al día”.

Pronunció estas palabras sobre su madre con un tono de voz tan tierno, que los presentes en la sala de la audiencia respondieron con un aplauso impetuoso. Entre ellos, una joven mujer dijo con lágrimas en los ojos: “¡Qué conmovedor es que el Papa hable de su madre! Ahora entiendo mejor cuánta influencia podemos tener las madres sobre nuestros hijos”.

fluencia podemos tener las madres sobre nuestros hijos”.



Eliza Vaughan



Es una verdad evangélica que las vocaciones sacerdotales tienen que ser pedidas con la oración. Jesús lo subraya en el Evangelio cuando dice: "¡La mies es abundante, pero los obreros son pocos! ¡Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros!" (Mt 9,37-38). Nos ofrece al respecto un ejemplo particularmente significativo la inglesa Eliza Vaughan, madre de familia y mujer dotada de espíritu sacerdotal, que rezó mucho por las vocaciones.

Eliza provenía de una familia protestante, la de los Rolls, que fundó sucesivamente la famosa industria automovilística Rolls-Royce, pero desde joven, durante su permanencia y educación en Francia, quedó muy impresionada por el ejemplar compromiso de la Iglesia Católica con los pobres.

En el verano del 1830, después de su matrimonio con el coronel John Francis Vaughan, Eliza, a pesar de la fuerte resistencia por parte de sus parientes, se convirtió al catolicismo. Había tomado esta decisión con convicción y no sólo porque había entrado a formar parte de una conocida familia inglesa de tradición católica. Los antepasados Vaughan, durante la persecución de los católicos ingleses bajo el reinado de Isabel I (1558-1603), habían aceptado la expropiación de los bienes y la cárcel en lugar de renunciar a su fe.

Courtfield, la residencia originaria de la familia del esposo, durante las décadas del terror, se volvió un centro de refugio para sacerdotes perseguidos, un lugar donde en secreto se celebraba la Santa Misa. Desde entonces pasaron casi tres siglos, pero nada cambió en el espíritu católico de la familia.

Demos nuestros hijos a Dios

Convertida en lo profundo del corazón, llena de celo, Eliza propuso al marido dar sus hijos a Dios. Esta mujer de elevadas virtudes rezaba cada día durante una hora delante del Santísimo Sacramento en la capilla de la residencia de Courtfield, pidiéndole a Dios una familia numerosa y muchas vocaciones religiosas entre sus hijos. ¡Fue atendida! Tuvo 14 hijos y murió poco después del nacimiento del último hijo en 1853. De los 13 hijos que vivieron, entre los cuales ocho varones, seis se ordenaron sacerdotes: dos en órdenes religiosos, un sacerdote diocesano, uno obispo, un arzobispo y un cardenal. De las cinco hijas, cuatro fueron consagradas religiosas. ¡Qué bendición para la familia y cuáles efectos para toda Inglaterra!

Todos los hijos de la familia Vaughan tuvieron una infancia feliz, porque en la educación su santa madre poseía la capacidad de unir de manera natural la vida espiritual y las obligaciones religiosas con las diversiones y la alegría. Por voluntad de la madre, formaban parte de la vida cotidiana la oración y la Santa Misa en la capilla doméstica, como también la música, el deporte, el teatro no profesional, la equitación y los juegos. Los hijos no se aburrían cuando la madre les contaba la vida de los santos, que lentamente se volvieron para ellos íntimos amigos. Eliza se hacía también acompañar por los hijos durante las visitas a los vecinos enfermos y a los que sufrían, para que pudieran en estas ocasiones aprender a ser generosos, a realizar sacrificios, a donar a los pobres sus ahorros o los juguetes.

Ella murió poco después del nacimiento del decimocuarto hijo, John. Dos meses después de su muerte, el coronel Vaughan, convencido que ella había sido un don de la Providencia, escribió en una carta: *"Hoy, durante la adoración, agradecí al Señor, porque pude devolverle mi amada esposa. Le abrí mi corazón con gratitud por haberme donado Eliza como modelo y guía; a ella me une todavía un vínculo espiritual inseparable. ¡Qué consuelo maravilloso y cuánta gracia me transmite! Todavía la veo, como siempre la vi, delante del Santísimo, con su pura y humana gentileza que le iluminaba el rostro durante la oración".*

Obreros en la viña del Señor

Las numerosas vocaciones en el matrimonio Vaughan son realmente una insólita herencia en la historia de Gran Bretaña y una bendición que provenía sobre todo de la madre Eliza.

Cuando Herbert, el hijo mayor, a los dieciséis años anunció a sus pa-

dres de quería ser sacerdote, las reacciones fueron diferentes. La madre, que había rezado mucho por esto, sonrió y dijo: *"Hijo mío, lo sabía desde hace tiempo"*. El padre, en cambio, necesitó un poco de tiempo para aceptar el anuncio, porque justamente sobre el hijo mayor, el heredero de la casa, había puesto muchas esperanzas y había pensado para él una brillante carrera militar. ¿Cómo hubiera podido imaginar que Herbert un día habría llegado a ser arzobispo de Westminster, fundador de los Misioneros de Millhill y luego cardenal? Pero también el padre se convenció pronto y escribió a un amigo: *"Si Dios quiere a Herbert para sí, puede tener también a todos los otros"*.

Pero Reginaldo se casó, como también Francis Baynham, que heredó la propiedad de familia. Dios llamó también a otros nueve hijos de los Vaughan. Roger, el segundo, fue nombrado prior de los Benedictinos y más tarde se convirtió en el muy querido arzobispo de Sydney, en Australia, donde hizo construir la catedral.

Kenelm se consagró como cisterciense y más tarde sacerdote diocesano. Joseph, el cuarto hijo de los Vaughan, fue benedictino como su hermano Roger y fundador de una nueva abadía.

Bernardo, quizás el más vivaz de todos, que amaba mucho la danza y el deporte y que tomaba parte en todas las diversiones, se hizo jesuita. Se dice que el día anterior a su ingreso en la Orden, participó en un baile y le dijo a su pareja: *"Esto que hago con usted es mi último baile porque me convertiré en jesuita!"*. Sorprendida, la joven exclamó: *"¡Pero por favor! Justo usted que ama tanto el mundo y baila maravillosamente quiere convertirse en jesuita?"*. La respuesta, si bien interpretable de varios modos, es muy bonita: *"Justamente por esto me entrego a Dios!"*.

John, el más joven, fue ordenado sacerdote por el hermano Herbert y más tarde fue obispo de Salford en Inglaterra. De las cinco hijas de la familia, cuatro se consagraron religiosas.

Gladis entró en la Orden de la Visitación, Teresa fue religiosa de la Misericordia, Claire religiosa clarisa y Mary priora de las Agustinas.

También Margaret, la quinta hija de los Vaughan, hubiera querido ser una religiosa, pero no le fue posible por la frágil salud. Sin embargo, ella vivió en casa como consagrada y transcurrió los últimos años de su vida en un monasterio.



Beata Alessandrina Dacosta (1904-1955)

También el ejemplo de la vida de *Alessandrina da Costa*, beatificada el 25 de abril de 2004, demuestra de manera impresionante la fuerza transformadora y los efectos visibles del sacrificio de una joven enferma y abandonada.

En 1941, Alessandrina escribió a su padre espiritual, Padre Mariano Pinho, que Jesús le había dirigido esta súplica: *"Hija mía, en Lisboa vive un sacerdote que corre el riesgo de condenarse para siempre; él me ofende de modo grave. Llama a tu padre espiritual y pídele el permiso para que yo te haga sufrir durante la pasión, de modo particular por aquella alma"*.

Recibido el permiso, Alessandrina sufrió muchísimo. Sentía el peso de los pecados de aquel sacerdote que no quería saber nada más de Dios y estaba por condenarse. La pobrecita vivía en su cuerpo el estado infernal en que se encontraba el sacerdote y suplicaba: *"¡No, al infierno no! Me ofrezco en holocausto por él hasta cuando Tú lo quieras!"*. Ella escuchó hasta el nombre y el apellido del sacerdote.

P. Pinho quiso entonces indagar con el cardenal de Lisboa si en aquel momento existía un sacerdote que le causaba aflicciones. El cardenal le confirmó con sinceridad que, efectivamente, había un sacerdote que le daba muchas preocupaciones; cuando le reveló el nombre, era justamente el mismo que Jesús había nombrado a Alessandrina.

Algunos meses después le fue referido a P. Pinho, por parte de un amigo sacerdote, Padre Davide Novais, un acontecimiento particular. Padre Davide había apenas realizado un curso de Ejercicios Espirituales en Fátima, en el cual también había participado un señor reservado, que había sido notado por todos por su comportamiento ejemplar. Aquel hombre, la última tarde de los Ejercicios, sufrió un ataque de corazón; después de llamar a un sacerdote, pudo confesarse y recibir la Santísima Comunión. Poco después murió, reconciliado con Dios. Se descubrió que aquel señor, vestido de laico, era un sacerdote y era precisamente aquella persona por quien Alessandrina había luchado y sufrido tanto.



Berthe Petit (1870-1943)

Berthe Petit es una gran mística belga, un alma de expiación poco conocida. Jesús le indicó claramente el sacerdote por el cual ella debía renunciar a sus proyectos personales y también se lo hizo encontrar.



El 'precio' por un sacerdote santo

Desde cuando era una joven de quince años, Berthe, durante cada Santa Misa, rezaba por el celebrante: "*Jesús mío, haz que Tu sacerdote no te dé aflicciones!*". Cuando tenía diecisiete años, sus padres perdieron todo su patrimonio por una fianza; el 8 de diciembre de 1888, su director espiritual dijo a Berthe que su vocación no era el monasterio, sino permanecer en casa y cuidar a sus padres. De mala gana la joven aceptó el sacrificio; pero le pidió a la Virgen ser mediadora para que, en el lugar de su vocación religiosa, Jesús llamara un sacerdote diligente y santo. "*¡Usted será atendida!*", le confirmó

el padre espiritual.

Lo que ella no podía prever ocurrió 16 días después: un joven jurista de 22 años, el Dr. Louis Decorsant, estaba rezando delante de una estatua de la Madre Dolorosa. Al imprevisto e inesperadamente, él tuvo la certeza que su vocación no era la de casarse con la joven que amaba y ejercer la profesión de escribano. Comprendió claramente que Dios lo llamaba al sacerdocio. Esta llamada fue tan clara e insistente que él no titubeó ni siquiera por un instante en dejar todo. Después de los estudios en Roma, donde había completado su doctorado, fue ordenado sacerdote en 1893. Berthe tenía entonces 22 años.

En el mismo año, el joven sacerdote de 27 años celebró la Santa Misa de medianoche en un suburbio de París. Este hecho tiene su importancia porque a la misma hora Berthe, participando en la Santa Misa de medianoche en otra parroquia, prometió solemnemente al Señor: "*Jesús, quisiera ser un holocausto para los sacerdotes, para todos los sacerdotes, pero*

en particular para el sacerdote de mi vida". Cuando fue expuesto el Santísimo, la joven vio al improviso una gran cruz con Jesús y a sus pies María y Juan. Ella escuchó las siguientes palabras: "Tu sacrificio fue aceptado, tu súplica atendida. He aquí tu sacerdote... Un día lo conocerás". Berthe vio que los rasgos del rostro de Juan habían asumido aquellos de un sacerdote para ella desconocido. Se trataba del reverendo Decorsant, pero ella lo encontró solamente en 1908, es decir quince años después, y reconoció su rostro.

El encuentro querido por Dios

Berthe estaba en Lourdes en peregrinaje. Allí la Virgen le confirmó: "Verás al sacerdote que has pedido a Dios hace veinte años. Sucederá dentro de poco". Ella se encontraba con una amiga en la estación de Austerlitz, en París, en un tren que se dirigía a Lourdes, cuando un sacerdote subió a su compartimiento para ocupar un lugar para una enferma. Era el reverendo Decorsant. Sus rasgos eran aquellos que Berthe había visto en el rostro de San Juan quince años antes, por lo tanto era aquella persona por la cual ya había ofrecido tantas oraciones y sufrimientos físicos. Después de intercambiar algunas palabras de cortesía, el sacerdote descendió del tren. Exactamente un mes más tarde, el mismo reverendo Decorsant fue en peregrinaje a Lourdes para confiarle a la Virgen su futuro sacerdotal. Cargado con los equipajes, encontró nuevamente a Berthe y a su amiga. Reconociendo a las dos mujeres, las invitó a la Santa Misa. Mientras Padre Decorsant elevaba la Hostia, Jesús dijo a Berthe en su interior: "Éste es el sacerdote por el cual acepté tu sacrificio". Después de la liturgia, ella supo que 'el sacerdote de su vida', como lo habría llamado sucesivamente, estaba alojado en su misma pensión.

Una tarea en común

Berthe reveló al Padre Decorsant su vida espiritual y su misión para la consagración al Corazón Inmaculado y Doloroso de María. Él, por su parte, comprendió que esta alma preciosa le había sido confiada por Dios. Aceptó un lugar en Bélgica y se convirtió para Berthe Petit en un santo director espiritual y en un apoyo incansable para la realización de su misión. Como era un excelente teólogo fue el intermediario ideal con la jerarquía eclesiástica de Roma. Durante 24 años, es decir hasta la muerte, acompañó a Berthe, quien, como alma de expiación, a menudo estaba enferma y sufría particularmente por los sacerdotes que habían dejado su vocación.



María Concepción Cabrera de Armida

María Concepción Cabrera de Armida, "Conchita", esposa y madre de numerosos hijos, es una de las santas modernas, que durante años Jesús preparó a una maternidad espiritual para los sacerdotes. En el futuro, ella será de gran importancia para la Iglesia universal.



Una vez Jesús explicó a Conchita: "Hay almas que han recibido la unción a través de la ordenación sacerdotal. Pero hay... también almas sacerdotales que tienen una vocación sin tener la dignidad o la ordenación sacerdotal. Ellas se ofrecen en unión conmigo... Estas almas ayudan espiritualmente a la Iglesia de manera poderosa. Tú serás madre de un gran número de hijos espirituales, pero ellos costarán a tu corazón como mil mártires. Ofrécete como holocausto para los sacerdotes, únete a mi sacrificio para obtener gracias para ellos"... "Quisiera volver a este mundo... en mis sacerdotes. Quisiera renovar el mundo revelándome en ellos, y dar un impulso fuerte a mi Iglesia derramando el Espíritu Santo sobre mis sacerdotes como en un nuevo Pentecostés". "La Iglesia y el mundo necesitan un nuevo Pentecostés, un Pentecostés sacerdotal, interior".

Cuando era joven, Conchita rezaba a menudo delante del Santísimo: "Señor, me siento incapaz de amarte, por ello quisiera casarme. Dame muchos hijos de manera que ellos te amen más de cuanto yo soy capaz". De su matrimonio, particularmente feliz, nacieron nueve hijos, dos mujeres y siete varones. Ella los consagró a todos a la Virgen: "Te los doy completamente como tus hijos. Tú sabes que yo no los sé educar, conozco demasiado poco qué quiere decir ser madre, pero Tú, Tú lo sabes". Conchita asistió a la muerte de cuatro de sus hijos, que tuvieron todos una

muerte santa.

Conchita fue concretamente madre espiritual para el sacerdocio de uno de sus hijos; de él ella escribió: *"Manuel nació en la misma hora en que murió Padre José Camacho. Cuando supe la noticia, recé a Dios que mi hijo pudiera reemplazar a este sacerdote en el altar... Desde el momento en que el pequeño Manuel comenzó a hablar, hemos rezado juntos por la gran gracia de la vocación al sacerdocio.... El día de su Primera Comunión y en todas las fiestas principales renové la súplica... A la edad de diecisiete años entró en la Compañía de Jesús"*.

En 1906, desde España donde se encontraba, Manuel (nacido en 1889, su tercer hijo) le comunicó su decisión de ordenarse sacerdote y ella le escribió: *"¡Entrégate al Señor con todo el corazón sin negarte nunca! ¡Olvida las criaturas y sobre todo olvídate a ti mismo! No puedo imaginarme un consagrado que no sea un santo. No es posible darse a Dios a medias. ¡Trata de ser generoso con Él!"*.

En 1914 Conchita encontró a Manuel en España por última vez, porque él no regresó jamás a México. En aquel tiempo el hijo le escribió: *"Mi querida, pequeña mamá, me has indicado el camino. Tuve la suerte, desde pequeño, de escuchar de tus labios la doctrina saludable y exigente de la cruz. Ahora quisiera ponerla en obra"*. También la madre probó el dolor de la renuncia: *"Llevé tu carta delante del tabernáculo y dije al Señor que acepto con toda mi alma este sacrificio. El día siguiente puse la carta sobre mi pecho mientras recibía la Santa Comunión, para renovar el sacrificio total"*.

Mamá, enséñame a ser sacerdote

El 23 de julio de 1922, una semana antes de la ordenación sacerdotal, Manuel, que por aquel entonces tenía treinta años, escribió a su madre: *"¡Mamá, enséñame a ser sacerdote! Háblame de la alegría inmensa de poder celebrar la Santa Misa. Entrego todo en tus manos como tú me has custodiado sobre tu pecho cuando era niño y me has enseñado a pronunciar los hermosos nombres de Jesús y María, para introducirme en este misterio. Me siento de veras un niño que te pide oraciones y sacrificios.... Apenas sea ordenado sacerdote, te enviaré mi bendición y después acogeré de rodillas la tuya"*.

Cuando Manuel fue ordenado sacerdote, el 31 de julio de 1922 en Barcelona, Conchita se levantó para participar espiritualmente a la ordenación; a causa de la diferencia de horario, en México era de noche. Ella se

conmovió profundamente: *"¡Soy madre de un sacerdote!... ¡Puedo solamente llorar y agradecer! Invito a todo el Cielo a agradecer en mi lugar, porque me siento incapaz por mi miseria"*. Diez años después escribió al hijo: *"No logro imaginarme un sacerdote que no sea Jesús y aún menos cuando forma parte de la Compañía de Jesús. Rezo por ti para que tu transformación en Cristo, desde el momento de la celebración, se realice de modo que tú seas Jesús de día y de noche"* (17 de mayo de 1932). *"¿Qué haríamos sin la cruz? La vida sin dolores que unen, santifican, purifican y obtienen gracias, sería insoportable"* (10 de junio de 1932). Padre Manuel murió a los 66 años en olor de santidad.

El Señor hizo comprender a Conchita en función de su apostolado: *"Te confío todavía otro martirio: tú sufrirás lo que los sacerdotes hacen en mi contra. Tú vivirás y ofrecerás por su infidelidad y miseria"*. Esta maternidad espiritual para la santificación de los sacerdotes y de la Iglesia la consumió completamente. Conchita murió en 1937 a los 75 años.

Beato Cardenal Clemens August Von Galen (1878-1946)



El 13 de septiembre de 1933, a 55 años, el párroco Clemens von Galen fue nombrado obispo de Münster por el Papa Pío XI. Conforme a su lema de no dejarse influenciar "ni por la alabanza, ni por el miedo", protestó públicamente contra de las medidas terroristas de la Gestapo y denunció al Estado que había dañado los derechos de la Iglesia y de los creyentes. En 1946, el Papa Pío XII nombró cardenal al obispo de Münster por sus méritos y por el extraordinario coraje en el profesar la fe. Cuando entró como pastor de Münster, el obispo Galen hizo imprimir una imagen con el siguiente escrito: *"Soy el decimotercero hijo de nuestra familia y agradeceré eternamente a mi madre por haber tenido el coraje de decir «Sí» a Dios también por este*

decimotercero niño. Sin este «Sí» de mi madre, ahora yo no sería ni sacerdote ni obispo".

“¡Señor, danos de nuevo sacerdotes!”

Durante la persecución comunista, Anna Stang padeció muchos sufrimientos y, como muchas otras mujeres en sus mismas condiciones, ofreció todo por los sacerdotes. En la vejez, se convirtió ella misma en una persona con espíritu sacerdotal.

“¡Nosotros nos quedamos sin pastores!”

Aнна nació en 1909 en la parte alemana del río Volga en el seno de una numerosa familia católica. Era sólo una alumna de nueve años cuando experimentó el inicio de la persecución, y escribió: “...1918, en segundo grado, al inicio de las lecciones todavía rezábamos el Padre Nuestro. Un año después ya estaba prohibido y el párroco no tenía más el permiso de entrar en la escuela. Se comenzaba a reír de nosotros, cristianos, no se respetaba más a los sacerdotes y los seminarios fueron destruidos”.

Cuando tenía once años, Anna perdió al padre y a algunos hermanos y hermanas por una epidemia de cólera. Poco tiempo después, también murió la mamá, y ella, que había apenas cumplido diecisiete años, se hizo cargo de los hermanos y las hermanas más pequeños. No sólo se quedó sin padres, sino “...también nuestro párroco murió en aquel período y muchos sacerdotes fueron arrestados. ¡De este modo nos quedamos sin pastores! Éste fue un golpe duro. La iglesia en la parroquia vecina todavía estaba abierta, pero tampoco allí había más sacerdote. Los fieles nos reuníamos igualmente para rezar, pero, sin el pastor, la iglesia estaba abandonada. Lloraba y no podía consolarme. Cuántos cantos, cuántas oraciones la habían colmado y ahora parecía todo como muerto”.

En la escuela de este profundo sufrimiento espiritual, desde entonces Anna comenzó a rezar de modo particular por los sacerdotes y los misioneros. “¡Señor, danos de nuevo un sacerdote, danos la Santísima Comunión! Ofrezco todo con gusto por amor hacia Ti, oh Sagradísimo Corazón de Jesús!”. Anna ofreció por los sacerdotes todos los sufrimientos sucesivos, especialmente cuando en una noche de 1938, su hermano y su esposo - estaba felizmente casada desde hacía siete años- fueron arrestados y nunca más regresaron.

Le han confiado el servicio sacerdotal

En 1942, Anna, joven viuda, fue deportada a Kazakistán, junto a sus

tres hijos. "Fue duro afrontar el frío invierno, pero luego llegó la primavera. En aquel período lloré mucho, pero también recé muchísimo. Tuve siempre la impresión que alguien me tenía la mano. En la ciudad de Syrjanowsk encontré algunas mujeres de fe católica. Nos reuníamos a escondidas los domingos y en los días de fiesta para cantar y rezar el rosario. Yo suplicaba a menudo: María, nuestra querida madre, mira cómo somos pobres. ¡Danos de nuevo sacerdotes, maestros y pastores!".

Desde 1965 la violencia de la persecución disminuyó y Anna pudo ir una vez al año a la capital de Kirguizistán, donde se encontraba un sacerdote católico en exilio.

"Cuando en Biskek fue construida nada menos que una iglesia, fuimos con Vitoria, una conocida mía, para participar en la Santa Misa. El viaje fue largo, más que 1000 kilómetros, pero para nosotros fue una gran alegría. ¡Por más de 20 años no habíamos visto un sacerdote ni un confesionario! El pastor de aquella ciudad era anciano y por más de diez años había sido encarcelado a causa de su fe. Mientras me encontraba allí, me confiaron las llaves de la iglesia, así pude hacer largas horas de adoración. Nunca habría pensado de poder estar tan cerca del tabernáculo. Llena de alegría, me arrodillé y lo besé".

Antes de partir, Anna tuvo el permiso de llevar la Santa Comunión a los católicos más ancianos de su ciudad, que nunca hubieran podido ir personalmente. *"A petición del sacerdote, durante treinta años, en mi ciudad, bauticé a niños y adultos, preparé a los novios al sacramento del matrimonio, oficié funerales, hasta que, por problemas de salud, no pude hacer más este servicio".*

¡Oraciones escondidas... para que llegara un sacerdote!

No se puede imaginar la gratitud de Anna, cuando en 1995 encontró por primera vez un sacerdote misionero. Lloró de alegría y conmovida exclamó: *"Llegó Jesús, el Sumo Sacerdote!"*. Rezaba desde hacía décadas para que llegara un sacerdote a su ciudad, pero a los 86 años había casi perdido la esperanza de ver con sus ojos la realización de este deseo profundo.

La Santa Misa fue celebrada en su casa y esta mujer maravillosa con ánimo sacerdotal pudo recibir la Santa Comunión: durante todo el día, Anna no comió nada más, queriendo expresar así su profundo respeto y su alegría.

Lo que puede la oración confiada de las madres...!

(de un monje, misionero en España)

Entre las "muchas veces y muchas maneras" (cf. Heb 1, 1) en que Dios ha hablado al hombre en el Antiguo Testamento, uno de los pasajes más "dignos de memoria" (cf. 2Mac 7, 1), fijado casi sin tiempo en el corazón de muchísimos cristianos, es aquel de los siete hermanos que fueron llevados al martirio, en compañía de su madre, por el odio del rey Antíoco a las tradiciones santas de los judíos. Dice el autor sagrado que "todos estos hermanos, y su madre, se alentaban entre sí a morir valientemente" (2Mac 7, 5).

El hecho de que sean siete hermanos de sangre los que hayan dado la vida por su conformación vital a la verdad de Dios, uno tras otro, le da al relato un tono de épica religiosa que enfervoriza a cualquier lector devoto; pero la presencia de la madre con ellos, que muere la última, habiendo animado a sus hijos, es ciertamente lo que termina de empaparlos de esa entrañable y tierna fortaleza que no puede dejar indiferente aun al interlocutor impío: *"Admirable sobre toda ponderación y digna de eterna memoria se mostró la madre, que, viendo morir en un solo día a sus siete hijos, lo soportaba animosa, porque tenía la esperanza puesta en Dios"* (2Mac 7, 20).

Traigo a colación este fuerte pasaje de la Escritura, porque quiero recordar aquí la relación muy íntima que existe entre la fortaleza de los hijos y la espera confiada de las madres. Se da a entender, en efecto, en el texto que referimos, que es de la "esperanza puesta en Dios" de esa madre de dónde nacen el alentar ella a sus hijos, "animosa", y el alentarse ellos entre sí, a "morir valientemente".



Para explicar esa relación irrefragable entre confianza y fortaleza voy a hacer uso de un ejemplo, que refiere al beato Mauro Palazuelos, prior y guía de la comunidad benedictina mártir de El Pueyo de Barbastro.

Toda esta comunidad de monjes era una comunidad mariana, que vivió y murió como comunidad mariana, y junto a la Virgen, su Madre. De hecho, en el altar que guarda las reliquias de estos mártires en El Pueyo, se han

escrito dos frases, una de las cuales es, justamente, la dicha de 2Mac 7, 5: "se exhortaban entre sí, a una con su madre, para morir valientemente".

Particularmente estremecedor y luminoso a este respecto es el relato



del martirio del padre Mauro. Nos ha llegado de forma providencial. Quien lo narra es la señora María Armisén. Esta mujer tenía en Barbastro una casa de dos pisos, cuya planta baja fue requisada por el comité comunista que tomó a la fuerza el poder de la ciudad apenas comenzada la Guerra civil es-

pañola. El objetivo de la requisita era hacer de esa casa una especie de cuartel para milicianos. María Armisén y su familia seguían ocupando el segundo piso, pero tenían la obligación de hacer tareas de cocina y servicio en favor de los combatientes en retaguardia. Cada día veían partir por la mañana hacia el frente de batalla a muchos de esos jóvenes que con mayor o menor conciencia adherían a la doctrina "intrínsecamente mala" del comunismo (Pío XI, encíclica *Divini Redemptoris*, 60).

En los últimos días de agosto de 1936, y primeros de septiembre, llamó la atención de esta señora un joven que no solamente quedaba allí todos los días, sino que además apenas comía, dormía mal, e iba adquiriendo aspecto de prematura decrepitud. Un día se atrevió a preguntarle qué lo traía mal a punto de estar casi dejando irse la vida. Ella misma dio testimonio luego, en dos declaraciones juradas, de los términos de la respuesta de este joven:

"Desde que maté al Jefe de los frailes del Pueyo. Desde entonces no he podido dormir ni vivir tranquilo, porque no puedo apartar sus ojos de mí. Este fraile mostró un heroísmo extraordinario. Porque cuando le llevábamos a matar, alentaba enardecido a sus compañeros que iban en el camión, rezando y cantando a su madre. ¡Bien amarrado iba!; y pidió ir a pie, siguiendo al camión. Al subir la cuesta del cementerio, cuanto más cantaba, más me enfurecía yo, pegándole fuertes golpes con el fusil. Dicho fraile, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo: "Perdonad a vuestros verdugos, que pronto entraremos en la gloria".

Tal rabia tomé a ese fraile, que advertí a los otros milicianos: "Vosotros cuidad de los demás: a éste me lo cargo yo". Pasado el Hospital, cercano al cementerio, aquel fraile nos pidió la gracia de despedirse de su madre. Algunos camaradas míos se la otorgaron, diciendo: "¿qué tiene que ver se despidas de su madre?" (creían se refería a su madre natural reclusa en dicho hospital).

Yo le mandé seguir adelante, pero, al fin, accedí al deseo. Entonces comenzó a entonar una canción a la Virgen. Al verme yo contradicho con esta salida, rabioso le golpeé con más fuerza.

Junto a la pared del cementerio, le dije con malas palabras: "¿Cómo quieres morir, mirando a la pared, o mirando a tu Madre?" Y dirigiendo él la mirada hacia el convento de El Pueyo, contestó: "Mirando a mi Madre". Entonces, al comprender que se refería a la Virgen de ese convento, le dije: "Te voy a apuntar para que no cantes más a tu Madre". Le disparé un tiro en la boca, levantándole la tapa de los sesos. Cuando le disparé, el fraile me miró de tal manera, y tanto me impresionó ver saltar los sesos, que desde entonces se me clavaron sus ojos, y no puedo apartarlos de mí".

Ciertamente la relación fundamental que nos sugiere esta tremenda acta martirial, es la de un cristiano "entero" con su Madre del cielo. El beato Mauro y la Virgen de El Pueyo son los grandes personajes, los actores del suceso. Pero la historia tiene un trasfondo, que no puede haber pasado oculto en el alma de quien caminaba al martirio en aquella calurosa noche aragonesa.

La mamá del P. Mauro, Cristina, había muerto en febrero de ese año. Poco antes de morir, en una hermosa carta que escribió a su hijo, le había dado proféticas recomendaciones para el momento que ahora le tocaba andar. Tengo la devota creencia que no solamente los enemigos interpretaron que quería ver y despedir a su mamá, sino que también por su interior se cruzó esa certeza. Iba a ver a sus dos madres al Cielo, y debía caminar con la entereza que Cristina le había recomendado y que la Virgen María le infundía maternalmente en su pecho. Con el canto de la *Salve*, saludó a las dos, a Aquella a quien le cantaba y a aquella que le había enseñado el canto.





Testimonios de misioneros

¿Puedo ayudar a un misionero con mi trabajo cotidiano?



"En las conquistas espirituales del reino de Cristo, los fusiles son las oraciones y las balas son los sacrificios. El soldado misionero tiene que disparar sin cesar, y si no le proveen de municiones, él solo bien pocas puede fabricar. Son las almas buenas de la retaguardia, esas almas que se afligen porque no son enviadas, las que con sus oraciones y sacrificios mantienen el frente.

Presuponiendo que están en gracia, viven unidas a Cristo como los sarmientos a la vid y tienen parte activísima en la circulación de la Sangre divina por todo el Cuerpo Místico. Injertadas en Cristo, producen sazonados frutos de redención, conversión, santificación y salvación de innumerables almas; unas más y otras menos, según el grado de unión que tengan con Cristo.

Basta con que todo lo hagan por amor de Dios; y mientras más desinteresado y fino sea ese amor, más ricos serán los frutos espirituales que producen. El andar, comer, vestirse, dormir, peinarse y cortarse las uñas, hecho todo por amor de Cristo y en unión íntima con Jesucristo, produce tales frutos riquísimos que son: gloria a Dios, santificación personal, y conversión de almas apartadas de Dios. Para Dios no hay distancias.

La trabazón y musculatura del Cuerpo Místico es un hecho invisible pero real y concreto y sin distancias apreciables a los ojos de Dios. Todas las inyecciones de savia divina que se apliquen en cualquier parte de ese cuerpo redundarán forzosamente en el incremento y bienestar de todo el cuerpo. Para salvar almas no es necesario que todos surquen los mares. Se salvan también desde una cocina o una clase en pleno Madrid, y sobre todo se pueden salvar a redadas desde una enfermería."



Las oraciones son reales, verdaderas, poderosas, eficaces.

Un milagro en la vida del P. Florente

Pregunta: ¿Cuál ha sido el día más feliz en su vida de Misionero?

Respuesta.— Si mi madre estuviera ya en el Cielo, respondería a esta pregunta sin que me temblara el pulso; pero como no tengo noticia de que Dios la haya llevado aún, lo hago con muchos carraspeos, muchos meneos de cabeza y latidos muy acelerados del corazón. Es un secreto para los lectores de *El siglo de las misiones*; pero allí va.

En cierto día de cierto año, cuando los lagos y ríos acababan de congelarse y solidificarse razonablemente bien, sacamos nuestros dos trineos por la tundra nevada y nos dimos el gran paseo. Se trataba de examinar la índole de los perros nuevos, estudiar sus cualidades, sus tretas y sus zorrerías y luego clasificarlos en los tres grupos de A, B y C.

Es ese un trabajo preliminar indispensable para la formación de un trineo modelo que lleva a uno en volandas, como quien dice. Acabábamos de comer. Dos rapaces manejaban el trineo que seguía al que conducíamos Elías y yo. Elías era un chico muy hábil de unos 14 años. Llegamos a unos matorrales que circundaban un lago inmenso, helado todo él y plano como palma de la mano. Exploramos el hielo y lo hallamos firme. Nos echamos por la orilla y cubrimos una distancia enorme a carrera tendida. Elías estaba sentado en medio del trineo, vuelto hacia mí y los dos reíamos como embriagados por aquel placer inesperado. El trineo que nos seguía estaba a sólo 20 metros. Yo llevaba las manillas de nuestro artefacto. Aquellos dos trineos parecían dos aeroplanos a toda marcha. De repente, ¡iplas! el hielo se resquebrajó. Mi trineo se hundió en los abismos. Elías se agarró a la maroma de tiro de los perros. Cuatro canes, los más próximos al trineo, se hundieron hasta las orejas. Lo único que yo pude ver de Elías, fue la gorra que le tapaba orejas y cuello.

Los perros que aún estaban en hielo firme, no podían tirar porque, al querer hincar las uñas, se resbalaban y caían de bruces. Elías y los cuatro perros desgraciados forcejeaban inútilmente con el agua hasta el cuello. Yo, al hundírseme el aparato debajo de mis narices, me encaramé sobre él, pero se hundió tan profundo que me vi dentro del agua hasta la boca. En traje de baño y en agua tibia hubiera yo nadado una distancia razonablemente larga, pero aquí, vestido de pieles y con botas hasta la rodilla, veinte minutos después de comer, con bloques de hielo alrededor de mí

como si fueran avispas tras una cucharada de miel... la situación cambiaba notablemente.

Digo, pues, que floté unos instantes y avancé hasta los filos del hielo firme; extendí los brazos y el pecho sobre el hielo y, al querer levantarme, se hundió aquel bloque y volvimos al agua a flotar, a avanzar, a extender los brazos y el pecho sobre los nuevos filos del hielo aparentemente firme. Vuelta a resquebrajarse éste, y vuelta al agua, a flotar, avanzar, a trepar hielo arriba, y vuelta éste a hundirse, y vuelta yo a flotar, etc., etc., Nadé en dirección del trineo y quise encaramarme sobre toda la trailla y salir de unos saltos, aunque hundiese a los canes, pero el peso de ropa mojada no me dejaba lograrlo; además hubiera tenido que pisar la cabeza de Elías y hundirlo definitivamente, cosa que no hubiera hecho yo jamás. El trineo que nos seguía se alborotó tanto, los pobres chicos no hicieron poco con retenerlo a distancia para no hacer una escabechina si se hubieran acercado con nuevo peso.

Elías gritaba valientemente a los perros. Dos veces le vi completamente debajo del agua en forcejeo con uno de los perros que no gustaba verse tan asido a la soga de tiro. Cuando después de superar una docena de bloques, me encontré con que todos ellos fallaban y me daban el consiguiente remojón sin poder hacer pie; con la ropa interior empapada en hielo, las fuerzas exhaustas, la suerte de mi pobre Elías en la balanza, etc., etc., me convencí de que había llegado mi última hora y, sin dejar de nadar con fuerzas salidas sabe Dios de dónde, le dije a Jesucristo, en español y en voz alta, que era lástima perder a un Misionero tan a lo bobo y a lo tonto; que si me quería para Sí, bien estaba; pero que yo intercedía por unos años más de vida misionera y reforzaba mi petición ofreciéndole allí mismo desde aquella marejada de hielos que me envolvían, y ofreciéndoselo con la confianza mayor que podía tener: **todas las oraciones que se han elevado, se elevan y se elevarán por mí.** Añadí confusamente que cómo iba a desoír tantas oraciones como elevan al Cielo por mí los lectores de *El siglo de las misiones*.

Y ahora viene lo gordo. Terminar la oración y salir a manotadas, fue todo uno. Conmigo, aunque a cierta distancia, salían triunfantes Elías, perros y trineo. Salíamos dejando un rastro de agua que caía y resbalaba sobre un hielo firmísimo y caminamos unos pasos más hasta que nos vimos seguros en la nieve sobre la hierba.

Los dos rapaces habían logrado atar su trineo a un arbolillo y vieron con pasmo cómo salíamos cuando ya nos creían perdidos irremisiblemente. El mayor tomó a Elías en nuestro trineo y partió para casa. Yo me acomodo-

dé en el otro y di órdenes de salir pitando, pero los canes tiraban tan desafortadamente al ver partir al otro trineo, que no hubo medio de soltar la soga. Para mí, mojado, como estaba, cada segundo tenía un valor inestimable. No teníamos navaja...

Entonces salté del trineo, tomé la soga con las dos manos y —otro milagro de primer orden— arranqué el arbolillo, o mejor lo debió arrancar el Ángel de la Guarda, pues no acierto a concebir cómo un solo tirón sacó tantas raíces.

Y ahora viene otra complicación: los perros no querían volver para casa; querían más aire fresco por la tundra nevada, y, en vez de trotar como acostumbraban, todo era volverse y hacer el oso y pararse a humedecer todas las matas por donde pasaban. Todo mi sistema intestinal estaba paralizado, helado, pesadísimo, muerto, como si no fuera mío; pero la respiración era normal, así como normales estaban la cabeza y el corazón. Al llegar a casa el pasmo fue desusado, porque mi abrigo -mojado y con una capa de hielo- pesaba tanto que a duras penas los Hermanos Coadjutores podían levantarlo del suelo. Fue menester cortar las correas de las botas que parecían alambres y no cedían.

Al meterme en la cama bien abrigado y con un buen vaso de vino creí que estaba soñando. La reacción fue tremenda con un sudor copiosísimo. Pasé la noche con el cuerpo en la cama pero con el espíritu batallando bloques de hielo en un lago muy profundo y amanecí normal, sano, restablecido, sin un síntoma de pulmonía ni de indigestión ni de nada; si cabe, salí más vigorizado con el ejercicio gimnástico que supuso la batalla, o hablando más en cristiano, salí como los jóvenes del horno babilónico, a quienes no contristó ni chamuscó el fuego del tirano.

Todo se me volvía preguntar por Elías. Me aseguraban que estaba bien, pero quise comprobarlo yo mismo; por eso, nada más levantarme fui al dormitorio de los niños y me dirigí en línea recta a la cama de Elías, que me recibió con una sonrisa verdaderamente angelical.

—Ven acá, Elías, hijo mío —le dije, echando los brazos al cuello— ¿caíste en la cuenta de que nos pudimos haber ahogado? ¿En qué pensabas todo aquel cuarto de hora que estuvimos en agua? Elías me afirmó que nada más verse entre el hielo comenzó a rezar con el corazón y a gritar a los perros con la lengua.

—Bravo, Elías, bravo; eres un héroe.

Y gastamos cerca de una hora comentando el suceso y atando cabos.

Luego me ayudó a Misa; una Misa de acción gracias por el milagro de haber salido, por el de haber arrancado el árbol, por no haberme helado en el camino de vuelta con la brisa de frente, por no haber tenido una indigestión, por no haber tenido ni asomos de pulmonía, por no haberseme helado la sangre, por no haberseme parado corazón, por habérmelas bandeado exhausto con un abrigo que un hombre sano apenas podía mover, etc., etc.

La pregunta del P. Irala dice así: ¿Cuál ha sido el día más feliz en su vida de misionero? Y yo respondo que aquel fue el día más feliz, porque no se puede expresar con palabras el efecto tan saludable que causó en mi alma semejante acontecimiento. **Entonces me convencí, si antes no lo estaba, que las oraciones de los que en sus cartas me dicen que me encomiendan a Dios SON REALES, VERDADERAS, PODEROSAS, EFICACES.** Entonces me afirmé en el convencimiento teórico de que hay un Dios que vela por nosotros. Aquel día lo pasé en el Cielo, absorto en Dios, objeto del amor paternal de Dios, lleno de amor de Dios, dispuesto a emplear únicamente en el servicio de Dios esta vida que Él me acababa de devolver.

Ni la primera Comunión, ni los votos religiosos, ni la ordenación sacerdotal ni la primera Misa, ni todas esas gracias juntas produjeron en mi alma el cambio que operó este milagro tan breve, tan limpio, tan natural y tan casero. El cielo y la tierra pasarán, pero, con la divina gracia, mi agradecimiento a Jesucristo por este milagro no pasará...

Recuerdo que al día siguiente descubrimos en los pantalones agujeros, o mejor, cortaduras de hielo que tienen filos de navaja de afeitar. Asimismo, las manos tenían rasguños en todas direcciones. Se me perdieron en la batalla los guantes, que en paz descansen.

Los esquimales, que han visto ahogarse a tanta gente, venían a verme y —los muy supersticiosos— dudaban si yo era el Padre de verdad o un fantasma. Por la noche tuvimos rosario y Bendición solemne en acción de gracias. Coincidió ser día de fiesta.



“El golpe de la espada”

¡Cuántos religiosos nuestros están hoy cuidando a sus papás ya enfermos o ancianos! Algunos religiosos no están totalmente abocados a esto, porque cuentan con la tranquilidad de que otros familiares están brindándoles estos cuidados; pero lo mismo están pendientes.

Y cómo notamos todos el sufrimiento de nuestros papás... cómo nos duele verlos tan pobres... Incluso hasta nos falta muchas veces la esperanza para con ellos; esperanza que sí tenemos para atender con alegría siempre jovial a otros enfermos o para confiar incluso en el buen suceso de nuestra propia vida. *Dios proveerá*, decimos; pero cuando vemos a nuestros viejitos tan cansados o tristes o enfermos, nos angustiamos y turbamos.



Tal vez estemos olvidando un detalle importante, que es este: si están un tanto desprovistos, si no tienen las alegrías de ver nietos que llenen su hogar de abuelos, si los vemos solos, es -en parte o totalmente- porque nos han dejado entrar en la vida religiosa. O sea, es nuestra vocación una de las causas de esas pobreza humanas. *Soy yo el que no les dio nietos...* y mis padres me dejaron entrar y consagrarme en el Instituto. Ellos son responsables, por su generosidad para con Dios y la Iglesia, de estar sufriendo ahora esa soledad... es lo que ellos eligieron.

Ese acto martirial que Dios nos pidió a los religiosos se los pide análogamente a nuestros papás... y ahora -una vez más y, tal vez, finalmente- están sintiendo el golpe de esa espada. Por el amor que tienen a Dios y a sus hijos están sufriendo hoy.

Entonces, ¿puede haber un motivo más grande que este para *Esperar en Solo Dios*? ¿Hace falta buscar otro motivo para alegrarnos en la Esperanza?

Creo que debemos estar muy agradecidos con nuestros papás, hoy más

que nunca, al verlos así. Debemos estar muy confiados en el fruto eterno de ese inmenso sacrificio que se renueva hoy. Debemos alegrarnos al ver sus achaques y pobreza... y alegrarlos a ellos, mostrándoles el porqué de lo que sufren... alegrarlos en la Esperanza. Este testimonio que les debemos dar puede ser clave para que vuelen derechito al Cielo; porque no vuela directamente al Cielo quien no espera suficientemente alcanzarlo.

P. Gonzalo Gelonch, IVE

“La fecundidad de esos golpes de espada...”

Veo a la mamá sentada muchas veces sumergida en sus pensamientos, el tiempo le parece una eternidad, cada movimiento que hago es una novedad que sacude su soledad de tantos años. Me observa sin cesar, como si no tuviera otra cosa que hacer, y piensa... Cuando vuelvo de hacer las compras me espera ansiosa en su sillita y sonrío...

La veo reír, y hablar y entusiasmarse por una receta de cocina que se anima a cocinar para mí, sosteniéndose sobre sus débiles piernas... No habla, piensa...

Piensa cómo hacerme feliz como en sus jóvenes años... ¡Nunca se deja de ser madre! Porque es sinónimo de pensar siempre en el otro, olvidarse hasta del andador que le permite caminar sus cansados pasos y darse una vez más... Y hasta con una sonrisa que siempre le festejo con un abrazo o un beso...



Son mártires, sí... Gota a gota van viendo cómo su corazón aún sangra por esa espada que muy bien dice usted, se clavaron al decirnos “Sí. Ve al convento... Si eres

feliz, yo también”.

Tenia ella 46 años cuando la dejé, y un año de viuda, y mis hermanos más pequeños de 14 años no entendieron lo que sucedía. Desde aquel día han pasado ya 30 años, y en estos días que la Divina Providencia me ha traído para cuidarla en su enfermedad, rasgó el silencio de tres décadas tan solitarias como fecundas, para decirme “Si supieses cuánto sufrí cuando te fuiste. Me quedaba sola con tus hermanos, la ferretería de papá... Y un futuro tan incierto por delante...”.

A los 5 años de entrar al convento, le comuniqué lo de mi vocación contemplativa. Un nuevo golpe de espada y una nueva sonrisa afloró de aquellos labios que nunca pusieron un solo impedimento a los designios de Dios, aunque no los comprendiese.

No le di nietos, es verdad. Pero estoy cierta y espero firmemente en Dios que morirá rodeada de tantos hijos religiosos nuestros que son la familia que Dios me dio, (más numerosa que la que yo pudiera haber formado), para que, en definitiva, sea de ella también. ¡Y qué familia!!! ¡Benditos mártires, los papás y mamás que siembran, a golpe de espada, semillas de nuevas vocaciones!

Hna. María de las Virtudes, SSVM



Mi hermano Segundo, misionero de Alaska

Homilía que su hermano, Amando Llorente, predicó en sus funerales.

Si yo quisiera dar con la fórmula que hizo posible una vida tan llena y una muerte tan santa, creo que podríamos encontrarla en que el modo de ser de Segundo, su carácter, su personalidad, sintonizaban tan perfectamente con el ideal ignaciano, que el día que lo conoció dijo: "¡Esto es lo mío!" y lo vivió plenamente.

Los jesuitas, cuando queremos hablar de san Ignacio, decimos "el magis" ignaciano: *magis*, una palabra latina que quiere decir más.



San Ignacio siempre buscaba lo más; no lo bueno, sino lo mejor, no la gloria de Dios, sino la mayor gloria de Dios; no "servir" a nuestro Señor, sino distinguirse en el servicio a nuestro Señor.

Siempre lo más. Y Segundo nació para "lo más".

Cuando tuvo quince años, le dijo a mi padre: "Yo quiero ir al seminario; quiero ser sacerdote". Casi seguro, porque el párroco del pueblo era el personaje más importante, y Segundo quería ser importante: "Para quedarme con todos los demás, y ser uno más del pueblo... Aquí, el que sobresale es el cura, el párroco... ¡Yo voy al seminario!".

Fue al seminario de la diócesis de León. Y estando en el seminario, llega un jesuita y da Ejercicios a los seminaristas. Y al hacer los Ejercicios, Segundo dice: "¿Cómo yo me voy a quedar...? ¡Yo, jesuita!" Estando en el noviciado, pasa por allí un misionero de China y habla a los novicios: "Ustedes, ¿qué van a hacer en España? En España el que se condena es porque le da la gana; tiene todos los medios para salvarse: tiene iglesias, tiene sacerdotes, tiene todo... Pero hay miles, y millones de paganos que no han oído nunca hablar de Jesucristo...".

Esa conversación bastó para que Segundo dijera: "¡A las misiones!". Y si hay que ir a las misiones, ¿cuál es la más difícil? En aquel momento, Pío

XI había escrito que la misión de Alaska era la tarea más heroica en la Iglesia católica, y Alaska se le metió a Segundo en el corazón y en el alma y en la ilusión y en los ideales... y ya no era más que ¡Alaska!

Pero Alaska no le pertenecía como jesuita. Le dijo al provincial que quería ir a Alaska... "¿Alaska? ¿Dónde está eso? ¿Qué pinta usted en Alaska? Bien, está bien, ese es un fervor muy bueno, pero siga estudiando latín y griego...".

¿Ah, sí? Carta al Padre General, el famosísimo padre Ledochowski, que gobernó la Compañía de Jesús casi cuarenta años y dejó una huella imborrable como General de la Compañía: "Yo, Segundo Llorente, que tengo ahora diecinueve años y empiezo a estudiar filosofía,... ¡quiero ir a Alaska!".

El Padre General le contestó como el Provincial: "Siga siendo buen estudiante, prepárese para ser sacerdote, y después vaya adonde los superiores le manden...".

Muy bien. Segundo dejó pasar el año. Volvieron los Ejercicios del segundo año; y san Ignacio dice en los Ejercicios que se haga elección, él volvió a la elección; y en la elección sentía: ¡Alaska!



Segunda carta al Padre General: "Sigo pensando que lo mío es Alaska...". Entonces el Padre General le, contestó: "Ya veo que tiene vocación misionera. Pero su Provincia tiene misiones en China...". Pero China... no le gustaba. Esperó otro año; era el tercer año de filosofía, lo estaba haciendo en Granada, a los veintiún años. Escribe otra carta al Padre General y le dice: "Sigo lo mismo; acabo de hacer Ejercicios; delante de nuestro Señor estoy seguro de que a mí Dios me llama para Alaska; por lo tanto, le suplico, Padre General...".

El Padre General vio una indicación de la voluntad de Dios y contestó de su puño y letra: "Con esta carta mía va otra a su Provincial y otra al Provincial de Oregon, que es el que manda en Alaska, para que, si su Provincial lo considera correcto, y si el médico lo aprueba y ve que usted puede aguantar el clima de Alaska...".

Segundo no tenía miedo a un chequeo médico. Contaba que el médico le dijo: "Si alguien puede resistir el frío de Alaska, es este boxeador"; porque Segundo era tremendamente fuerte, tremendamente vigoroso, con una salud que le duró hasta tres meses antes de morir; en cuarenta años en Alaska nunca perdió la salud.

Así, pues, a prepararse para Alaska. Por supuesto, adiós a toda la familia para siempre; de allí no había vuelta —mi hermano no vio nunca más a mis padres, ni mis padres lo conocieron como sacerdote ni pudieron oír nunca Misa suya— ...

Ayer leía yo una carta que me escribió muchos años después, diciéndome lo que le costó decir adiós a la familia. Me decía Segundo:



"Cuando pasé por casa y os vi, no os quise decir nada; pero por dentro estaba convencido de que ya no volvería a ver más los patrios lares. Recuerdo que un día, mientras dormía la siesta en una habitación de arriba, oí jugar a los pequeños allá abajo y me vino un llanto muy copioso. Una vez más se me daba a escoger entre quedarme remendando redes o seguir a Jesús. Afortunadamente, *relictis retibus, secutus sum Jesum*; dejadas las redes, me fui con Jesús... Otra vez en el colegio de La Habana, al bajar con la maleta ya para ir al barco yanqui, que se balanceaba en la bahía, un niño del colegio, recién llegado, fue detenido en la portería por donde quería escaparse para casa; y al ser detenido lloraba desconsolado llamando a su madre. Yo me estremecí todo y, sin poderlo evitar, sentí que se me llenaban los ojos de agua; estábamos los dos en semejante posición; él como niño, lamentaba la ausencia de una semana, yo crecidote, divagaba sobre la ausencia de por vida".

A los veintitrés años, solito y sin saber una palabra de inglés, fue a los Estados Unidos para estudiar teología en Kansas City. Allí pasó cuatro años de estudios; y, en cuanto se ordenó de sacerdote, en 1935, a los veintiocho años, salió para Alaska.

Como para mí Segundo fue siempre una inspiración y un ideal, en 1953



sentí la necesidad de verlo y saber dónde estaba y qué hacía. Cometí la gran locura e imprudencia, de la que ahora me alegro enormemente, de sorprenderlo sin consultarle nada, en pleno mes de febrero.

Así me lancé a lo que fue una bonita epopeya. Al final de un lar-

go y difícil viaje, caí en la choza de un misionero de Alaska. Ante mi evidente asombro cuando vi aquello, me dijo:

"¿Qué le parece mi casa? Un poco pequeña le parece, ¿no?, y un poco fría... Pues esto es un palacio; ¡ya verá usted cuando vea dónde vive su hermano!".

Me recibió como a un huésped, para que me quedara allí. Yo le dije: "Vengo para ver a mi hermano". Y me dice: "Ay, ya está usted en Alaska. Aquí no hay días, ni semanas, ni meses. Se acabaron las comunicaciones. Si tiene la suerte que tuvo el obispo el año pasado por esta fecha... Vino a verme y tuvo que quedarse aquí por una tormenta de nieve que duró veintinueve días; no nos morimos de hambre por milagro; yo, de casualidad, tenía unos salmones congelados, y de eso fuimos comiendo... No pudimos salir de la choza ni ir a ningún lado. ¡Veintinueve días!".

Para dormir, pusimos unas pieles de oso en el suelo y nos tendimos. Él me dice: "Tenga cuidado cómo pone los pies, para que la puerta no quede impedida; porque de noche puede entrar cualquiera. Fácilmente algún esquimal, de los que andan por ahí vagando con sus trineos, puede necesitar entrar. La puerta tiene que estar siempre abierta, porque es de vida o muerte; es una regla en Alaska que nadie cierre su puerta, por si alguien necesita entrar de noche".

Ya tirado en el suelo, oigo que empiezan a ladrar los perros de una manera terrible, un viento de nieve, unos alaridos imponentes a lo lejos... "¿Eso qué es?". "Son los lobos, que tienen hambre. Los perros ladran por eso...". Yo había venido de La Habana, y pensaba: "¡Esto está bueno!". Pero también me decía: "Hasta que no lo vea, no me vuelvo atrás; me muero,

pero yo veo a mi hermano”.

Al fin lo logré. En plena tundra, todo era noche (porque en febrero todo es noche en Alaska), en medio de aquel valle de nieve veo que viene mi hermano hacia mí.

Quisimos abrazarnos pero no pudimos, porque estábamos los dos vestidos como astronautas; y nos dimos la mano con una emoción increíble. Fue un encuentro fantástico.

(Cuando yo le cogía la mano a él, poco antes de morir, me acordaba



tanto de aquella primera vez que le había cogido las manos en la tundra de nieve, hecho un mocetón todavía...).

Nos tiramos en un camastro y empezamos a hablar. ¿De qué se habla en esos momentos? ¿Creen que

hablamos algo de teología? ¿De la Compañía de Jesús? ¡Padre, madre, hermanos! “¿Cómo está éste? ¿Cómo está el otro?”. El no conocía a nadie: “Y éste, ¿cómo es? Y éste, ¿cómo es? ¿Qué le gusta a éste?”. Después dijo: “Ahora vamos a recorrer el pueblo, casa por casa, yo te puedo decir donde vivían todos los vecinos del pueblo, y hasta el nombre de los perros de todos ellos”. Íbamos así recorriendo nombres... “¡Te saltaste uno!” — decía.

Le pregunté: “Pero, Segundo, ¿qué haces tú aquí? ¿Tú quieres salvar almas? Ven para... Allí hay 15.000 almas que salvar. Oye, las almas de los cubanos valen lo mismo que las de los eskimales por lo menos, ¿no?”. Y me contestó: “¡Cómo nos gusta a nosotros decir que la Iglesia es católica, universal, que tiene que estar en todas partes! Los eskimales también son hijos de Dios, y a mí me ha tocado el privilegio de ser su misionero. Aquí está la Iglesia católica, gracias a nosotros los misioneros”.

En éstas viene el piloto que me había llevado y dice: “Yo me voy”. Y Segundo: “Amando, tú verás lo que haces; si te quedas, ¿cuándo podrás salir? Nadie lo sabe. Yo cojo mi trineo y no tengo problema, pero tú, ¿cómo te vas de aquí? Esta es la oportunidad”.

¡Cuatro horas! Después de haber estado cuatro días buscándolo...

Añadió: "Vamos a decir la Misa por nuestros padres".

Dijimos la Misa; era emocionantísimo, porque estábamos en Akulurak (a mi padre, cuando murió, la última palabra que se le entendió fue *Akulurak*, donde estaba su hijo mayor: no estaba allí con él, pero lo tenía en el corazón).

Dijimos la Misa y yo tuve que coger la avioneta, y marchar.

Se identificó de tal manera con los eskimales que, cuando el Estado de Alaska creció y se hizo libre, vinieron las primeras elecciones; y salió Segundo Llorente representante de Alaska, porque los eskimales lo habían elegido. Mi hermano mandó en seguida una carta diciendo que renunciaba, que no sería apropiado. Le contestaron que no renunciara, pues era la primera vez que votaban los eskimales y era darles un mal ejemplo no aceptar; que no lo mirara como un honor, sino como una manera de servir.



Cuando Alaska se hizo rica por el petróleo, no sabían qué hacer con los blancos que habían estado allí tantos años, a los que, al fin y al cabo, se les debía que aquello llegase a ser lo que era. Entonces hicieron el "Club de los fundadores de Alaska". La condición era ser blanco —que hubiera venido de fuera a trabajar en Alaska— con treinta años de servicio en Alaska, y que hubiera hecho alguna cosa importante. Elegido presidente por unanimidad: ¡el misionero Segundo Llorente!

¿Qué hizo en Alaska con los eskimales? Me dijo un padre en la universidad Gonzaga: «Yo le pregunté a su hermano una vez: "Padre Llorente, usted, ¿qué hizo cuarenta años en Alaska?". Y como se lo dije en el tono de "para qué perdió usted tanto tiempo

allí", me contestó: "Estuve cuarenta años enseñando a los eskimales... a hacer la señal de la cruz. Y con eso me doy por contento"».

Dios nuestro Señor lo usó, no tanto para hacer bien a los eskimales, sino para que desde allí, con el talento que Dios le dio como escritor, empezara a escribir cartas y artículos que se convertían en libros; llegó un

momento en que los seminarios y los noviciados se llenaban de entusiasmo por las aventuras del misionero de Alaska. Yo he encontrado docenas y docenas de religiosas y sacerdotes que me han dicho: "Debo la vocación a los libros de su hermano". Porque, realmente, contagié esta alegría inmensa que tenía de ser sacerdote y de ser misionero; no la perdió nunca.

Llegó el ocaso. Fue rapidísimo: había tenido una salud fantástica, y tres meses antes de morir me llama:

"Amando, quiero decirte que se acabó el Segundo Llorente en este mundo y empieza el del otro. Me han dicho que tengo cáncer, y he llamado al Provincial para decirle que no quiero tener ningún tratamiento, pero quiero contar con él. El Provincial me aprobó la decisión, así que no voy a seguir ningún tratamiento. No se te ocurra ponerte triste, porque llevo años que no sueño más que con ir al Cielo. Me han dado la noticia más feliz de mi vida, y no quiero que me quiten ni un minuto de ese Cielo al que estoy seguro de ir; no puedo dudararlo".



Yo lo llamaba todas las semanas; y veía que cada semana la voz era más tenue, más difícil. Los jesuitas de la universidad Gonzaga lo trataron como a un rey, con las mejores atenciones que podía tener de cariño y dedicación: iban todos los días a

verlo, unos le besaban la frente, todos le pedían la bendición; he visto americanos con lágrimas, diciendo: "Este gran hombre... Este hombre es un héroe y un santo".

Cuando llamé hace quince días, la enfermera me dijo que estaba realmente mal; que si yo pensaba ir, la semana siguiente podía ser demasiado tarde.

Decidí ir en seguida. Lo encontré plenamente consciente, increíblemente feliz y contento. Al irle a abrazar me dijo: "No se te ocurra hacer

una oración por mi salud. Olvídate de eso. Pide que sea rápido. Estoy esperando el encuentro con nuestro Señor”.

Y miraba el reloj... Le pregunté a la enfermera el por qué y me respondió: “También yo se lo he preguntado, y me ha dicho: Es que estoy esperando la cita con nuestro Señor... tiene que venir ya, en cualquier momento”.

Por supuesto, en esos tres días hablamos de todo; porque, al mismo



tiempo que hablaba de Dios, me escribía un chiste, y contaba una broma del pueblo: “Recuerdo que una vez...” ¡y a reírnos!

Me decían las enfermeras:

“No sé qué le ha traído usted, pero le ha traído la mejor medicina”. ¡Le llevé a mi familia! Le hablé de todos: mis padres, mis sobrinos... Y eso es muy grande... Me quedé maravillado cuando vi entre sus papeles la fotografía de todos y cada uno de sus hermanos con toda su familia, y de todos y cada uno de sus sobrinos con toda su familia: todos los niños, en cartulinas, uno por uno. Me dijo: “Todos los días, antes de decir Misa, las veo, para pedir por todos”.

Yo tenía que regresar, pues tenía un retiro, unos Ejercicios; la muerte no se sabe nunca cuándo va a llegar... Él estaba bien atendido; había que dar ejemplo, y me lo dijo: “No dejes de ir a dar los Ejercicios, ése es tu deber; yo no necesito nada; tengo a Dios y tengo todo, no te preocupes de nada más...”.

Le pedí unas letras para toda la familia. Y escribió: “Muero *contentísimo*. Desde aquí al Cielo, ¿qué más puedo esperar? Allí nos veremos todos. Amén. Os quiero mucho. Segundo”. Es el testamento que nos dejó a todos los hermanos y los sobrinos.

Cuando el Padre Superior me llamó, me contó que había muerto, rodeado de varios Padres, con una sonrisa; al morir, se rejuveneció; parecía tener veinticinco años. Sonrosado, sonriente.

Su alma está en el Cielo. Su cuerpo lo llevaron a un lugar precioso: no lejos de allí hay un cementerio en una reserva india dirigida por jesuitas.



En ese cementerio no se pueden enterrar más que indios y sacerdotes que hayan estado por lo menos veinte años al servicio de los indios. Como él había estado cuarenta años, le pertenecía el honor de ser enterrado en ese cementerio, a unas setenta millas de Spokane, en una loma frente a las Montañas Rocosas. Lo enterraron bajo una lápida que dice, para todos los jesuitas que están enterrados allí, unos diez o doce: *"En vida y en muerte con aquellos que amamos"*.

Me atrevo a decir que nos podemos encomendar a él. Estoy seguro de que tiene que tener cerca de Dios una tremenda influencia. Porque es que no le negó nada.

Yo le había dicho: "Oye, cuando vayas al Cielo, se tiene que notar en la tierra. No hagas favorcitos pequeños, sino cosas gordas: se estremece la Iglesia, se estremece la Compañía de Jesús...". Y me dijo: "Bueno, ¿y tú crees que yo voy a mandar en el Cielo?". Le dije: "En el Cielo mandan los amigos de Dios". Y él: "¡A eso, no quiero que me gane nadie!".

Amando Llorente





¿Qué es una
vocación?



¿Qué es una vocación?

Para poderla examinar es preciso, ante todo, saber qué es.

Es un acto de *misterioso amor de predilección* por parte de Jesús hacia un alma a la cual Él llama al sacerdocio o a la vida religiosa.

La vocación se constituye de estos tres elementos:

1º) Que el joven tenga *recta intención*, la cual consiste en que esté convencido de que para él, el estado religioso o la vida sacerdotal le conducirá mejor, más perfecta y seguramente, a la consecución de su último fin. Por consiguiente, *escogerá el estado religioso o sacerdotal por motivos sobrenaturales*, no por motivos de interés material o natural.

2º) Que esté adornado de aquellas *dotes intelectuales, morales y físicas necesarias al estado que quiere abrazar*.

3º) Que sea *admitido por el superior* de la diócesis o de la religión en la cual quiere entrar.

Nada más parece que pida el Derecho Canónico que, en el canon 538 dice:

"Puede ser admitido en la religión cualquier católico que esté libre de impedimentos, que esté movido de *recta intención* y que sea idóneo para satisfacer las obligaciones de la religión" (esto es, que sea capaz de observar las reglas, penitencias y demás deberes).

La idoneidad del candidato la juzgan aquellos que tienen el poder de admitirle en la religión o en la diócesis, o sea, los superiores.

No se trata, por consiguiente, de *sentir* sino más bien de *entender* con el entendimiento, iluminado y elevado por la gracia, que, *para mí*, con todos mis defectos, debilidades, exigencias, deseos espirituales, carácter y circunstancias, *la vida religiosa es lo más apto para salvarme*, para ser santo o para vivir una vida digna de ser vivida.

Podemos concluir afirmando que: se tiene vocación cuando se está convencido (moralmente) de que **la vida religiosa es la vida que mejor nos conducirá al fin por el cual Dios nos ha creado, con tal de que tengamos las condiciones requeridas y seamos admitidos por los superiores.**

Otras condiciones, dotes necesarias para el que quiere consagrarse a Dios:

Dotes de inteligencia: Que sea capaz para hacer los estudios requeridos por la Orden que quiere abrazar. Una inteligencia corriente puede bastar; *como máximo puede pedirse que sea un poco superior a la mediocridad.* Exigir más no sería justo. *Frecuentemente el buen sentido común vale más que la mucha inteligencia.*

2) Dotes de voluntad: No precisa fijarse exagerada o exclusivamente en la inteligencia. *Lo que más vale es la voluntad, la índole buena del muchacho, su espíritu de sacrificio, la fuerza de vencerse a sí mismo, la victoria del respeto humano, la docilidad en la obediencia, la sincera estima de su nulidad.* Esas cualidades son una buena señal de un carácter serio y muestran un conjunto de madurez espiritual que es segura garantía de perseverancia y seriedad en el futuro trabajo sacerdotal.

Si un muchacho es dócil, tiene voluntad para el estudio (aun cuando quizá le cueste), tiene buen carácter, es sincero, tiene verdadero espíritu de oración, influye entre sus compañeros, sabe hacer apostolado, ofrece sacrificios a Dios y por su vida espiritual, es puro... todas estas dotes reunidas en una inteligencia más bien mediocre obtendrán un óptimo religioso.

No es fácil dar un juicio exacto de la inteligencia de un joven de unos dieciséis años. No es raro que todavía no se haya desarrollado completamente su inteligencia. En cambio, *de la voluntad se puede juzgar con un poco más de seguridad.* Basta conocer al muchacho, oír hablar de él, verle mientras juega o mientras hace lo ordinario, para descubrir si su personalidad es idónea.

3) Dotes físicas: En general, se puede decir que una salud ordinaria, o sea, la que gozan los jóvenes que "están bien", es suficiente. No es necesaria una robustez especialísima, un absoluto dominio de los nervios, una naturaleza completamente libre de cualquier debilidad física. Por más sano que se esté, alguna pequeña anomalía, alguna predisposición, algún defecto en las funciones orgánicas, casi siempre se encontrará.

Lo que se tendría que mirar bien es que el joven no sea admitido si no

está todavía bien desarrollado no sólo físicamente sino también **moralmente**. En otras palabras, es necesario que el joven sea un joven y no un chiquillo; que tenga un juicio un poco maduro, que dé verdadera garantía de comprender el paso que da y a lo que renuncia. Se necesita que comprenda de cuántas energías es capaz, y dé el paso a sabiendas, no con los ojos cerrados. No quiero decir que conozca o haya experimentado el mal. La juventud no se manifiesta sólo en el pecado o en ciertos impulsos peligrosos, sino en otras muchas cosas que dan al individuo aún más vivaz una cierta seriedad y madurez. No es cuestión de edad. En algunos sitios los chicos a los trece años son ya jóvenes; en cambio, en otros de la misma región, a los dieciséis aún son niños, tanto física como moralmente.

Estos jóvenes así preparados sabrán superar las tentaciones del Noviciado, comprenderán la importancia de aquellos años de formación y serán capaces de formarse personalmente; no se maravillarán de las defeciones de otros compañeros; no serán artificiales o exteriores en su formación y ciertamente no saldrán con aquella frase insulsa en que se refugian con frecuencia los que han perdido la vocación: "¡Nunca tuve vocación! ¡No sabía qué era vocación!".

PERO NO BASTA: Lo dicho hasta aquí no basta para darnos seguridad en una vocación.

Se requiere todavía que él, conociendo su estado y convencido de la Voluntad de Dios, sostenido por la gracia divina, **libre y conscientemente con un acto de voluntad diga: "¡Quiero!"**.

Jesús no se impone a la fuerza, sino que quiere voluntarios, quiere generosos que le sigan por amor y no por la fuerza o porque no pueden hacer otra cosa.

El que trabaja por las vocaciones, guárdese siempre de influir directamente sobre la voluntad del joven. Podrá iluminarle, quitarle las dificultades que nazcan de cualquier error de juicio, conducirle paso a paso durante todo el período de su decisión, pero **en el punto decisivo, el joven debe quedarse solo con Dios.** Debe tener la convicción de que es él el que decide, que la vocación la debe únicamente a Dios y a su voluntad. Así será su vocación, no la vocación del Padre tal o de la Hermana cual.

El misterio de la vocación

¿Cuáles son las vocaciones de especial consagración? Comúnmente se consideran cinco: sacerdotal, diaconal, religiosa, misionera, secular.

¿En qué consisten las vocaciones de especial consagración? Esencialmente, consisten en tres cosas:

- En el llamado de Dios, que es lo más importante de la vocación y que produce necesariamente, en el candidato, la idoneidad;

- La idoneidad, que es efecto del llamado interior de Dios, es triple: idoneidad física-psíquica; idoneidad moral, que implica siempre la recta intención; e idoneidad intelectual; triple idoneidad que es condición sin la cual no debe darse el tercer elemento;

- El llamado de la Iglesia, que hace las veces de Dios aquí en la tierra.

¿Cómo llama Dios? Dios llama "tocando" el alma con su gracia. El llamado de Dios ordinariamente es interior. Es Dios quien desde dentro inspira a las almas el deseo de abrazar un estado tan alto y excelso como es el de la vida consagrada. Podemos reconocer dos pasos.

Hay quienes dicen: *"Para que haya auténtica vocación es necesario ser llamados directamente por la voz del Señor de modo extraordinario como cuando llamó a Pedro o Andrés, ahí sí no hay que demorar e ingresar de inmediato. Pero cuando el hombre es llamado sólo interiormente, entonces es necesaria una larga deliberación y el consejo de muchos para conocer si el llamado procede realmente de una inspiración divina."*

A estos les decimos con Santo Tomás¹: "Réplica llena de errores". El deseo interior y desinteresado de abrazar el estado religioso es auténtico llamado divino, por ser un deseo que supera la naturaleza, y debe ser seguido **al instante**; hoy como ayer son válidas las palabras de Jesús en la Escritura. El consejo *"Si quieres ser perfecto ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres"* (Mt 19, 21) lo dirigía Cristo a todos los hombres de cualquier tiempo y lugar: *cualquiera que haya dejado casa o hermanos... por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna* (Mc 10, 29). Y así todos, aún hoy, deben recibir este consejo como si lo oyesen de los mismos labios del Señor. Y quien por este se determine, puede pensar lícitamente que ha recibido la auténtica vocación religio-

¹Santo Tomás de Aquino, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión*.

sa. «Habiendo oído -dice a este propósito San Jerónimo- la sentencia del Salvador "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y luego ven y sígueme", traduce en obras estas palabras, y siguiendo desnudo la cruz desnuda, subirás con más prontitud la escala de Jacob»².



Este consejo que Cristo dio, es un consejo divino para todos los que son llamados. "Lo que a vosotros digo a todos lo digo" (Mc 13, 37) dijo a la multitud, porque todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza han sido escritas (Ro 15, 4). Es un error pensar que estas cosas sólo tuvieron valor en su época. «Si todas estas cosas se hubiesen predicado sólo para los contemporáneos, nunca se hubiesen escrito. Por eso fueron predicadas para ellos y escritas para nosotros»³.

El modo ordinario como Dios suscita las vocaciones es interior, por las divinas insinuaciones del Espíritu Santo al alma. Modo que precede a toda palabra externa, ya que «el Creador no abre su boca para enseñar al hombre sin haberle hablado antes por la unción del Espíritu». Por tanto, el llamado interior⁴ es auténtico llamado de Dios y debe ser obedecido al instante, como si lo oyéramos de la voz del Señor.

Es característico del llamado divino impulsar a los hombres a cosas

² Santo Tomás de Aquino, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión*.

³ San Juan Crisóstomo, citado por S. Tomás de Aquino en op. cit.

⁴ El llamado interior es nombrado "impulso" por Pío IX (*Rerum Ecclesiae*, 6). Pío

más altas. Por eso nunca el deseo de vida religiosa, al ser tan excelso y elevado, puede provenir del demonio o de la carne; «muy ajena cosa a los sentidos de la carne es esta escuela en la que el Padre es escuchado y enseña el camino para llegar al Hijo. Y eso no lo obra por los oídos de la carne, sino por los del corazón».

Tal llamado de Dios es el «fundamento mismo sobre el que se apoya todo el edificio» pues la «vocación religiosa y sacerdotal no puede provenir sino del Padre de las luces de quien desciende todo buen don y toda dádiva perfecta»⁵. La Iglesia nunca ha dudado del origen divino de la vocación sacerdotal, y así lo ha afirmado siempre, desde sus inicios hasta la actualidad. Al respecto, y con relación a cuál sea la causa primera de toda vocación, sostiene Juan Pablo II que «en el origen de toda vocación está siempre Jesucristo, suprema encarnación del amor de Dios». Es decir, en el pensamiento de la Iglesia, jamás se ha equiparado la vocación sacerdotal a una profesión meramente humana, la cual sí surge del hombre. En el caso de la vocación, la iniciativa corresponde siempre a Dios: «Desde los inicios, la Iglesia ha considerado la vocación al ministerio (sacerdotal) como una gracia concedida por el Espíritu de Dios».

«Debemos obedecer, sin vacilar un momento y sin resistir por ningún motivo, las voces interiores con que el Espíritu Santo mueve al alma», *"el Señor me abrió el oído, y yo no me resistí ni me volví atrás"* (Is 50, 5), recordando que todos los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios pues son los «regidos por el impulso de la gracia».

Hay que advertir el consejo de San Pablo: *"Proceded según el Espíritu"* (Ga 5, 25) y ser hombres de principios sobrenaturales que sólo se dejen conducir por el espíritu de Jesucristo que es el Espíritu Santo, realizando con prontitud su llamado. Que no debamos lamentarnos como lo hizo San Agustín: «convencido ya de la verdad, no tenía nada más absolutamente que responder, sino unas palabras lánguidas y somnolientas: luego, sí, luego; y el "déjame otro poco" se hacía ya demasiado largo... yo me avergonzaba mucho porque oía el murmullo de aquellas fruslerías (mundanas y carnales) que me tenían indeciso».

Los que, desconfiando irracionalmente del llamado divino, alejan una vocación, deben cuidarse como si se tratase de un gran crimen, pues apartan a un alma del consejo divino; estos tales deben hacerse eco de la ad-

XI, en *Mens nostra* 17 dice: «...no es raro que (los jóvenes) oigan en su corazón la misteriosa voz de Dios que los llama a los sagrados ministerios...».

⁵ Pío XII, Constitución Apostólica "Sedes sapientiae", 12.

vertencia de San Pablo: *"No apaguéis el Espíritu"* (1Tes 5, 19): "Si el Espíritu Santo quiere revelar algo a alguno en cualquier momento, no impidáis a ese tal hacer lo que siente". Por consiguiente, cuando un hombre es impulsado por inspiración del Espíritu Santo a entrar en religión, no se lo debe detener, sino que al instante se lo debe alentar y acompañar para que concrete ese impulso. Es totalmente censurable y deplorable la conducta de quienes retardan una vocación interior, esos tales resisten al Espíritu Santo, *"vosotros resistís siempre al Espíritu Santo"* (Hech 7, 51).

No deben dudar de su vocación aquellos a quienes ha sido inspirado el deseo de entrar en religión⁶. Sólo les cabe pedir consejo en dos casos: uno, con respecto al modo de entrar, y otro, con respecto a alguna traba especial que les sugiera el tomar el estado religioso. En tales casos, siempre se debe consultar a hombres prudentes que, con juicio sobrenatural (y no movidos por la pasión), puedan ayudar al discernimiento de la voluntad de Dios. Nunca a los parientes, pues no entran en este caso en la categoría de amigos, sino más bien en la de enemigos de la vocación, según aquello del profeta Miqueas: *"Los enemigos del hombre son sus familiares"* (7, 6), frase que cita nuestro Señor en San Mateo (10, 36). Sólo se debe consultar con un sabio y prudente director o confesor. *"Ve a tratar de santidad con un hombre sin religión y de justicia con un injusto... No tomes consejos de estos sobre tal cosa, sino más bien trata de continuo con el varón piadoso"* (Sir 37, 11-12), al cual se ha de pedir consejo, si hubiese en este caso algo que se necesite consultar.

Como todas las gracias las mereció nuestro Señor Jesucristo en la cruz, la fuente inexhausta de las vocaciones, la causa de todas las vocaciones, es la cruz de Jesucristo. Cumpliéndose la profecía de Cristo: *"Cuando sea elevado a lo alto atraeré a todos hacia mí"* (Jn 12, 32). Y María está siempre al pie de la cruz.



⁶ Dice San Juan Bosco: «Me parece un grave error decir que la vocación es difícil de conocer. El Señor nos pone en tales circunstancias, que nosotros no tenemos más que ir adelante, solamente hay que corresponderle. Es difícil conocerla cuando no se quiere seguir, cuando se rechazan las primeras inspiraciones. Es ahí donde se embrolla la madeja... Mirad, cuando uno está indeciso sobre hacerse o no religioso, os digo abiertamente que este ya tuvo vocación; no la ha seguido inmediatamente y se encuentra ahora embrollado e indeciso» (MB, XI, 432 pág. esp).

Oraciones y letanías por las vocaciones y los sacerdotes



Oración de una madre

Señor, que suba hoy hasta Ti una súplica que es la ilusión de mi vida: concédeme la gracia de que algún día llegue a ser la madre de un sacerdote. Conozco que tus designios son impenetrables; que tienes predestinados a tus escogidos; a ellos me someto humildemente. Sin embargo, recibe mi súplica.

Hoy me atrevo a pedirte que un hijo mío continúe tu obra redentora en la tierra, perdone los pecados en tu nombre, pueda tenerte en sus manos y darte a las almas, bautice a niños y a adultos paganos, abra las puertas del Cielo a los moribundos. Sea gota de rocío celestial sobre este mundo atormentado... Sea otro Cristo! No rechaces este sueño que nunca me abandona. Es visión divina que llena mi alma de inefable dulzura: la visión de un hombre levantando a su Dios en el altar, de un hijo que Tú me habrías dado, de un sacerdote que yo te habría devuelto.

Todo por Ti, aun cuando para esto tuviera que estrujar mi corazón de madre. Señor, te lo pido por María, Madre del primer sacerdote. Amén.



Ofrecimiento de una misma por las vocaciones

Oh Jesús, Salvador mío, Tú que confiaste a los sacerdotes - solamente a ellos- el poder de celebrar la Eucaristía, fin principal de su ordenación sacerdotal, perdonar los pecados, administrar otros Sacramentos, predicar con autoridad la Palabra de Dios y dirigir a los demás fieles a mirar y a subir hacia Ti, por medio de tu Santísima Madre, te ofrezco por la santificación de los sacerdotes y seminaristas, durante este día, todas mis oraciones, trabajos, alegrías, mis sacrificios y sufrimientos. Danos, Señor, sacerdotes verdaderamente santos que, inflamados del fuego de Tu amor, no procuren otra cosa que Tu gloria y la salvación de aquellos a los que Tú encomendaste.

Voy a rezar en particular por esos muchachos que conozco, que tal vez puedan recibir la vocación sacerdotal, y responder a la llamada de Dios. Mira, Jesús: tu Iglesia y el mundo necesitan hombres generosos que se entreguen a Ti para ser apóstoles tuyos. Elige a los que quieras; llama y da la valentía de dejarlo todo y seguirte para ser sembradores de tu doctrina de amor y portadores de tu salvación. Amén.



Invocación a la Virgen María

(de San Juan Pablo II)

María, figura de la Iglesia, Esposa sin arruga y sin mancha, que imitándote "conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y el amor sincero", sostén a las personas consagradas en el deseo de llegar a la eterna y única Bienaventuranza.



Las encomendamos a ti, Virgen de la Visitación, para que sepan acudir a las necesidades humanas con el fin de socorrerlas, pero sobre todo para que lleven a Jesús. Enseñales a proclamar las maravillas que el Señor hace en el mundo, para que todos los

pueblos ensalcen su nombre. Sostenlas en sus obras en favor de los pobres, de los hambrientos, de los que no tienen esperanza, de los últimos y de todos aquellos que buscan a tu Hijo con sincero corazón.

A ti, Madre, que deseas la renovación espiritual y apostólica de tus hijos e hijas en la respuesta de amor y de entrega total a Cristo, elevamos confiados nuestra súplica. Tú que has hecho la voluntad del Padre, disponible en la obediencia, intrépida en la pobreza y acogedora en la virginidad fecunda, alcanza de tu divino Hijo, que cuantos han recibido el don de seguirlo en la vida consagrada, sepan testimoniarlo con una existencia transfigurada, caminando gozosamente, junto con todos los otros hermanos y hermanas, hacia la patria celestial y la luz que no tiene ocaso.

Te lo pedimos, para que en todos y en todo sea glorificado, bendito y amado el Sumo Señor de todas las cosas, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén

Oración por las vocaciones

de San Juan Pablo II

Padre bueno, en Cristo tu Hijo nos revelas tu amor, nos abrazas como a tus hijos y nos ofreces la posibilidad de descubrir en tu voluntad los rasgos de nuestro verdadero rostro.

Padre santo, Tú nos llamas a ser santos como Tú eres santo. Te pedimos que nunca falten a tu Iglesia ministros y apóstoles santos que, con la palabra y los sacramentos, preparen el camino para el encuentro contigo.



Padre misericordioso, da a la humanidad descarriada hombres y mujeres que, con el testimonio de una vida transfigurada a imagen de tu Hijo, caminen alegremente con todos los demás hermanos y hermanas hacia la Patria Celestial.

Padre nuestro, con la voz de tu Espíritu Santo, y confiando en la materna intercesión de María, te pedimos ardientemente: manda a tu Iglesia sacerdotes, que sean valientes testimonios de tu infinita bondad. Amén.



Oración del Papa Francisco por las vocaciones

Padre de misericordia, que has entregado a tu Hijo por nuestra salvación y nos sostienes continuamente con los dones de tu Espíritu, concédenos comunidades cristianas vivas, fervorosas y alegres, que sean fuentes de vida fraterna y que despierten entre los jóvenes el deseo de consagrarse a Ti y a la evangelización. Sostenlas en el empeño de proponer a los jóvenes una adecuada catequesis vocacional y caminos de especial consagración. Dales sabiduría para el necesario discernimiento de las vocaciones, de modo que en todo brille la grandeza de tu amor misericordioso. Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios. Amén.



Oración al Espíritu Santo

(de San Juan Pablo II)

Espíritu de Amor eterno,
que procedes del Padre y del Hijo,
te damos gracias por todas las vocaciones
de apóstoles y santos que han fecundado la Iglesia.

Continúa, todavía, te rogamos, esta tu obra.

Acuérdate de cuando, en Pentecostés,

descendiste sobre los Apóstoles reunidos en oración

con María, la madre de Jesús,

y mira a tu Iglesia que tiene hoy

una particular necesidad de sacerdotes santos,

de testigos fieles y autorizados de tu gracia;

tiene necesidad de consagrados y consagradas,

que manifiesten el gozo de quien vive sólo para el Padre,

de quien hace propia la misión y el ofrecimiento de Cristo,

de quien construye con la caridad el mundo nuevo.

Espíritu Santo, perenne Manantial de gozo y de paz,

eres tú quien abre el corazón y la mente a la divina llamada;

eres tú quien hace eficaz cada impulso

al bien, a la verdad, a la caridad.

Tus 'gemidos inenarrables'

suben al Padre desde el corazón de la Iglesia,

que sufre y lucha por el Evangelio.

Abre los corazones y las mentes de los jóvenes,

para que una nueva floración de santas vocaciones

manifieste la constancia de tu amor,

y todos puedan conocer a Cristo,

Luz verdadera del mundo,

para ofrecer a cada ser humano

la segura esperanza

de la vida eterna. Amén.





Oración por los Sacerdotes al Sagrado Corazón

Corazón Sacratísimo de Jesús, dadnos sacerdotes santos!

Para afirmar y aumentar nuestra fe, dadnos sacerdotes santos.

Para alentar nuestra esperanza, dadnos sacerdotes santos.

Para hacer más fecunda nuestra caridad, dadnos sacerdotes santos.

Para ayudarnos en la práctica de todas las virtudes, dadnos sacerdotes santos.

Para que todas las gentes conozcan tu santa doctrina, dadnos sacerdotes santos.

Para combatir el error, dadnos sacerdotes santos.

Para mejorar las costumbres, dadnos sacerdotes santos.

Para desterrar los vicios, dadnos sacerdotes santos.

Para cristianizar la sociedad y la familia, hoy tan paganizadas, dadnos sacerdotes santos.

Para sostener a tu Iglesia, dadnos sacerdotes santos.

Para dirigir nuestras almas, dadnos sacerdotes santos.

Para enseñar las riquezas de tu Sagrado Corazón, dadnos sacerdotes santos.

Para acelerar el reinado de tu Sagrado Corazón, dadnos sacerdotes santos. Amén.

Oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas

Señor Jesús, tu nos dijiste "Rogad al Dueño para que envíe operarios a su mies". Te pedimos por el don de vocaciones sacerdotales y religiosas para que en todas partes sea amado tu Corazón.

Despierta en muchos jóvenes una vocación sincera, alegre y entusiasta; que con un espíritu de bondad, humildad y sencillez, quieran compartir su vida como voceros de tu Evangelio. Esto te lo pedimos por intercesión del Inmaculado Corazón de María y de San José, nuestro protector. Amén.



Una familia de Argentina de la que han surgido 6 sacerdotes y 2 religiosas

Oración pidiendo por la santidad de las religiosas

Danos, Señor, religiosas santas, que no antepongan nada a Cristo. Que sean madres de muchas almas. Danos, Señor, religiosas santas, que sean fieles esposas de Cristo, y lleven tu amor a todas las almas. Danos, Señor, religiosas santas, que irradian a Cristo, y lleven las almas a María. Danos, Señor, religiosas santas, que sean el consuelo de tu Sagrado Corazón. Amén.

Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote

Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad

Dios, Padre celestial, *ten piedad de nosotros*
Dios Hijo, Redentor del mundo, *ten piedad de nosotros*
Dios, Espíritu Santo, *ten piedad de nosotros*
Trinidad Santa, un solo Dios, *ten piedad de nosotros*

Jesús, Sacerdote y Víctima, *Ten piedad de nosotros*

Jesús, Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec

Jesús, Sacerdote que Dios envió a evangelizar a los pobres

Jesús, Sacerdote que en la última cena instituíste el sacrificio perenne

Jesús, Sacerdote siempre vivo para interceder por nosotros

Jesús, Pontífice a quien el Padre ungió con el Espíritu Santo y la virtud

Jesús, Pontífice entresacado de los hombres

Jesús, Pontífice constituido a favor de los hombres

Jesús, Pontífice de nuestra confesión

Jesús, Pontífice más alto que la gloria de Moisés

Jesús, Pontífice del verdadero tabernáculo

Jesús, Pontífice de los bienes futuros

Jesús, Pontífice santo, inocente y sin pecado

Jesús, Pontífice fiel y misericordioso

Jesús, Pontífice divino y lleno de celo por las almas

Jesús, Pontífice de eterna perfección

Jesús, Pontífice que por tu sangre llegaste a los cielos

Jesús, Pontífice que nos enseñaste un camino nuevo

Jesús, Pontífice que nos amaste y que lavaste nuestros pecados con tu sangre

Jesús, Pontífice que te entregaste a Dios como hostia de oblación

Jesús, Hostia de Dios y de los hombres

Jesús, Hostia santa e inmaculada

Jesús, Hostia mansueta

Jesús, Hostia pacífica

Jesús, Hostia de propiciación y de alabanza

Jesús, Hostia de reconciliación y de paz

Jesús, Hostia para llegar a Dios con toda confianza

Jesús, Hostia viviente para siempre

Sé propicio, perdónanos, Señor

Sé propicio, escúchanos, Señor

Del temor a la vocación sacerdotal

Del pecado de sacrilegio

Del espíritu de lascivia

De los pensamientos impuros

Del pecado simoníaco

De la indigna dispensación del ministerio

Del amor al mundo y a sus vanidades

De la indigna celebración de tus Misterios

Por tu eterno sacerdocio

Por la santa unción con la que fuiste consagrado sacerdote por Dios Padre

Por tu espíritu sacerdotal

Por el ministerio con el que clarificaste a tu Padre

Por tu sacrificio cruento hecho una vez para siempre

Por tu sacrificio renovado cada día en los altares

Por aquella tuya potestad, que reviste invisiblemente a tus sacerdotes

Para que conserves en la santa religión al universo orbe sacerdotal

Para que los pastores apacienten tu grey según tu Corazón

Para que los llenes de tu espíritu sacerdotal

Para que los labios sacerdotales proclamen tu ciencia

Para que envíes obreros que fielmente cultiven tu mies

Para que te dignes multiplicar los dispensadores de tus misterios

Para que perseveren siempre en tu voluntad

Para que perseveren en su ministerio con docilidad, sean prontos a donarse y constantes en la oración

Para que por ellos se promueva el culto al Santísimo Sacramento

Para que quienes han sido fieles al ministerio reciban el premio eterno

*Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, **perdónanos, Señor***

*Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, **escúchanos, Señor***

*Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, **ten piedad de nosotros***

Cristo óyenos

Cristo escúchanos



Pastor más valeroso que David.
Pastor más inocente que Abel.
Pastor más amante que Jacob.
Pastor más discreto que José
Pastor más compasivo que Jonás.
Pastor más vigilante que Amós.
Pastor más sublimado que Isaac.
Pastor que no tienes semejante.
Pastor el mejor de los pastores.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, **Perdónanos, Señor**
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, **Escúchanos, Señor**
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, **Ten piedad de nosotros**

OREMOS

Oh Dios, que sublimaste al mundo con la humildad de tu hijo, concede perpetua alegría a tus fieles, para que logren los gozos eternos aquellos a quienes libraste de la muerte eterna; por el mismo Jesucristo nuestro Señor que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.



Cristo, Buen Pastor

Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad

Dios, Padre Celestial, *Ten piedad de nosotros*
Dios Hijo, Redentor del mundo, *Ten piedad de nosotros*
Dios, Espíritu Santo, *Ten piedad de nosotros*
Trinidad Santa, un solo Dios, *Ten piedad de nosotros*

Pastor amoroso de las almas, *defended vuestro rebaño.*

Pastor que das la vida por tu grey.

Pastor que das tu vida por mi vida.

Pastor que de perdido me has ganado.

Pastor que me reduces al camino.

Pastor que en vuestros hombros me cargaste.

Pastor que siempre velas por guardarme.

Pastor que dulcemente me apacientas.

Pastor que a mi sed das agua pura.

Pastor que eres el pastor y el pasto.

Pastor que me das silbos amorosos.

Pastor en cuyo báculo descanso.

Pastor que aun ofendido me buscaste.

Pastor que también eres cordero manso.

Pastor peregrino desde el cielo.

Pastor que a tu grey llevas a la gloria.

Pastor que por mí dejas noventa y nueve.

Pastor que como guía vas delante.

Pastor divino en hábito humano.

Pastor de cuya voz los leones tiemblan.

Pastor por quien vivo y por quien muero.

Pastor que ni una pierdes de tus ovejas.

Sagrado Corazón de Jesús

Señor, ten piedad
Cristo, ten piedad
Señor, ten piedad

Dios, Padre Celestial, *Ten piedad de nosotros*
Dios Hijo, Redentor del mundo, *Ten piedad de nosotros*
Dios, Espíritu Santo, *Ten piedad de nosotros*
Trinidad Santa, un solo Dios, *Ten piedad de nosotros*

Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre, *Ten piedad de nosotros*

Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre,

Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios

Corazón de Jesús, de majestad infinita

Corazón de Jesús, templo santo de Dios

Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo

Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor

Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad

Corazón de Jesús, asilo de justicia y de amor

Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes

Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza

Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones

Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia

Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad

Corazón de Jesús, en quien el Padre halló sus complacencias

Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido

Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados

Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia

Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan

Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad

Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados

Corazón de Jesús, saciado de oprobios
Corazón de Jesús, despedazado por nuestros delitos
Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte
Corazón de Jesús, perforado por una lanza
Corazón de Jesús, fuente de toda consolación
Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra
Corazón de Jesús, víctima de los pecadores
Corazón de Jesús, salvación de los que en ti esperan
Corazón de Jesús, esperanza de los que en ti mueren
Corazón de Jesús, delicia de todos los santos

Cristo, óyenos

Cristo, escúchanos

V. Jesús Manso y humilde de corazón,

R. Haz nuestro corazón semejante al tuyo.



Letanías Reparadoras al Inmaculado Corazón de María

Señor, ten piedad de nosotros

Cristo, ten piedad de nosotros

Señor, ten piedad de nosotros

Dios Padre Celestial, *Ten piedad de nosotros*

Dios Hijo Redentor del mundo

Dios Espíritu Santo

Santísima Trinidad, único Dios

¡Oh Madre nuestra dulcísima! Permite por piedad que nosotros tus hijos, unidos en un solo pensamiento de veneración y amor, vengamos a reparar las horrendas ofensas que cometen contra Ti tantos desventurados que no conocen el paraíso de bondad y de misericordia de tu corazón maternal.

A cada intención respondemos: *Te consolaremos, María.*

De la horribles ofensas que se cometen contra tu dulcísimo Jesús, De la espada de dolor que hijos degenerados quieren nuevamente clavar en tu corazón maternal,

De las blasfemias nefandas que se vomitan contra tu purísimo y santísimo nombre,

De las infames negaciones que se hacen de tus privilegios y de tus glorias más excelsas,

De los insultos que los protestantes y otros herejes lanzan contra tu culto dulcísimo,

De las sacrílegas afrentas que los impíos cometen contra tus carísimas imágenes,

De las profanaciones que se cometen en tus santuarios,

De las ofensas contra la virtud angelical que en Ti se personifica,

De los ultrajes que se cometen con las modas perversas, contra la dignidad de la mujer, por Ti reivindicada y santificada,

De los horrendos delitos con que se aparta a los inocentes de tu seno maternal,

De las incomprendiones de tus derechos divinamente maternales, por parte de tantas madres,

De las ingratitudes de tantos hijos a tus gracias bellas,

De la frialdad de tantos corazones frente a tus ternuras maternales,

Del desprecio de tus invitaciones de amor,
 De la cruel indiferencia de tantos corazones,
 De tus lágrimas maternas,
 De las angustias de tu dulcísimo corazón,
 De las agonías de tu alma santísima en tantos Calvarios,
 De tus suspiros de amor,
 Del martirio que te ocasiona la pérdida de tantas almas redimidas por
 la sangre de tu Jesús y por tus lágrimas,
 De los horrendos atentados que se cometen contra tu Jesús, que vive
 en su Vicario y en sus sacerdotes,
 De la conjuración infernal contra la vida de tu Jesús en su Iglesia,

Oración: ¡Oh Madre santa dulcísima, que en el heroísmo de tu amor maternal, al pie de la cruz, rogaste por aquellos crueles que martirizaban tan atrozmente a tu amado Hijo Jesús y desgarraban tu Corazón ternísimo! Ten piedad de todos los desventurados e indignos que te ofenden; haz que ellos también puedan ser acogidos en tu seno maternal, purificados por tus lágrimas benditas, y admitidos a gozar los frutos estupendos de tu maternal misericordia. Amén.

Jaculatoria: Santa María, líbranos de las penas del infierno



Índice

Dedicatoria	1
Lu Monferrato, un pequeño pueblo donde sucedió algo grande	3
Las Madres de las 40 Horas por las vocaciones... ¿quiénes somos?	6
“Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros!”	8
A las “madres dolientes” de las 40 horas	10
Un homenaje a las madres de los sacerdotes y religiosos	11
¿Cómo podemos rezar?	13
<i>Qué es la oración? Qué hay que hacer para rezar?</i>	15
1. <i>La oración vocal</i>	18
2. <i>La lectio divina</i>	19
3. <i>La contemplación</i>	19
<i>Las características de la oración que Dios escucha</i>	21
Algunos puntos de meditación	23
- <i>La toma de mi Cruz</i>	25
- <i>La cruz que no debe ser mía</i>	27
- <i>El poder de la intercesión</i>	29
- <i>Cómo oraban las madres en el Evangelio</i>	33
- <i>La oración con nuestras obras y trabajo</i>	48
- <i>Modelos evangélicos para nuestras peticiones</i>	51
- <i>Los espías del Corazón de Jesús</i>	53
- <i>El sagrario abandonado</i>	57
Via Crucis por los sacerdotes y las vocaciones	63
Rosario por las vocaciones	85
Rosario por los sacerdotes	91
Modelos para las “madres espirituales” de los sacerdotes	97
Testimonios de misioneros	119
¿Qué es una vocación?	139
Oraciones y letanías por las vocaciones y los sacerdotes	149

A Jesús por María



Instituto "Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará"

Familia Religiosa del Verbo Encarnado



*Las Vocaciones
Por las
40 Horas
Madrinas de las 40 Horas*

